

462-463

EL ESPAÑOL

Madrid, 27 de octubre de 1962

Nuevo época * Núm. 2

Precio: 5 ptas.

El fruto amargo de la coexistencia

INDIA

y China,
dos enemigos
vergonzantes

Por Andrés REVESZ

CUBA

KENNEDY
pone sitio
al Caribe

Por Adolfo PREGO

ONU

¿Visitará
Kruschev
a Kennedy?

Por Angel ZUÑIGA

ERHARD

en coloquio
con
Lopez RODO

Por I. AGUSTI

PARIS

La carrera del
automóvil hacia
el Mercado Común

Por Carlos SENTIS



ESCUELA RADIO MAYMO

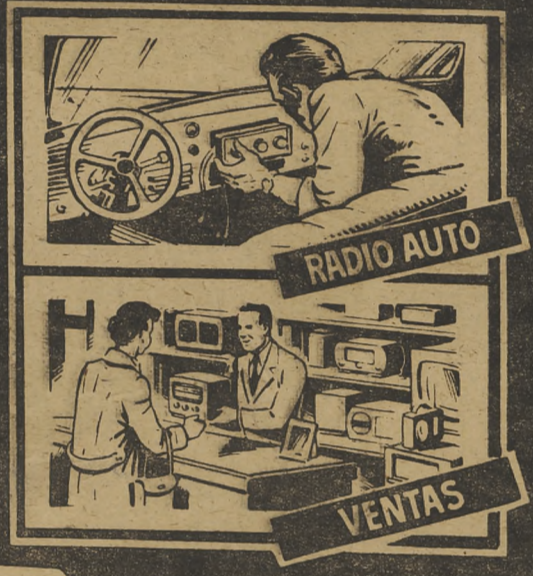
31 años de enseñanza
teórico-práctica en

Radio y TELEVISION

Aprenda ELECTRÓNICA



VEA ALGUNAS DE SUS
POSIBILIDADES



Ud. montará este moderno
superheterodino de 8 lámparas,
un comprobador de lámparas,
y un analizador de circuitos.



LLENE Y
ENVIE
ESTE
CUPÓN

recibirá
lecciones
y
materiales
para
mas de
200 prácticas

CENTRO AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE
EDUCACION NACIONAL. GRUPO 1º. nº. 62

BARCELONA Pelayo 3 MADRID Puerta Sol 2 VALENCIA Sangre 9

86-1 SR. DIRECTOR DE ESCUELA RADIO MAYMO : RUEGO
ME ENVIE GRATIS Y SIN COMPROMISO SU LIBRO "AL EXITO POR LA PRACTICA"

NOMBRE _____ N° _____

CALLE _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

EL ESPAÑOL

Redacción y Administración:
Avenida del Generalísimo, 39
Madrid

Nueva época * Número 2
Depósito legal: M.5869 - 1958

Director:
IGNACIO AGUSTI

Nueva época, núm. 2.—Resumen:

- * ¿Irá o no irá Kruschef hacia Kennedy? —Desde Nueva York, por Angel Zúñiga.
- * La India y China, enemigos vergonzantes, por Andrés Revesz.
- * La noche sombría del 22 de octubre, por Adolfo Prego.
- * Carrera automovilística hacia el Mercado Común.—Desde París, por Carlos Sentís.
- * Las puertas del Concilio ya están abiertas.—Desde Roma, por José L. Castillo Puche.
- * Conversación con López Rodó a su regreso de Alemania, por Ignacio Agustí.
- * Chinchón, anís y toros, por Enrique Sordo.
- * Las secciones: «Los días imaginados», por Alvaro Cunqueiro; «Europa comienza en un Estrecho», por Lemán; «El hilo de la cometa», por José Antonio Torrelanca; «Convocatoria discreta», por Luisa M. Linares.—Un libro para leer.
- * Las páginas de: Hechos y noticias. La casa en sábado.—La Mujer y la moda.—Variedades y Televisión.—Las Letras.—Los Deportes.—Teatro, Cine y Música.
- * El gran relato de Alvaro Cunqueiro «Cuando el Viejo Sinbad vuelve a las Islas», ilustrado por Xavier Blanch
- * Artículos y colaboraciones de Vicente Marrero, Luis López Ballesteros, Enrique Sordo, José Miguel Velloso, Cristóbal Halffter, César Armando Gómez, etc.



LA ACTUALIDAD NO TIENE PRISA «Deep South» es el título de un apasionante y bellissimo texto del gran escritor americano John Steinbeck, que «El Español» ha adquirido en exclusiva, y que aparecerá en las páginas de nuestro próximo número. Entre tanto hemos querido ofrecer a nuestros lectores un anticipo tierno y elocuente del tema del artículo de Steinbeck; la imagen de dos niños —uno blanco, otro de color— meciéndose alegremente en un mismo aire. Ellos están en la ignorancia —o en la inocencia— del doloroso asunto de la discriminación, que aflige a extensas zonas de la nación americana, y que Steinbeck —hombre del Sur— evoca en páginas estremecedoras, que nos trasladan a un panorama insospechado. (Foto Keystone.)

HOY ES SABADO

Por
Juan APARICIO

EMPARADO entre la vispera venérea, musulmana o cuaresmal del viernes y la jornada magníficamente monoteísta y heliocéntrica, con un solo Dios, con un solo sol, del domingo, festividad de los cristianos que han bautizado su paganismo astrológico, el sábado se evadía hacia la saturnal de su noche derrochadora de la semana y hacia el medio día, con ocio y viaje, del fin de semana inglesa. Al aparecer «El Español» en las postrimerías de octubre de 1942 y publicarse cada sábado por la exigencia de la distribución periódica, entonces intuitivamente y no por una estrategia reflexiva, rotulé la sección en la que escribía como director firmando con la simple inicial A de la primera letra de mi apellido, bajo la rúbrica porvenirista y expectante de «Pasado mañana, lunes».

El lunes significaba no tanto el futuro como, tras el descanso y la orgía, la renovación del ciclo laboral, aunque los peluqueros de los pueblos de Levante vacan los lunes, día de asueto tradicional para los zapateros remendones, y también ahora en la Europa industrializada se prolonga la clausura del

comercio y de los grandes almacenes y el «doble far niente» de sus empleados hasta la tarde de ese día. Al apelar al lunes, sin embargo, no nos desdiciamos del tiempo presente eslabonado con la promoción de nuestra juventud, encuadrada por la sangre y por la creencia dentro de la Historia nacional y universal de España, y tampoco nos apartábamos de la genuina dinámica del Movimiento, cuya conmemoración del 29 de octubre de José Antonio Primo de Rivera en el teatro de la Comedia y de Ramiro Ledesma Ramos en el cementerio de Aravaca coincidió con la fecha fundadora de «El Español».

Según Ramiro Ledesma la República del 14 de abril, sustituida por el Alzamiento del 18 de julio, hubo de constituir una pirámide de fracasos, porque continuaba los vicios españoles y las debilidades de nuestro siglo XIX, con la postración militar del Estado después de la batalla de Rocroy y la dinastía impuesta sobre los vencidos. Esta tesis es demasiado totalitaria, ya que el Ejército decimonónico, fogueado en la perdida guerra de América, evitó la disolución de la Patria invadida por Napoleón Bo-

naparte y mantuvo la soberanía española en el valleinlanesco reinado isabelino, así como el Ejército, repatriado de Cuba y Filipinas y luego cortado en África del Norte, se opuso al par de embestidas ideológicas e insurreccionales que se dedujeron de la guerra mundial de 1914 a 1918.

Don Miguel Primo de Rivera y Francisco Franco son los dos nombres de los generales que tuvieron que enfrentarse con los síntomas disgregadores y con la ofensiva marcial puesta en campo abierto y en el interior de las ciudades por la táctica masónica y radical-socialista de los Aliados. Mientras Francia vestía a sus parlamentarios con el azul horizonte vencedor, sin echar cuentas de su hemorragia demográfica y económica, surgía Checoslovaquia, cual una nación artificial condenada al bolchevismo, o cual la anacrónica y pasadista República del 14 de abril, postrera Checoslovaquia, calcada de la Constitución de Weimar y con la perspectiva de inmoliación y vasallaje debajo del Frente Popular.

La Europa, enfeudada ya a Norteamérica, y víctima de la postguerra, quiso salvarse en parte del sojuzgamiento y conservar una brizna de independencia, sacando fuerzas de flaqueza, esto es, de sus ex combatientes juveniles, y sacando doctrina de su sabiduría atesorada, es decir, desde Santo Tomás de Aquino a Rousseau. A la fórmula de emergencia se le llamó fascismo, como antídoto y triaca magna contra los desvarios de la paz de Versalles y demás Tratados conjuntos suscritos en los alrededores de París, en cuanto eran deletéreos y antisociales y por lo tanto inoperantes delante de la estrategia prusiana del comunismo. Las lacras de aquella operación fascista, cuyo retorno denuncia Ismael Herraiz al ver su repetición en el Mercado Común, no fueron su financiación en Italia y Alemania por medrosos o ladinos terratenientes e industriales, porque está demostrado documentalmente que el asalto al poder por los Soviets de Lenin y Trotzky no fué sólo un ardid del Estado Mayor alemán, sino también un asunto costado por la Banca americana Warburg, que puso a disposición de los líderes bolcheviques una pingüe cuenta corriente en la Nya Banken de Estocolmo.

Su fallo fué la quiebra de la naturaleza humana, sobre todo en los italianos, ante los cuales, decepcionado y desiluso, Herraiz redactó su «Italia fuera de combate», cuando el capitalismo invasor de Norteamérica juntó sus tropas atacantes a las hordas asiáticas. Era una nueva edad la que se vislumbraba en el otoño de hace veinte años, al ser machacado el impetu del fascismo, que iba a cambiar de camisa con la prontitud de Fregoli dentro de su casa, al no sobrevivir en la Europa ocupada la oligárquica democracia parlamentaria y al iniciarse con el desembarco de los americanos en Argelia la segregación de África y la presencia de las flotas navales de los Estados Unidos en todos los Océanos, al cabo de un ciclo que principió en Cavite y Santiago de Cuba.

La España de Franco movilizó a sus Alféreces provisionales, que con los soldados se parapetaron en las costas para impedir una invasión al estilo de la africana, en tanto que desde el coetáneo «Español», Semanario de la Política y del Espíritu, oteaba, como un vigía, el «Pasado mañana, lunes» y defendíamos, con una ancha base de colaboración intelectual, la antología numantina de los españoles dispuestos a vivir una existencia futura como habían vivido durante milenios. La política es algo contingente e instrumental, al servicio de la inspiración lógica y divina, metafísica del Espíritu.

Por la añagaza de la técnica, puesto que las técnicas son necesarias y progresivas, se ha metido encima del alma teológica de algunos españoles un pensamiento racionalista de la más ínfima y variable razón, estadístico, económico, similarmente a cuanto ocurrió con las infiltraciones tardías de los programas de propaganda guerrera en los cerebros de los españoles neutrales en la primera postguerra a partir de 1918. Lo que no conmovió la ideológica Carta del Atlántico, han interferido «a posteriori» los acuerdos financieros de Breton Woods, con sus secuelas estabilizadoras, liberadoras del mercado y planificadoras de la economía, al convertirse cierto tipo español en un ente «economicus».

El desarrollo económico para los países subdesarrollados es un lugar común aceptado en los libros de texto y que admiten los países, a instigación de los expertos, con menor resistencia que los dogmas doctrinales, ya que se les promete la riqueza y el bienestar para mañana. Y, sin embargo, hoy es sábado y vivimos en la azarosa plenitud del sábado, después de haber contemplado los ojos de la esfinge, en cuyas pupilas intentábamos advertir una mirada lunática. El optimismo del Sumo Pontífice, quien como los Pontífices Máximos en la antigüedad es asimismo un augur, se refería al día de hoy, al día actual y cotidiano nutrido por el pan diario del Padrenuestro. Hoy es sábado y mañana será domingo, 28 de octubre, a los veinte años de mi primitivo «Español», a las cuatro décadas justas de la marcha sobre Roma, cuando el general Carlos De Gaulle, que se considera Guía de Francia y Caudillo de los franceses, pretende recoger, empujando el porvenir, la herencia ideológica de un Duce desgraciado, de Benito Mussolini, aunque Francisco Franco es la cabeza del Estado y el corazón de la nación, ininterrumpidamente, desde el 1 de octubre de 1936.



Hace cuatro mil años:
Un antecesor de Dalí

He aquí, en la foto, el rostro de un sacerdote, de un reyezuelo, de un funcionario tartésico—y a usted a saber—, que vivió allá por la época que los arqueólogos han dado en llamar Bronce Mediterráneo I. Nos lo cuenta don Manuel Esteve Guerrero, comisario de Excavaciones Arqueológicas y director de la «Colección Arqueológica Municipal» de Jerez de la Frontera. A él corresponde el honor del hallazgo.

Como sucede casi siempre en las tierras del sur con los hallazgos de restos de épocas remotas, fué la cuchilla de un tractor la que puso a flor de tierra el original retrato. Al momento, don Manuel Esteve se plantó con su «Land-Rover» de arqueólogo moderno en el Cerro de las Vacas, lugar del hallazgo: una altura entre los pueblos de Trebujena y Lebrija que embiste en espolón hacia la llanura inmensa de la marisma del Guadalquivir.

Poco después, la pintoresca escultura quedaba perfectamente catalogada. Se admite la posibilidad de que fuese un ídolo y también de que, pese a los espectaculares bigotes que decoran el rostro del personaje, se trate de una mujer: los bigotes en ese caso no serían tales y si horrendos tatuajes. También está la posibilidad, sostenida por otros arqueólogos, de que, aun en el caso de ser un personaje masculino el representado en el curioso cilindro de mármol blanco, las rayas a lo Dalí sean también tatuajes.

De todas maneras, causa pavor imaginar lo que serían aquellos tartesios ilustres, que tanto dieron que hablar y de los que tan poco se sabe. Dalí, cuando se enteró de este hallazgo, seguro de que hablará ahora de sus «antenas tartesias».

García Sanchiz,
«estrella»
en la Argentina

Don Federico se afusa una vez y otra sus largas y abundosas canas. No sabe qué hacer. Está en un dilema porque ha recibido un sobre de avión con matasellos de Buenos Aires. El «canal nueve» de la televisión bonaerense le ofrece un contrato para ocho de sus famosas charlas. Temas: los que él prefiere.

Sólo hay una pega y ahí está el dilema. A don Federico García Sanchiz le dan a elegir entre tomar el avión en Barajas para Buenos Aires o em-

los 7 días

barcar en Barcelona en uno de los trasatlánticos que cubren la línea del mar de la Plata. Y si no desea moverse de su casa madrileña, un equipo de técnicos de la televisión argentina se trasladará a Madrid para filmar sus gestos y registrar su palabra.

Naturalmente, si el famoso charlista se traslada a Buenos Aires, los honorarios que percibirá del «canal 9» por las ocho charlas serán bastante más elevados que si acepta la fórmula de hablar ante el tomavistas. Y está además el perderse un nuevo garbeo por las tierras del Plata, donde tanto admiran a don Federico.

En otro tiempo, Federico García Sanchiz no habría dudado. Al momento habría preparado las maletas y tomado el tren hasta Barcelona, para pillar allí el primer vapor rumbo a las Indias. Pero los tiempos cambian. Don Federico ya no es ningún muchacho.

Sara Montiel
y
Barcelona

Enrique Herreros lo expuso a Sarita.

—Se trata de un festival a beneficio de los damnificados.

—Pues naturalmente que voy. Pon un telegrama volando.

El famoso dibujante trágico, representante artístico de Sara Montiel, empuñó la palabra de su «estrella» con los organizadores del festival a beneficio de las víctimas del Vallés. Pasara lo que pasase, Sarita iría a Barcelona.

Y lo que pasó es que algo sentó mal a la «estrella» durante el almuerzo. Nadie sabe qué fué. Lo cierto es que el tren salía de Madrid a las nueve de la noche y a las ocho Sara estaba tendida en una especie de «chaise-longue», no cantando precisamente el «Fumando espero»: unos dolores terribles le obligaban a doblar el cuerpo sobre sí misma, apretando sus manos contra el estómago.

—Ahora mismo pongo una conferencia y que no cuenten mañana contigo.

—Mira, Enrique, si tú haces eso, perdemos las amistades. Yo voy a Barcelona sea como sea. Que me preparen las maletas.

No hubo otra solución. A las nueve, Sara Montiel estaba en la estación de Atocha, después de haberse bebido dos vasos de agua con bicarbonato.

La noche en el apartamento del coche-cama fué terrible. La pobre Sara no consiguió pegar un ojo. Ya en Barcelona, se puso en manos de un médico.

quien, a base de calmanantes, consiguió librarla de los apretones.

Los barceloneses que aplaudieron frenéticamente a Sarita no sabían nada de las molestias que supuso superar la brava manchega hasta actuar en el festival. Cualquiera otra, por muchísimo menos, se queda en Madrid y hasta se encierra en una clínica de postm y recibe a los periodistas en conferencia especial para informarles de su enfermedad.

Gironella: Un millón de kilómetros

A estas horas estará contemplando desde cubierta el atardecer en el mar Rojo, o preguntando todo lo preguntable al capitán del navío, o dale que dale a la máquina de escribir en un rincón del camarote, preparando su nuevo «best-seller» español. Gironella tiene pasaje hasta la India, primera etapa de un viaje, que será tres o cuatro en la realidad. Ha dicho que desea visitar todos los confines de la Tierra. Pienso recorrer el universo hindú de punta a punta, desde el Himalaya a Ceilán; bañarse en las aguas del Ganges y, si se tercia, formar parte de un «safarín» en busca de algún tigre escondido en un cañaveral.

De todo esto, naturalmente, piensa pasar factura al lector español. Gironella no deja en el tintero una sola experiencia; más pronto o más tarde, todo sale en sus libros aquí o allá. Y de la India aún hay bastante que hablar.

De momento, su objetivo es cubrir el millón de kilómetros de un lado para otro. El libro, la factura, vendrá inevitable y felizmente después.

Juegos prohibidos

Para estrenar la semana, noticia macabra, aunque de livianas consecuencias. Fué en Bilbao. Sonó el teléfono en la oficina de la Guardia Municipal. Una señora clamaba con voz excitada:

—¡Vengan corriendo! ¡Es algo horrible!

—Cálmese, por favor. ¿Qué es lo que sucede?

—Algo espantoso, hay un muerto en la puerta de mi casa; la cabeza de un muerto.

El pobre guardia de turno, acostumbrado a toda

clase de incidentes urbanos, no pudo evitar un parpadeo.

—¿La cabeza de un muerto? ¿Está segura, señora?

—¡Sí, sí! Es un muerto de hace mucho tiempo. Una calavera horrible.

Una pareja de policías se trasladó a toda velocidad hasta el domicilio de la señora. En efecto, en pleno centro del portal, sobre el pavimento, había un cráneo humano sin mandíbula.

Examinado el macabro hallazgo en la Comisaría municipal, a primera vista, pudo determinarse que se trataba de un cráneo perteneciente a una persona fallecida lo menos veinte años atrás.

Aún no habían salido de su sorpresa los guardias, cuando de nuevo sonó el teléfono.

—¿Es la Policía Municipal?

—Sí, aquí es.

—Por favor, vengan corriendo. Hay escándalo enorme en todo el barrio. Ha aparecido un cráneo en una casa. Por lo visto lo dejaron caer por una ventana abierta.

La llamada procedía de un bar bastante próximo al lugar donde había sido encontrado el primer «muerto».

Recogido este segundo cráneo, se comprobó que presentaba las mismas características que el anterior: procedía de unos restos humanos de veinte años cuando menos; no tenía mandíbula y presentaba pequeños grumos de tierra en sus oquedades. Esta tierra fué la que sirvió para dar la pista a la Policía. No cabía duda: se trataba de restos exhumados recientemente y que habían estado largo tiempo enterrados sin protección de ninguna clase.

Sólo hay un sitio en Bilbao donde los restos humanos se hallan en estas condiciones: en la fosa común del Cementerio Municipal. Allí fué establecida una discreta vigilancia.

El primer día de pesquisas no dió ningún resultado. Y en las primeras horas de la noche, otros dos nuevos cráneos aparecieron en la ciudad, también en lugares próximos adonde habían sido localizados los anteriores.

El misterio quedaría desvelado al día siguiente. Un grupo de mozalbetes, una banda de erios, fué detenida en el cementerio hurgando en la fosa común. Al ser sorprendidos «in fraganti», «cantaron». La cosa no pasaba de una broma, de ganas de ver la cara que ponía la señora tal o el señor Fulano cuando se topaban de narices con un cráneo.

Los chavales, cuyos nombres no han sido facilitados, han pasado, de momento, al reformatorio de Amurrio.

Lo que afecta el fuego del conflicto cubano

El partido republicano ha hecho del asunto tema electoral y azuza a la opinión pública americana contra los errores de la administración Kennedy en la cuestión cubana. Resultado: hay cada día más gente que pide la intervención armada en Cuba.

Este hecho enconará más el problema cubano, ya que los demócratas se ven obligados a tomar posiciones ante la presión republicana. Según un alto personaje del partido republicano, la campaña electoral girará en un 70 a 75 por 100 alrededor del problema cubano.

La «psicosis de invasión» aumenta entre el elemento militar de los Estados Unidos, especialmente entre los tres mil marinos instalados en la base de Guantánamo, con riesgo de un estallido violento que precipite la acción bélica.

Como destaca «The Observer» en Londres, la opinión pública americana empieza a ser peligrosamente histérica.

del peatón distraído

Pluma,
bronce y oro

En esta anécdota hay algo, mucho, que nos parece increíble.

César González-Ruano, residente en su casa de Cuenca, tiene una tribu de gitanos que andan por toda la provincia buscándole antiguallas, cuadros, clavos de puertas viejas, etcétera.

Un día se le presenta un gitano con un almirez. Le dice:

—Don Zeza, ezto é de una vieja chala de Belmonte, que ezta empená en que ezto é de oro... Uz-té verá... Me ha costao cincuenta duro.

Ruano le da diecisiete pesetas y se queda con el cacharro. Pero, una vez limpio, resulta que la mano del almirez y el almirez son de oro de 18 quilates. Bajo la mugre brota el contraste de un vitrey de Lima, año de 1590. El artefacto vale unos sesenta mil duros.

El gitano se entera y vuelve muy compungido. Pero el escritor permanece impasible, y le dice:

—En efecto, es de oro. Pero una Real Cédula de Felipe III dice que los gitanos en cuyo poder se encuentren metales preciosos serán condenados a 500 azotes y a trabajo perpetuo en las minas de Cartagena... Conque tú verás...

Angel Peralta
y su
caballo enfermo

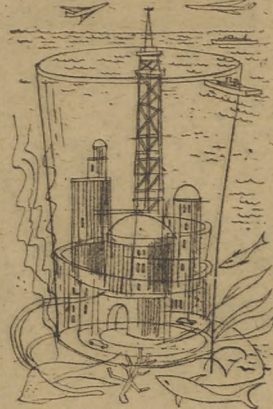
«Ruisseñor» es el más hermoso ejemplar de la cuadra de Angel Peralta. Ante el toro sabe hacer lo indecible: bailar, jugar con los cuernos, ponerle el penacho de su cola por montera en el mismísimo testuz... Angel le deja hacer, orientándole siempre con los estribos, con la convicción plena de que «Ruisseñor» sabrá dar siempre el quiebro justo en el momento preciso.

Eso en los ruedos. En las pistas, en «dresage», como se llama en lenguaje de juegos olímpicos la equitación y doma de alta escuela, «Ruisseñor» es aún más espectacular, si cabe. Obedece absolutamente en todo a su dueño, quien parece que le habla al noble animal transmitiéndole su pensamiento. Con decir que «Ruisseñor» es capaz de bailar un pasodoble y hasta mecerse y correr loco al compás del «Amor brujo».

Pero «Ruisseñor» está ahora enfermo. Padece inflamación crónica del hueso de la cuartilla izquierda. Los veterinarios afirman que sólo podrá salvarse con una intervención quirúrgica. Pero esa intervención quirúrgica no ha sido realizada nunca a ningún caballo.

Angel Peralta se ha puesto en contacto con una eminencia de la cirugía—no ha especificado (ni quiere hacerlo) si de la cirugía veterinaria o de la cirugía humana—. La última esperanza de salvar a «Ruisseñor» va a ser puesta en juego. Pero antes la «eminencia de la cirugía» y el propio rejonador desean practicar algunos ensayos en otros caballos para adquirir así una mínima experiencia.

En consecuencia: Angel Peralta busca caballos enfermos de las patas, con dolencias parecidas a la que padece «Ruisseñor». Está dispuesto a pagar por estos caballos enfermos—«caballos de Indias»—lo que sea preciso. Del éxito de las intervenciones a que sean sometidos depende si «Ruisseñor» puede o no volver a los ruedos.



La
ciudad futura
japonesa

Con ciudades flotantes quiere el Japón resolver en los próximos años su exceso de población. Estas islas artificiales serán circulares y tendrán un radio de más de cien metros. Sobre la superficie de estos discos de acero se desarrollará la vida y se levantarán escuelas, cines, teatros y jardines. Las oficinas y las viviendas estarán situadas, según este proyecto, debajo del mar: en el interior de gigantescos cilindros de acero, que a modo de gruesas columnas están situados en la parte inferior del disco.

EL GRAN POLIFEMO DEL SIGLO XX

He aquí algunos datos sobre la propaganda moderna en los Estados Unidos:

Los americanos ven un promedio de 1.600 anuncios por persona diarios.

El promedio de anuncios que un americano medio ve por la TV es de 10.000 al año.

Las industrias americanas gastan este año doce mil millones de dólares en propaganda (setecientos veinte mil millones de pesetas).

El promedio de gasto en propaganda de la industria americana es de un dólar por cada setenta de venta.

Esta fabulosa cantidad de dinero se distribuye en la proporción siguiente:

Propaganda directa por correo, 16,1 por 100.

Televisión, 13,6 por 100.

Periódicos, 30,6 por 100.

Revistas, 7,8 por 100.

Radio, 5,9 por 100.

Varios (revistas especializadas, carteles, etc.), 26 por 100.

Total, 100 por 100.

Existen 500 agencias de publicidad en los Estados Unidos de las cuales hay 42 que tienen una facturación anual de más de veinticinco millones de dólares.

Las últimas fotos
de Manolete

Cuando el gran diestro cordobés cayó herido de muerte en el coso de Linares, sólo dos cámaras fotográficas registraron el percance: un aficionado desde el tendido y el fotógrafo Cano.

Cano era una especie de fotógrafo de cámara de Manuel Rodríguez, «Manolete». Los últimos años de la vida del torero fueron registrados casi minutos a minuto por el veterano fotógrafo madrileño: sus amigos, sus familiares, sus faenas espléndidas en los ruedos, sus grandes broncas también, sus intimidades, etc., las tiene Cano guardadas en grandes álbumes de fotografía, la mayor parte de ellas totalmente inéditas.

Y, por si fuera poco, Cano posee el reportaje fotográfico completo de la lidia y muerte del famoso miura «Islero», que, al sentir en su cruz la espada mortal del diestro, clavó en el vientre de Manolete su no menos mortal pitón. Está la faena completa que Manuel Rodríguez hizo a «Islero» y está el momento de entrar a matar la cogida, el diestro en el suelo, el quite, el traslado de «Manolete» a la enfermería...

Con la excepción del documento gráfico del aficionado que desde el tendido captó la cornada y de la foto de este mismo momento que Cano cedió a la revista «El Ruedo» para su publicación, el sensacional reportaje continúa aún totalmente inédito.

Cano tiene depositados los negativos fotográficos en un Banco, y solicita por los derechos de publicación una cifra del orden de las trescientas y tantas mil pesetas, cifra que, naturalmente, nadie se ha decidido a pagarle hasta el momento. En las semanas siguientes a la cogida y muerte de «Manolete», quizá un empresario de revistas o un editor de libros hubieran abonado a Cano una cantidad importante, aunque nunca tanto como él exige actualmente. Hoy el reportaje de la faena última de «Manolete» y de su traslado a la enfermería no interesan a nadie que pueda pagar la cantidad reclamada.

Los negativos siguen encerrados en la caja fuerte de un Banco madrileño y el bueno de Cano, soñando y soñando...

Churros y
Mercado Común

A media tarde del soleado otoño, bajo un chiribitil de tablas mal pintadas, un churrero calienta el oloroso aceite, bate la masa de los churros con una pala de madera. Todo al aire libre, al polvo libre, al libre humo de los autobuses. La escena es incitante, olorosa, pintoresca e higiénicamente opinable.

Un turista inglés observa con gran atención las maniobras del churrero. Este levanta la cabeza, le sonríe, toma un churrito con los dedos y se lo ofrece:

—Tome, mister... Cómaselo con confianza... Obsequio de la casa.

Pero el británico, con el churro entre los dedos vacía. Sonríe, arruga ligeramente la nariz. Y acaba dejando con delicadeza el churro sobre el mostrador de cinc. Da las gracias y se aleja.

El churrero, asombrado, mira alternativamente al churro y al inglés y dice:

—Con tantos remilgos, ¡a buena hora van a entrar éstos en el Mercado Común europeo!

«Spanish Fury», otro libro sobre la guerra española

Por Vicente MARRERO

ALLENDE nuestras fronteras, continúan publicándose, uno tras otro, libros dedicados a nuestra guerra, y la racha, por lo que se advierte, lleva camino de no amainar nunca. El lector español, cuando se acerca a una de estas obras, lo hace casi siempre como quien se aproxima a una caja de sorpresas. Curado ya en salud, sabe que a la pupila foránea le suele parecer todo tan posible como pintoresco en este extremo nuestro de Occidente.

También, sin embargo, abundan las sorpresas agradables, aunque no tanto como debieran. Una de ellas nos la proporciona, sin duda, este libro de James Cleugh, «Spanish Fury», publicado en Londres, por la editorial Harrap, en el curso del presente año.

En su epílogo, sobre todo, su autor se esfuerza en descifrar la clave de la reciente realidad histórica española. Va a la raíz, lo que no es frecuente en los muchos testimonios impresos, reportajes, Memorias, descripciones de sucesos o literatura de propaganda que sobre nuestra guerra han ido apareciendo desde hace años por esos mundos de Dios, ni aun, aunque aquí las excepciones sean más notables, en los artículos de revistas y libros escritos con más pretensiones académicas.

«Spanish Fury» no sólo habla de muchos y discutidos problemas que encontramos en la literatura dedicada a la situación creada en España a partir de 1936 y de tantas otras muchas cosas que apasionan el ánimo de españoles y extranjeros, como apasionan a ese inglés flemático que escribe sobre la furia española.

Si no tuviéramos presente esa diversidad de perspectivas y de temperamentos, no nos explicaríamos tantas sorpresas, ya que, yendo al fondo de la cuestión—y es esta actitud la que más suscita nuestra atención en el libro que nos ocupa—, trata el autor de dilucidar cómo en uno de los países más anárquicos del mundo se ha aceptado tranquilamente durante más de veinte años un régimen político como el nacido de nuestra guerra. ¿No existe en ello, se pregunta, una contradicción? Mas, antes de responder, sienta una serie de supuestos.

Reconoce que la guerra española «se sitúa en la historia general de Europa con la afirmación victoriosa de unos ideales cuya estirpe viene de más atrás que la de los que actualmente están en vigor en Londres, París, Washington o Moscú». Ideales entre los que coloca en primer rango «la unidad nacional y el orden», materialmente garantizado por el Ejército y espiritualmente por un imperativo moral, admitido al modo cristiano y apoyado en la universalidad de la Iglesia.

Una teoría escueta, sencilla, que, por el modo como la mentalidad española la acepta políticamente, entraña, a sus ojos, cierta similitud con aquellas otras que aceptan la democracia inorgánica o el socialismo, en cuanto que su firmeza, adaptabilidad y eficacia práctica es capaz también de suscitar mayoría de adhesiones.

No disimula el autor que lo que él llama «realismo político español», fuertemente anclado en la teología, no ha sido admitido del todo por el grupo Atlántico. Hasta confiesa que ha habido ocasiones en las que en algunos medios políticos de estos países se le ha situado, después de mirarlo con anteojeras, en la vecindad desnuda del realismo materialista oriental.

No hay duda de que el escepticismo liberal resulta más atractivo para los temperamentos nórdicos que la vocación con perfiles bien dibujados, más en consonancia con el mundo de los cánones clásicos, como es frecuente entre los pueblos del Sur. Dicho con otras palabras, aquello que se entiende como espíritu mediterráneo no ha penetrado del todo en los países anglosajones.

Pero si bien es verdad que, en teoría, el mundo atlántico está gobernado por las convicciones liberales, en la práctica, en cambio, los hechos han logrado que un cierto desencanto y decepción adulteren tal postura.

Por ello, al menos para el autor de «Spanish Fury», inquieta la experiencia, la realidad histórica española, cuyo secreto llega a apasionarle. Y he aquí su afirmación tajante: «Los que miran la guerra española desde el punto de vista de una generación no tardarán en quedar más impresionados por sus aspectos morales que por los políticos o militares.»

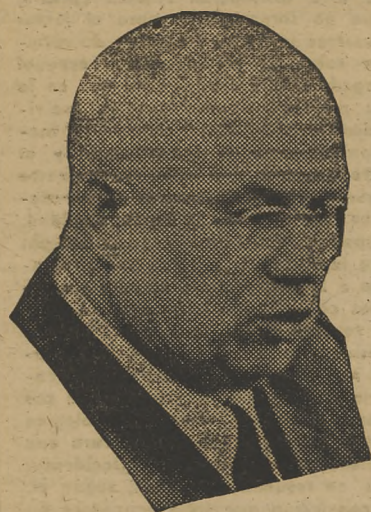
El modo como el autor ha ido a parar a esta afirmación resulta curioso, aunque no sorprendente para el lector de nuestras latitudes. Después de reflexionar sobre el individualismo español ha llegado a la conclusión de que en la esfera psicológica este tipo de individualidad independiente resulta el mejor contrapeso a la masificación y al instinto gregario que reina en el resto del mundo, causa de muchos de los males que afectan hoy a la humanidad. Al español, dice Mr. James Cleugh, sólo le importa él, y como prefiere intuición a lógica, primero estudia sus relaciones con el poder sobrehumano para luego volcarse hacia los demás. Tipo de religiosidad la española, sigue observando Mr. Cleugh, que más rápidamente permite un realismo y que quizá sea la mejor arma de defensa psicológica contra la amenaza de una ruptura con los valores tradicionales de Occidente. Y ésta, en resumidas cuentas, según él, es la convicción que salió vencedora en España, en 1939, de los reflejos de un racionalismo fundado en arena movediza y de una postura puramente materialista, de tal modo que la cuestión, que con todo ello pone sobre el tapete nuestra guerra es si en el realismo político español se hace más tolerable la vida del hombre que bajo cualquier otro molde antropocéntrico.

De ahí que «Spanish Fury» quiera dar algo más que un relato o una impresión: quiere ser, aunque por su título resulte a muchos oídos paradójico, una explicación, además de un intento de entendernos y de hacer que los demás nos entiendan.





La última entrevista Kennedy-Gromyko, días antes de anunciar Norteamérica la decisión de bloquear a Cuba. El presidente recibió al embajador de Moscú en Washington, Anatoli Dobrynin —en el centro del sofá—, y al ministro de Asuntos Exteriores soviético en su despacho de la Casa Blanca. Kennedy, como de costumbre, ocupó durante la entrevista su silla mecedora



¿IRA O NO IRA KRUSCHEV HACIA KENNEDY?

El espíritu de contradicción en la base política de postguerra

Por Ange ZUÑIGA, desde Nueva York, especial para EL ESPAÑOL

La entrevista de Kennedy con Krushev debe estar decidida para este otoño. Seguramente lo estuvo mucho antes de lo sugerido por los comunicados oficiales. La actividad diplomática, enfebrecida durante estas últimas semanas, no habrá hecho más que colocar los puntos sobre las «es» de la reunión. En pleno verano el movimiento en el Secretariado de las Naciones Unidas fué superior al de otras veces; las aplicaciones para pases de prensa, mayores que de costumbre, en un volumen que incitaba a la meditación y el cálculo. De la otra vertiente del telón de acero—para ser más gráfico del otro lado del muro de Berlín—los rusos han cometido el error de dar cuerpo y tangibilidad a una frase imaginativa y simbólica. Se anunciaban para este otoño visitas de numerosos representantes de los diarios soviéticos, esas calcomanías, impresas en rotativas, que reflejan la opinión de una minoría que manda y ordena.

El desplazamiento no podía producirse por un súbito interés informativo hacia los tejemanejes ni la importancia del grupo afro-asiático; ni por la posibilidad remota de un acuerdo en la cuestión del desarme o en la prohibición de las pruebas nucleares; ni siquiera para ver, una vez más, el empeño de los amigos de la China de Pekín, incluidos los neutrales—los países llamados no comprometidos o no «alineados», como si se tratara de los «reservas» de un equipo de fútbol—, por apearse del vehículo internacional a los representantes de Chiang, cediendo galantemente su sitio a los comunistas. Esto y otros temas mil que figuran cada año en el reper-

torio de la «troupe» política, que actúa en el gran teatro del mundo para la Asamblea, o en el escenario de cámara del Consejo de Seguridad—víctima de las puñaladas traperas del veto inventado en San Francisco—no mueven, digámoslo de una vez, a más periodistas de los que caben en el cupo establecido por Rusia y sus satélites

Otra vez en el tabladillo

La razón no podía ser otra. Krushev sentía vivos deseos de ocupar de nuevo el pedestal que tan lindamente le ofrecen las Naciones Unidas. Cuenta, además, con la aureola con que la prensa de este país, encomendándose más al diablo que a Dios, le corona desde su llegada. La presencia de Krushev siempre es gran noticia. Nadie parece que recuerde ya que el jefe soviético desairó a un presidente de los Estados Unidos, Eisenhower, considerándole persona «non grata», cancelando una invitación que se le había formulado para visitar Rusia, después de que aquél entonó el «mea culpa» en un asunto bochornoso, el del avión espía U-2. No es que el espionaje esté ni mal ni bien. Pero estéticamente, sí, ha perdido mucho; éticamente, es moneda corriente de todos los países. Lo que nunca ha quedado bien explicado es por qué el Jefe de un país cargó con el error, a no ser que tratara de salvar al Pentágono. O tal vez sea la inocencia típica de este país donde vivo. Mark Twain nos legó esta deliciosa tradición literaria. ¿Acaso no hemos visto también cómo Kennedy sucumbió al mismo efecto

asumiendo la responsabilidad por el fracaso de la invasión de Cuba en el pasado año?

Nadie recuerda, como decía antes, los desplantes de Krushev. La visita promete unos días de tensión informativa. Esto es suficiente. Las ediciones se venderán como el pan bendito. En una sociedad de tipo materialista o capitalista a ultranza, donde la preocupación casi exclusiva es elevar el nivel de vida, los titulares de los periódicos remachan a martillazo seco todo lo que es explosivo, sensacional. Si Krushev, para cargarse de razones, da zapatazos sobre un pupitre de la Asamblea, etiquetado con el nombre de la U. R. S. S. lo interesante, desde el punto de vista económico, será recoger la mejor fotografía que cuente, a la mayor gloria del Partido, la nueva versión del chapín de tamaño Cenicienta.

Los olvidadizos son muchos. Una visita de Krushev significa, también una mengua de notorias calorías ciudadanas. En ocasión de la anterior visita, el recibimiento tributado a un jefe de Gobierno—y Krushev lo es—demostró que Nueva York no está preparado para ser antesala de un Organismo Internacional donde se requiera respeto para sus miembros. Desde el primer momento grupos, lo que aquí se llama «piquetes», estuvieron insultando a Krushev. Lo que no deja de ser lamentable. También lo es que las maneras comunistas hacen olvidar la consideración que merecen los temas plegados. Nuestro tiempo nos ofrece signos muy claros de que el diálogo diplomático, el protocolo, la urbanidad a secas, están en crisis. Los diálogos o monó-

logos entre los jefes de Estado usan, a menudo, de la amenaza como dialéctica. Nadie lee ya a Castiglione ni a Maquiavelo. El lenguaje atómico hace recuentos de las bombas necesarias para destruir las ruinas del Partenón. Ya el British Museum adelantó su decadencia. Colocados en esta tesitura, no habría que ser demasiado puntillosos por el hecho de que unos grupos paseen pancartas alusivas en las que se les apostrofe de toda manera, incluso con faltas de ortografía. Lanzar una bomba sobre el Partenón no deja de ser una amenaza de un párvulo político que, para convencer, no pueda pasar de los palotes.

Otras crisis, muchas crisis...

Berlín sigue siendo el gozne sobre el que gira la cuestión alemana y, por extensión, la del mundo. Cuba sólo es un grano molesto que le ha salido en el cuello a Norteamérica. Pensando en todo ello se diría que los aliados no aprenden nada con la historia. Les falta quizá visión en las conferencias de la paz para prever, a tiempo y con tiempo, las trampas que las circunstancias y ellos mismos se tienden. La división de Berlín, el episodio entero de abandonar a la codicia y presión rusas la antigua capital, creando una isleta en el mar rojo, después del incidente precipitante de Dantzig, tuvo que hacerles meditar. Concediendo que Rusia había sostenido sobre sus hombros la mayor ofensiva alemana, la parte que se le dió en el banquete fué excesiva. La inocencia de Roosevelt, a la mejor manera de los personajes de Twain, fué demasiado provinciana.

¡Roosevelt, Roosevelt!

Quienes han dudado de su buena fe se equivocan. Sucede—y para juzgar a Roosevelt hay que pensar en eso—que acostumbramos a ser hijos de nuestra propia época. Roosevelt había visto y vivido la caída vertical de Norteamérica durante los años de la depresión. Su obra política, el revulsivo social que introdujo en el país, no fué premeditadamente ideada para entregarlo al comunismo, como sostiene la extrema derecha, esos inquietantes miembros de la sociedad de John Birch. Por el contrario, lo que Roosevelt quiso fué precisamente salvarlo de semejante peligro. El fermento estaba muy metido en los in-

Anticipos de una posible Conferencia Cumbre

La entrevista Kennedy-Kruschev puede tender a disminuir la tensión internacional, no se sabe si alimentada por el jefe soviético con sus ultimátums y con su subsiguiente movimiento de fichas en el «juego de damas», como por el sensacionalismo habitual de la prensa. A última o a primera hora, parece ser que el primer ministro británico, señor Macmillan, ha anunciado que quiere ser de la partida. Pero para llegar a una Conferencia Cumbre se necesitaría de la presencia de Francia.

Nadie, conociendo a De Gaulle, cree que el jefe del Estado francés pueda bajar de su propia cumbre para asistir a ninguna reunión en Washington. De Gaulle parece que no ha creído nunca en la rivalidad que denuncia la crisis de Berlín; y quizá piense que cuando más, la mejor manera de evitarla es ignorándola. Para De Gaulle es más urgente la consolidación de su propia situación en Francia, donde ahora espera, al herir de muerte la Constitución, que el pueblo agradezca los riesgos de un militar que le ha librado de un imperio.

Espíritu de contradicción

Existe un equilibrio de fuerzas entre Oriente y Occidente, una balanza prudente de terror impuesta por los poderes atómicos. Por eso lo que se llevaría a una eventual conferencia cumbre sería el peso de un espíritu de contradicción.

El señor Gromyko ha pedido la formación de un destacamento militar continuo en el muro de Berlín que evite los incidentes, al mismo tiempo que consume los afanes de Moscú separando definitivamente las dos ciudades. El jefe comunista polaco, señor Gomulka, en cambio, indicó por su parte, que las rutas de acceso a Berlín se pusieran bajo la garantía o control de las cuatro potencias. Son sugerencias que valen porque indican cierta movilidad en la posición comunista. Macmillan, Kennedy, podrán depender del elector, pero Kruschev, al fin y al cabo, también tiene que rendir cuentas al Partido.

Los soviets continúan amenazando con firmar un tratado de paz por separado con la Alemania Oriental; la Alemania Occidental ha amenazado con el boicot económico de los países que sigan a Rusia. Otro de los contrasentidos, bien divertido, de toda

EUROPA comienza en un ESTRECHO EL HOMBRE Y SU ESCENARIO

CUANDO vienes andando Europa arriba—Ródano arriba debería decir yo, que lo he seguido en mi viaje por una orilla que contrariaba sus corrientes—te asaltan las preguntas y casi no tienes tiempo para las reflexiones. Aunque existe un ambiente familiar donde pueden palpase los signos vernáculos: se agudiza la extranjería y el sentido crítico por culpa de no se qué secretas reminiscencias. Y se desea descifrar cada latido, cada palpación, para entenderlo todo, para comprarlo, y poderlo contar después.

El viajero se enfrenta entonces con su problema. No sabe adonde atender ni mirar. Debe dar testimonio de los paisajes que le asaltan, limitándose a reseñar esta corriente lírica que le llena los ojos y se adorna de puentes, de mercados y de castillos? ¿O debe ser, por el contrario, fiel contraste de estilos y de situaciones, amigo de la gente, cronista de los pueblos y las costumbres? No lo sabe. De todas formas, aunque haya venido a buscar una Europa operante y dinámica, menos musical que ideológica, más política que literaria, ¿cómo podrías encontrarla sin razonar su contorno, sin hundirte en esos manantiales físicos que alimentan toda su esencia?

Yo creo que no está contrapuesta esta lírica que me envuelve—la curva del río, la vieja torre de Aviñón, las ruinas romanas de Nîmes—a la nueve épica que se compone en las minas del Sarre o en el puerto de Amsterdam y que empieza a recitarse ahora como un romance nuevo y heroico. Al contrario. Tal vez en esa palpación de las cosas nace el amor por nuestro mundo, el ímpetu para proseguirlo y ampliarlo. Estas fuerzas elementales, que son las primeras que atraen nuestra atención y nuestros afectos, suelen originar una conducta sustantiva, la del hombre o el pueblo que se enamora para siempre de una manera de vivir y sabe construir sobre ella una ideología.

Por eso no debe extrañar que mezcle y confunda frecuentemente estas dos dimensiones vitales que forman el hombre y su escenario. Sobre todo cuando se trata de algo que está tan cerca de mí, física e ideológicamente, como está Europa que nos sostiene. Cernirse al toro como un buen torero no es siempre la mejor virtud ni la más prudente. Para comprender y para amar se precisa una lejanía y un contraste. Hay que pelar la fruta, saber gustarla, hasta que llega el momento de mordér apasionadamente su corazón.

Tú sabes tan bien como yo que los pueblos no se conocen sólo por los exponentes concretos de sus estadísticas, o por sus niveles de producción, o por las cifras que definen su predominio económico o su pobreza. Este es el error de algunas personas y sociedades. Un libro, una conversación en el tren, los bailes que se bailan en una aldea, pueden ser muchas veces el único camino para interpretar una generación, intuir la honda sabiduría de un pueblo o zanjar esas reservas que prohíben el amor y la solidaridad. Yo he conocido mejor a Italia en una noche de ópera popular en las «Arenas» de Verona, metido entre veinte mil espectadores frenéticos, que en las elegantes representaciones de la «Scala», donde el mundo es aseptico e indiferenciado. A mí, por ejemplo, me impresionaron antes las murallas de Avila, su ciudadela seca, sus conventos, que los castillos interiores de Santa Teresa, que iban a meterme después en prisiones profundas, desde donde ahora puedo ver la tierra entera.

Y me ocurrió lo mismo antes de conocer el significado espiritual de Europa. Primero fué una idea que me penetró sensualmente se abrió después como la copa de luz que presentan los girasoles. Hablo de mi mocedad; de cuando andaba yo metido, como ahora, en la aventura de las preguntas. Pero no de las preguntas que sigues haciéndote siempre en el camino de la vida, sino de las que piden contestaciones más sencillas y urgentes. Esas contestaciones que señalan los límites del campo donde habitas y explican lo que hay detrás de la huerta de tu vecino. Me refiero a la época en que me interesaban más la geografía y las fronteras que el mundo humano que puebla las regiones y les inyecta su sangre caliente y las anima con su espíritu.

En mi pensamiento no había otra cosa que una tierra partida en dos mitades: Campos de España, épicas y ruinosas; campos de Francia, líricos, que cubrían el resto del planeta. La Castilla infantil, con algunos gorriónes sedientos, con cigüeñas como raíces, llana y dorada como un estremeceador mar de arena. Y después una raya. Y luego todo lo demás: el mundo grande de la vida, con frutales, con nieves, con alimentos y cabañas...

Después conocí a los hombres de las dos vertientes—más o menos parecidos en dos guerras, en calles y tabernas semejantes—y se igualaron mis dos mundos. Hablé con aquellos hermanos muchas veces, sin distinguir apenas nuestras diferencias. Fué entonces el tiempo de la conversación, olvidada la imagen de las rotundas separaciones; fué el tiempo de la vida verdadera, la que se trama humanamente, en cualquier sitio.

Quizá por todo esto, al encontrarme con esta tierra buseo al hombre que me ha mostrado tantas veces nuestra identidad sobre ella. Pero no puedo liberarme ahora, que he venido a buscar esta épica europea que intuyo y desconozco, de estas tierras matrices que me asaltaron y turbaron y me obligan de nuevo a entretejer mi curiosidad y mis afectos.

Lo he vuelto a comprender esta noche. Caen una lluvia suave, finísima, como la que suele mojar las calles de Hamburgo cuando están los marineros del Mar del Norte solos y perdidos en las aguas del trópico. Ha llegado el otoño y empieza a verse todo de una manera diferente. Dios quiera que podamos ver más fundidos a los hombres y los paisajes y consigamos hablar de cosas íntimas con nuestros hermanos en este viejo rincón de las conversaciones. La lluvia trae siempre la ternura y es un elemento de comprensión que ayuda mucho a conocerse. Suele nacer de ella un entendimiento que no se consigue bajo el sol implacable, aunque las ideas quieran ser iluminadas por él, como los girasoles, pero que se abre aquí en el tranquilo ambiente de la cordialidad y el diálogo.

LEMAN

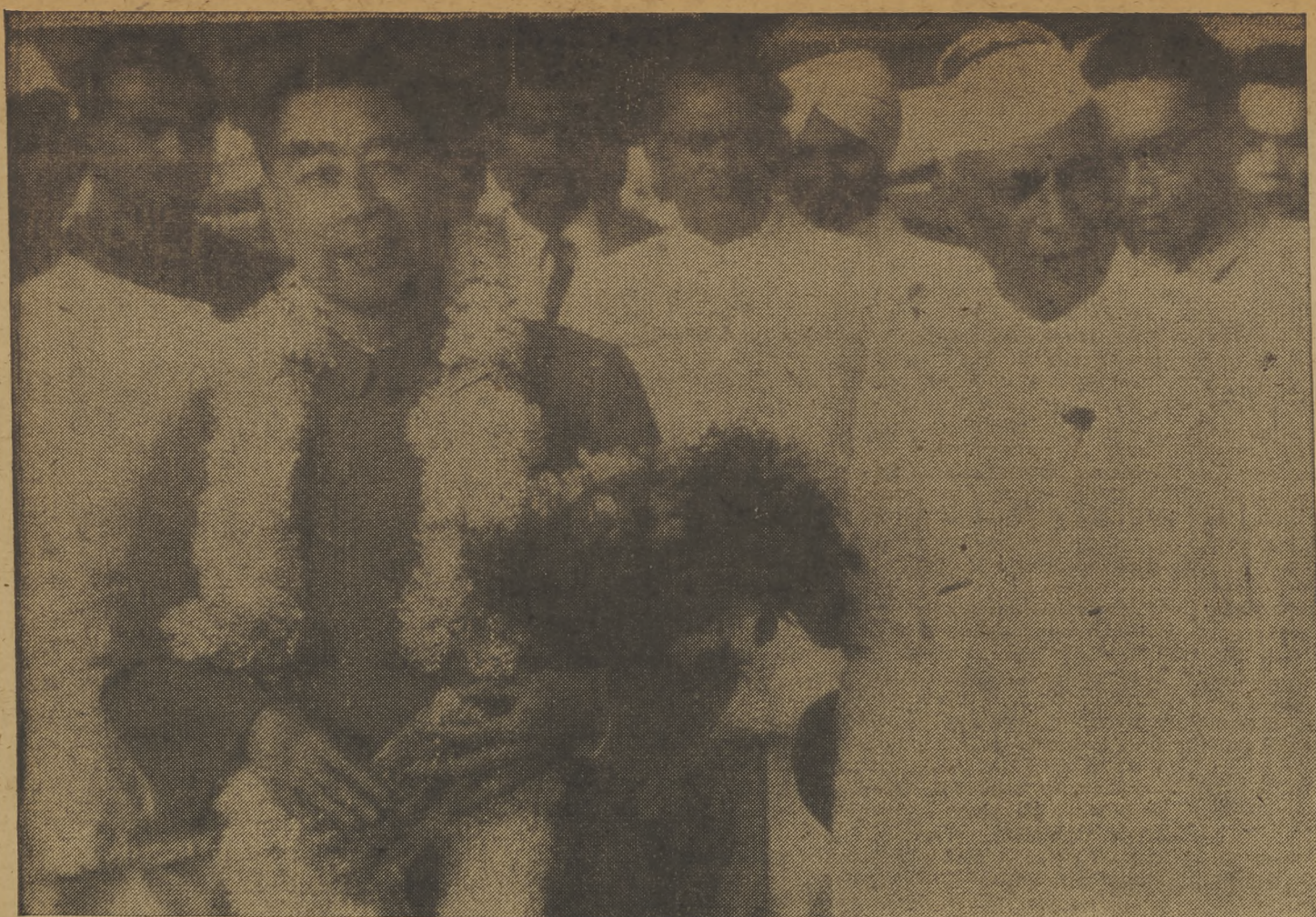


Kruschev, en Austria. El «premier» soviético se ha mostrado hasta ahora amigo de realizar visitas fuera de su país. Los resultados concretos de estos viajes y contactos siempre han sido inciertos.

testinos sociales. Eran años amargos y habían fracasado, al menos temporalmente, un sistema, una confianza, un estado de opinión. El pueblo carecía de lo necesario; sólo una reforma a fondo como la que él hizo logró detener la riada, dándole al país unas directrices que superarían la crisis económica con métodos prácticamente socialistas aplicados a un sistema supercapitalista. Algún mérito tendrán esos procedimientos cuando, al llegar al poder la derecha, los republicanos los han respetado. El temor de toda crisis económica es que la gente no derive con facilidad hacia un extremismo opuesto, con el peligro de mirarse en el espejo o en el espejismo de la demagogia.

Así sucede cuando las sociedades han creado y mantenido la idea de que el nivel de vida material es lo importante. La preocupación de Kruschev es alcanzar para su pueblo esa prosperidad de que goza Norteamérica. La de Norteamérica es la de atravesar otra recesión. Por eso Norteamérica vigila tanto el barómetro de la Bolsa, desconfiada o haciendo ver que desconfía de la actual Administración y de sus intelectuales de Harvard.

esta situación, es que Bonn comercia y tiene grandes clientes entre los países comunistas. El tratado de paz de Rusia y Alemania Oriental, daría al Gobierno último el control de los accesos de Berlín. El rumor de estas últimas semanas, rumor que no se sabe si responde a una realidad, a la información obtenida por los servicios de Inteligencia, es que dichas autoridades exigirían un visado para llegar a Berlín. Washington dijo que consideraría la extensión de los derechos de circulación por aquellas rutas tanto a efectos civiles como militares. El Berlín Occidental está ocupado y regido por derecho de conquista por los tres aliados. Por lo visto este derecho no acabará nunca. La posición ortodoxa es de que, ni la presencia en Berlín ni el derecho de acceso son negociables. Y los alemanes, ¿qué piensan? Nunca, en nuestro tiempo, fué víctima un país de división tan dolorosa. La división de los países ha sido una resultante de cierta miopía habitual de los aliados, tal vez heredada del genio político británico y de cierta frase famosa. No siempre se vence dividiendo. Lo que ha quedado de estas operaciones de las últimas guerras es un curioso e inquietante suma y sigue.



El Pandit Nehru y Chu-en-lai durante la visita que el «premier» chino comunista realizó a la India. Las ya tirantes relaciones entre los dos grandes países asiáticos entraron entonces en un clima de aparente amistad. Pero las sonrisas protocolarias escondían las auténticas intenciones de los hoy protagonistas de la guerra fronteriza

dional del Himalaya. La lucha, que no es guerra declarada, se desarrolla en una de las regiones menos conocidas del globo. Si el reino de Nepal no es completamente ignorado por el hombre de la calle, éste, seguramente, muy poco se preocupa de los pequeños monarquías de Sikkim y Bhutan, la mayor de las cuales tiene menos de un millón de habitantes. Pero como su posición estratégica no carece de importancia, los gobernantes de Pekín no las pierden de vista.

Los dos frentes

Se lucha, pues, como si se tratase de dos Estados «imperialistas» y no de uno comunista y otro de democracia popular. Se lucha de un modo vergonzante, porque la India—desde antes de Gandhi—se declara profundamente pacifista, y porque la China roja no puede tachar a su adversario de agresor. No lo hace, pero afirma que detenta territorios que en toda justicia han de pertenecer a China, e insinúa que pese a la «independencia y las elecciones libres», los británicos y los norteamericanos extienden cada vez más su dominio sobre la economía india. La India fué calificada de lacayo del imperialismo, cuando apoyó la resolución de las Naciones Unidas, que designaba como agresor a Corea del Norte. Además, en Pekín no han renunciado a «la liberación de la India». En el Suroeste del país—o subcontinente—, en Kerala, hubo ya un gobierno comunista. Los dos frentes en que se lucha, aunque no con «numerosas bajas», se

El fruto amargo de la coexistencia

LA INDIA Y CHINA, ENEMIGOS VERGONZANTES

Por Andrés REVESZ

EN septiembre de 1952, al dar la bienvenida al nuevo embajador de la Unión India, Mao Tse-Tung pronunció esta frase: «Estoy convencido de que la cooperación amistosa entre los pueblos de nuestros dos países aumentará y se consolidará cada vez más en la causa común de la lucha por la paz de Asia y del mundo entero.» En diversas ceremonias posteriores el jefe comunista de China dió precedencia a la India sobre las demás misiones diplomáticas, con la natural excepción de la delegación soviética. Y hay más. Mientras que Pekín no está dispuesto a renunciar a los chinos residentes en Indonesia, Indochina, Tailandia, Malaya, Birmania y la India, aunque hayan vivido desde hace varias generaciones en las tierras de su adopción, en significativo contraste con esta política, Nueva Delhi aconsejó a los residentes hindúes que aceptaran la nacionalidad de los países en que viven, actúan y a menudo prosperan. Todo parecía indicar que entre los dos colosos de Asia, en cuanto al número de sus habitantes, las relaciones eran excelentes. Jauaharlal Nehru, el único primer ministro hindú desde la independencia—desde hace tres lustros—, convencido de que todo el mal procedía de las derechas y de las potencias imperialistas de Occidente, no podía admitir que un país de régimen comunista se convirtiera en agresor. Los gobernantes chinos, aunque menos ingenuos, no cesaban de repetir los *slogans* de «amistad de dos mil años» e «intercambio de cultura».

Todos los teóricos del paneslavismo, Rusia, aunque sea comunista, empuja hacia los Dardanelos, el Mediterráneo (dispone de la base de Albania), el Golfo Pérsico, etc. Todo esto se sabe, pero menos conocida es la política exterior china, en el mismo sentido.

China, imperio del Centro

Sin remontar a los tiempos más remotos—a la posible llegada de los habitantes de la futura China desde Sumeria—basta con tener alguna idea de la historia de Asia para saber que

a los ojos de los emperadores y estadistas chinos el nombre oficial de su país no era caprichoso, sino que expresaba todo un programa. China era el Imperio del Centro, ocupaba una posición céntrica, desde la cual se podía avanzar hacia todas las direcciones. Hacia el Norte, para invadir a Mongolia, Corea y Manchuria; hacia el Oeste, para apoderarse del Tibet, de Sinkiang, o Turkestan, Asia Central, y a través de Pamir llegar hasta el Noroeste de la India; hacia el Sur, Tonkin, Annam, Camboya, Birmania y hasta Java. Expediciones navales llegaron al Japón, la isla de Ceylan y el Golfo de Persia. El Imperio chino era poderoso, o, si se prefiere: glorioso, pese a varias invasiones, por el ejemplo, de los mongoles, pero que luego se convirtieron en chinos y fundaron la dinastía que llevó lejos el poderío chino-mongólico durante cerca de un siglo, hasta el año en que Pedro el Cruel fué muerto por el primer Trastámara. No es extraño que los gobernantes de Pekín, por comunistas que sean (pretenden ser más puros que sus colegas-rivales del Kremlin), se inspiren en el pasado e intenten restablecer la hegemonía, o por lo menos la fuerte influencia china, en varias regiones de Asia.

La utilidad del Tibet

¿Cuál puede ser la utilidad del altiplano desolado del Tibet para el neoimperialismo chino? Se comprende que no es económica, sino política y religiosa. La India, cuna del budismo, ha sido convertida al hinduismo, y en tal sentido ha perdido influencia en varios países, fieles a la doctrina de Buda. Ser el amo del país del Dalai Lama y del Panchen Lama significa para la China comunista casi tanta ventaja como si mañana Rusia se apoderase de Estambul y restableciese allí el califato, lo mismo que la sede de la supremacía greco-oriental. Es natural que China se sirva del nacionalismo tibetano y de la influencia budista para extender su poderío. El avance de las tropas chinas en Ladakh, que es la provincia oriental de

Cachemira, se efectúa en nombre de estos dos «derechos», histórico y religioso. Pero también sirve el Tibet como base para salir a la vertiente meri-



Milicias juveniles comunistas desfilan por las calles de Pekín

hallan en los dos extremos de los tres mil doscientos kilómetros que importa la frontera común. En el Oeste, el campo de batalla se encuentra en Ladakh, y en el Este, más allá de Bhutan. Mediante lenta y persistente penetración, los chinos llegaron a ocupar en conjunto unos treinta y cinco mil kilómetros cuadrados, sin que Krishna Menon, ministro indio de Defensa, considerara oportuno intervenir. El prohombre izquierdista se imaginaba qué con cerrar los ojos consiguiera aplacar al temible adversario. Sin embargo, llegó el momento en que había que decir algo. Después de haberse negado a protestar contra la brutal conquista del Tibet, Menon pronunció la tan repetida expresión de «puñalada por la espalda». «¿Desde cuándo se ha enterado el ministro; desde anteaer?», le preguntó irónicamente su adversario político Kripalani en pleno Parlamento. Pero Menon proclama que su país no podría ganar una guerra frente a la China roja, lo que es una admisión algo extraña por parte de un ministro de Defensa. En el fondo tiene razón, porque la India ha descuidado la construcción de carreteras hacia los puntos amenazados, mientras que los chinos se hallan mejor provistos en ese terreno.

Las dos zonas que reclama China importan aproximadamente cien mil kilómetros cuadrados, o sea la quinta parte de España. Los chinos han cruzado ya la Línea McMahon, establecida en 1914 como frontera, pero que China no reconoce. Se dice, con alguna exageración, que entre Nueva Delhi y Pekín se han cruzado más notas de protesta que balas entre sus ejércitos. Los hindúes pueden hablar con mayor motivo de una invasión que sus adversarios, pero... la fuerza priva sobre el derecho, aun cuando se trata de dos países que ambos condenan el imperialismo y la agresión. Ahora se lucha en una altura inverosímil, que impide el empleo de numerosas tropas. En el Himalaya ya se está en invierno, y lo más probable es que todo se arregle mediante negociaciones, que de todo corazón desea Nehru para salvar la faz. Los de Pekín son menos pacifistas. «Ninguna fuerza del mundo podría imponernos una retirada», proclama el ministro de Asuntos Exteriores chino, Chen Yi.

En la noche sombría del 22 de octubre

Lo que tal vez no sirva siquiera de experiencia a los dirigentes, afecta también a 2.500 millones de hombres

Por Adolfo PREGO

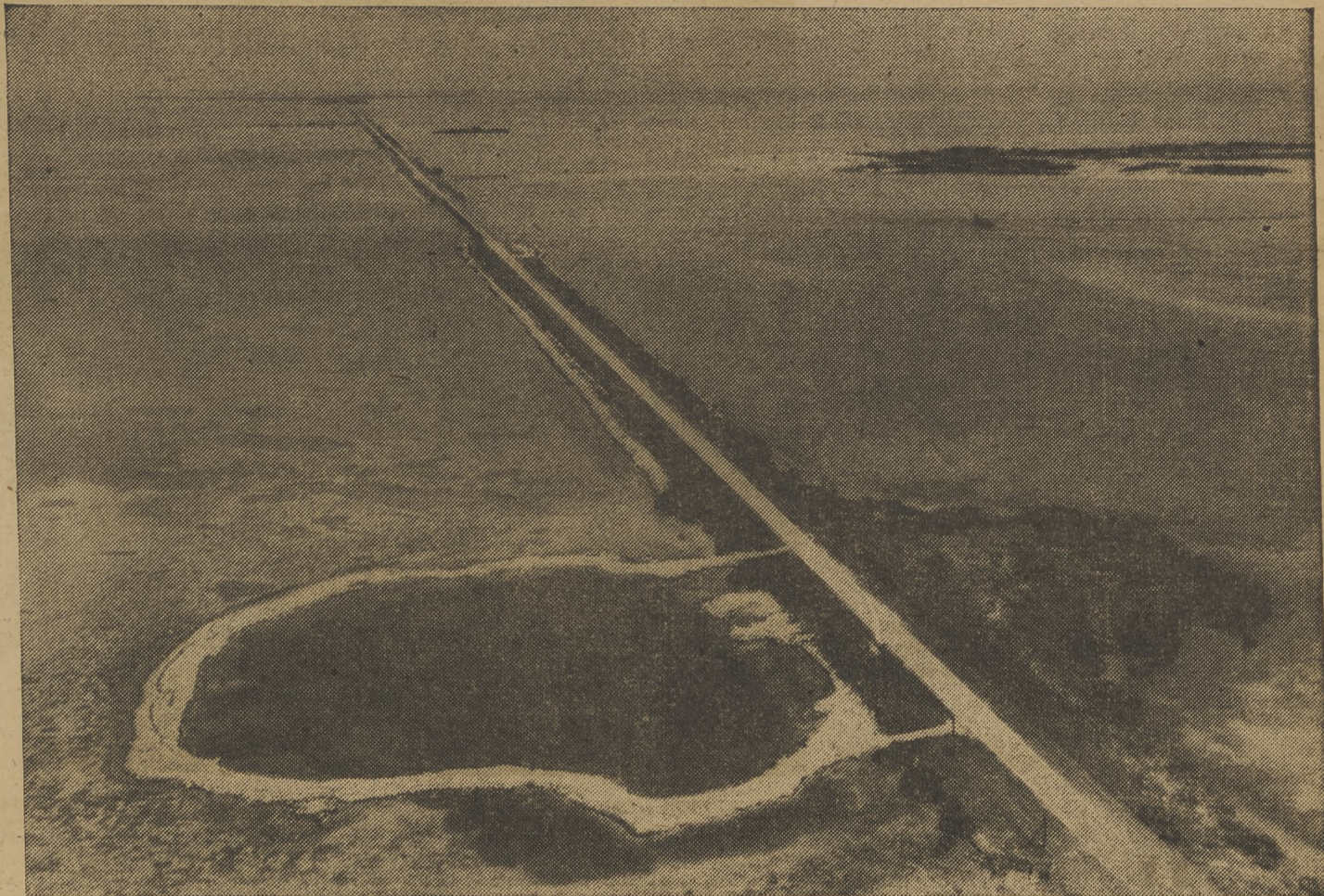
DE pronto, la situación internacional, ya de por sí sombría, se oscureció aún más la tarde del día 22. Desde Washington salieron por las ondas, hacia todos los países del mundo, noticias estremecedoras. El Gobierno de los Estados Unidos se disponía a establecer un semibloqueo de la isla de Cuba, donde estaba comprobada la existencia de rampas de lanzamiento, susceptibles de enviar sobre las ciudades norteamericanas y las Repúblicas hispánicas cohetes dotados de cargas nucleares. El anuncio hecho por el presidente Kennedy no ofrece lugar a dudas: serán detenidos y registrados todos los barcos mercantes que viajan hacia la ex Perla del Caribe, hoy en trance de transformarse en una base militar soviética. Y se dijo algo más elocuente: si los mercantes se resisten, serán hundidos.

Recuerdo de la operación frustrada

Es posible que a la hora de salir este comentario, Moscú haya dado ya su respuesta—literaria—a la firme actitud del presidente Kennedy. Lo que sea sonará, y Dios quiera que el sonido no sea estampido nuclear. Pero los hechos que tenemos ante la vista y las perspectivas que descubren nos hacen volver la vista atrás, concretamente al mes de abril de 1961, cuando 1.500 patriotas cubanos fueron entregados inermes ante los tanques y los cañones fidelistas. La famosa—tristemente famosa—operación de la Bahía de Cochinos constituyó un fracaso escandaloso de la CIA, entidad de espionaje y contragolpe; pero fue más que nada un desastre político, una demostración palmaria de que en el equipo del joven presidente Kennedy no había unidad de criterio ni existía un mínimo de instinto defensivo. Que un país como los Estados Unidos se comprometa en un ataque a Cuba y tenga que dar marcha atrás a las pocas horas es, en verdad, lamentable. Quienes estuvieron presente en una de las reuniones urgentes celebradas por las Naciones Unidas no podrán olvidar el triste espectáculo que ofrecía mister Stevenson, apabullado y vacilante frente a los ataques del representante soviético y del que ostentaba la representación del mismo Fidel Castro. ¿Qué pasaba? Pasaba nada menos que esto: que el señor Stevenson se consideraba culpable de servir a un Gobierno que había patrocinado y dirigido un ataque armado a un país vecino. Corrió entonces la voz por los pasillos de la ONU de que el señor Stevenson había dicho al presidente Kennedy que él no podía sancionar con su presencia en el equipo gubernamental un acto de agresión. Y que se iría a su casa si la operación no era cortada inmediatamente.

El agua, hasta media pierna

El propio presidente Kennedy no estaba decidido a continuar el experimento. Se había metido en el agua, pero sólo hasta media pierna, y la perspectiva de tener que lanzarse de cabeza no le seducía. Tenía frío. En resumidas cuentas: 1.200 cubanos fueron apresados por las tropas de Fidel Castro, se volatilizó la oportunidad de acabar mediante un golpe de mano seco y enérgico con la intromisión comunista en Cuba, y los Estados Unidos quedaron en una lamentable situación. Había triunfado el criterio de los liberales. Y nada tendríamos que objetar ahora a dicho triunfo, si no se hubiera producido esta situación catastrófica, que nos pone—al borde de una hecatombe. No se quiso enviar media docena de aviones—no más—a proteger a los patriotas cubanos ni hubo nadie con arrestos para meter en las barcazas unos cuantos tanques y expedirlos hacia Cuba, porque «aquello» hubiera tenido toda la fisonomía de una



★ Carretera hacia Cuba, desde Miami a Key West, a 90 millas de la isla. Ahora una de las rutas más estratégicas del mundo.

intervención directa, y se pretendía—¡oh, maravillosa ingenuidad!— cubrir las apariencias de que el Gobierno de Washington era ajeno a la contrarrevolución preparada en el territorio de los Estados Unidos y con base en otros países cercanos. Pero ahora, en cambio, urge recurrir a medidas cuya violencia salta a la vista, aunque desde luego las consideremos proporcionadas a la gravedad del caso.

Hace cincuenta años los errores diplomáticos y políticos de una primera potencia tenían efectos relativamente limitados. Ahora, según tesis expuesta por el mismo presidente Kennedy, y desde luego también por Kruschef, es difícil que un conflicto local no degeneren en una guerra mundial... y definitiva. De modo que las doctrinas y teorías de gentes bien preparadas universitariamente, dotadas de un intelecto agudo y perspicaz, pueden traernos consecuencias dolorosísimas si la realidad demuestra que aquellos individuos eminentes no lo son tanto a la hora de «realizar» una política, de calibrar unas posibilidades de acción, de deducir los resultados a corto plazo de unas u otras medidas o de unas u otras omisiones. Nos permitimos recordar que lo ocurrido en la Bahía de Cochinos se produjo hace justamente año y medio, y que desde entonces la ayuda soviética fue en aumento porque Fidel Castro y los suyos no tenían otro árbol donde ahorcarse. Es decir, nada se hizo a fondo y todo se hizo mal.

Una política de acercamiento a Fidel Castro, incluso con renuncia a la defensa de los importantes intereses norteamericanos desmontados por la revolución castrista; una política firme y agresiva, para derribar a Castro; un apartamiento oficial de los sucesos de Cuba, y dejar que el tiempo y el afán mercantilista limasen asperezas... Cualquiera fórmula rotunda y sostenida hubiera dado buen resultado. Pero Washington se adscribió desde el primer día a la vaguedad, a la incertidumbre... Y he ahí lo que ha pasado. Desde los tiempos en que el *New York Times* concedía al grupito guerrillero de Castro una publicidad increíble, desde los momentos en que el departamento de Estado hacía lo posible para que Batista abandonase el poder, desde que...

cordar tantos errores, tantas torpezas?

Kruschef se mete de cabeza

Los sueños políticos traen desilusiones tremendas. Y no sólo desilusiones: traen peligros, amenazas escalofriantes, crisis prácticamente irresolubles porque quedan planteadas entre dos términos que se repugnan: la fantasía más o menos poética y el prosaísmo de la vida cotidiana. Tener razón, cargarse de razón, esperar a que la opinión pública compruebe la urgencia de un caso, es el mejor sistema de provocar un conflicto mortal. Cuando se quiere actuar ya no se puede hacer mediante una cirugía elemental. Hay que llevar al enfermo a la mesa de operaciones y extraerle el corazón para rajárselo con el bisturí.

No nos llamemos a engaño. La brutal intervención soviética en Hungría, el ametrallamiento por los tanques soviéticos de obreros y estudiantes que dejaron bañadas en sangre las calles de Budapest fue una operación previsible desde el punto de vista comunista. El triunfo de la revolución húngara hubiera provocado por simpatía el levantamiento de Polonia, acaso también de Rumania, de Checoslovaquia. ¿Piensa alguien que aquel crimen se decidió dentro de la ortodoxia comunista? No. Al señor Kruschef le hubiera gustado eludir la cuestión y dejar que las cosas se desarrollasen a su aire. Pero cuando vio que había que herrar o quitar el banco, se lanzó de cabeza—no se metió a media pierna—. Lo que Washington tuvo frente a sí en abril de 1961 era infinitamente menos comprometido. El fracaso pudo todavía dar frutos positivos. Hubiera bastado con un cambio radical de política: olvido de hostilidades y concesión de préstamos. Este es el pan nuestro de cada día. Pero los universitarios, los intelectuales de la política, de los hombres de principios inamovibles tampoco podían prestarse a ese juego. En Cuba había terror y mano dura.

Equilibrio del terror

Y por esa fatalidad, cubriendo las etapas de una tragedia griega, hemos

llegado a los instantes en que los dispositivos nucleares se ponen en tensión, y los mejores deseos de no intervención, de respeto a las normas democráticas, se ven brutalmente desplazados por la necesidad de conservar la propia cabeza sobre los hombros. ¿Legítima defensa? Bueno ¿y qué? Esa figura jurídica no es un consuelo si lleva aparejado el riesgo de una guerra atómica. ¿No habría sido cien veces preferible perder un poco de crédito democrático en beneficio de la tranquilidad universal? Sería incluso ridículo que por culpa de Fidel Castro el mundo llegase a arden por los cuatro costados. En la vida privada uno puede como el famoso comandante Nicholson de *El puente sobre el río Kwai*—sostener sus propias convicciones aun a riesgo de que el sostenimiento nos cueste la vida. Pero la cosa deja de ser tan plausible si lo que arriesgamos no es sólo nuestra propia existencia, sino las de 2.500 millones de seres. La grandeza y la servidumbre de la política reside precisamente ahí: en la subordinación de nuestros propios deseos, de nuestros ideales, de nuestra ejecutoria al logro de objetivos superiores, tales como, por ejemplo, la conservación de la paz, aunque sea una paz anémica e inestable como es la que se deriva de la situación que Churchill definió: «equilibrio del terror».

¿Qué piensan ahora los consejeros del presidente Kennedy? ¿Habrán aprendido algo nuevo? ¿O se disponen a continuar aplicando sus ungüentos fabricados en Harvard al cáncer de pulmón? (Damos por supuesto que la crisis de Cuba no es un contragolpe a la crisis de Berlín, sino la eclosión de un proceso alarmante que exige por sí mismo remedios desesperados.)

Probablemente es ya muy tarde para las recriminaciones. Mas cuando vemos que persisten los vicios mentales que tanto dolor han traído sobre el mundo contemporáneo, no está fuera de lugar denunciar su culpabilidad. Y siempre es hora de pedir a Dios que ilumine a los dirigentes del mundo occidental para que se atengan al servicio efectivo de la comunidad viva y actual, en vez de dejarse llevar por aspiraciones futuristas de momento irrealizables.

Las puertas del Concilio ya están abiertas

Por José Luis CASTILLO-PUCHE
enviado especial



S. S. Juan XXIII recibió amistosamente a los observadores en viados por la Iglesia Ortodoxa rusa al Concilio Euménico Vaticano II

II

Por la puerta grande de San Pedro, con paso de pastor, suave, campechano, con un aplomo que no es de este mundo, precedido de tdes mil Padres conciliares, con una parsimonia y una beatitud de égloga cristiana, Juan XXIII acaba de entrar para sentarse en su cátedra. Pero al sentarse era como si estuviera pidiendo perdón humildemente a la Iglesia entera. Y al mismo tiempo se sentó rotundo, firme. Sólo que los pies apenas le llegaban al suelo y los balanceaba graciosamente. Juan XXIII da la impresión, por su ancha y saliente cara romana de que es de colosal estatura. También Juan XXIII pudiera dar a muchos la impresión de que es sólo un Papa bonachón, simpaticote, paterfamilias. Pero Juan XXIII sabe que los pasos que está dando son pasos de eternidad. De ahí su serenidad. De ahí su optimismo, que algunos llaman «pura utopía». Ya veremos.

Al principio del mundo se dice que el Espíritu se movía sobre las aguas. Ahora es distinto. Ahora el Espíritu parece ser que viene soplando y resolando en aviones reactores y en barcos con antenas de radar. Los Uadres conciliares no han llegado en mula, como llegaron a Efeso, sino entre nubes, sobre las aguas.

Ciertamente este Concilio es un regalo de lo alto, una inspiración. Juan XXIII lo ha vuelto a repetir. Ni guerras ni cismas, ni profecías de mal agüero. Más bien el prenuncio de todo lo contrario.

Acaso los Padres conciliares, por lo general, al sentarse en el trono de la primacía y compartirla con Su Santidad, han puesto cara más grave que el propio Papa, que, desde el primer momento, ha sonreído en un ecuménico gesto de paz y de buen humor.

¿Le preocupaban a Juan XXIII los cientos de policías de dentro y de fuera de la Basílica? No creo. Acaso le interesaban más al Gobierno italiano, que no quiere—y que va a hacer todo lo posible—porque no se repita la bomba camuflada de hace unas semanas. Al Vaticano, ciertamente, una bomba más ni le va ni le viene. A lo mejor, esta posible bomba ayudaba a demoler algún feo sepulcro o a descubrir algún otro desconocido—y bien buscado por la Cristiandad. San Pedro está por encima del plástico. San Pedro está hecho de bombas que estallaron sin demoler nada.

A Juan XXIII le preocupan otra

clase de bombas. Hay otras bombas más temibles que las de mil megatones. Y Roma, con el Concilio, ha creado ya la antibomba. El Concilio Vaticano II es ya la superbomba, bomba sobrenatural que, de entrada, va a esparcir por el abierto y cerrado mundo una irradiación activa de confianza y de seguridad. No pasa nada. No va a pasar nada. Todo es accidente menudo. Comienza una etapa más justa para los hombres.

Se dice que *Roma lenta quia aeterna*. Y a mi me parece lo contrario. Roma no está funcionando ni lentamente ni con retraso. Roma camina velozmente, casi a velocidad supersónica.

Se abrieron las eternas puertas y pasó Juan XXIII, más Papa que nunca. ¡Con qué rebotante cara de libertad sobre todos los reinos de esta tierra había cruzado la plaza! Y para mayor chiste, tan pronto Juan XXIII salió a la plaza, las nubes dejaron de llover justicia—*et nubes pluant iustum*—y un sol loco puso en movimiento las campanas.

Ya Juan XXIII—que con una enorme sabiduría se llama a sí mismo el Obispo de Roma, por encima de todo—iba entrando entre las dos orillas de mitras blancas, entre caras pecosas, entre caras negras, entre caras amarillas, entre caras sin color, que representaban la pleamar del Espíritu: Obispos de toda la tierra habitable, porque si alguien hubiera pisado algún planeta remoto montado en cualquier vehículo espacial, ese hubiera sido, de regreso, el primero que hubiera venido a pedir al Romano Pontífice:

—Por favor, un Obispo. Allí necesitamos un Obispo.

¿Qué cosa es eso que llamamos Iglesia?

Es algo que vale la pena presenciar, aun para los que no sean capaces de sentirlo. El Papa estaba entrando a pie en su Iglesia, que es la Iglesia de todos, la Iglesia de todos y cada uno de los Obispos, la Iglesia de todos y cada uno de los seglares. Había Obispos pachuchos, Obispos jóvenes, Obispos con barbas, Obispos con mitras sencillas, Obispos con mitras cuajadas de piedras preciosas, Obispos negros, Obispos blancos, Obispos castaños... —Mitra en tierra. Quitense las mitras—decía el Maestro de Ceremonias.

Devoción. Algo más que devoción. Cualquier Obispo puede ser Papa. Los Obispos son, en cierto modo, el Papa,

colectiva e individualmente también. Y no ya como meros administradores de la Curia romana, sino como representantes del mismo poder y del mismo don en cada diócesis. En este Concilio se va a insistir mucho sobre esto.

Luego los Estados con sus delegaciones, eso que se llama el poder terrenal, lo que cuenta, lo de aquí abajo: los príncipes de la paz, que alguna vez son los de la guerra.

—Rodilla en tierra.

Y al lado y en medio, el pueblo, donde salieron los Papas, los Cardenales, los Arzobispos, los Obispos, los Abades, los Padres conciliares. Pueblo, pueblo sencillito y fiel, el pueblo por el que existe este parlamento de Dios que es la Iglesia, en donde, como en todos los parlamentos, también alguna vez se perdió el tiempo, pero parlamento que existe y al que hay que volver, porque la Iglesia es libertad de espíritu al mismo tiempo que sumisión, porque la Iglesia es jerarquía, pero una jerarquía singular hecha de pura democracia. Discutir cuando se parte de una fe común es admirable. Lo que ocurre es que no todos saben la cantidad de margen que la Iglesia deja para resolver ese montón de cuestiones del día en que están—o por lo menos debían de estar—a nuestro arbitrio. Hablando en católico, este Concilio creo que viene a enseñarnos a todos hasta dónde los regímenes, aun teniendo que ser centralizadores, deben ser sobre todo creadores de personalidad y de vida independiente, aunque concorde.

¿Cómo uno, simple fiel, anticipa todo esto? *De nomine et de facto* en este Concilio quien va a partir el bacalao, como vulgarmente se dice, es Juan XXIII, pero Juan XXIII va a dar la más hermosa lección de Pontificado. Su autoridad está sobre todas y lo estará en todo momento, pero yo creo que va a dejar un gran margen de discusión, confiando plenamente en que el Espíritu asiste a los Padres y asistirá al Hermano mayor, que es el Papa. El toma su fuerza de su colectividad de Obispos.

¿Qué va a salir de aquí? Grandes cosas. La Iglesia viene a tomar cuerda y gas para un siglo más o para medio siglo—porque ahora las cosas van más de prisa—, y lo que si es cierto es que por el sólo hecho de reunirse los Obispos junto al Romano Pontífice para tratar de *omnibus rebus et quibusdam aliis* en estos momentos y en tal acto de conciencia y responsabilidad del ministerio pastoral, por fuerza este Concilio es, por supuesto, el más importante en la historia de la Iglesia.

Daba pena y era un gozo. Cardenales que no podían con su alma, Arzobispos que se dormían sin querer, Obispos viejos que lloraban, Obispos jóvenes nerviosos por la emoción y que acaso hubieran querido echar un cigarrillo. Obispos que llegaban colgando la cámara fotográfica, Obispos que no cazaban muchas palabras del latín cuando hablaba el Cardenal Secretario, Padres conciliares que tuvieron que subir a las altas tribunas porque no había sitio...

A todo esto, en la plaza de San Pedro la muchedumbre esperaba y seguía el largo y bello rito, familiarizado con el latín, curioso con lo griego, que a muchos españoles le sonó un poco parecido al cante jondo. Y allí, alguna pareja recién casada que comentaba:

—De aquí dicen que van a salir cosas gordas.
—Todo menos el rompimiento, querido. Y no te me sueltes del brazo.
—¿Es que me suelto?
—Lo decía por si te pierdes.

Obediencia y juramento

Mientras tanto, estaba sucediendo algo fenomenal. Los Obispos del mundo entero llegaban a la plaza de San Pedro, como a su casa. Nadie se sentía extraño ante la Puerta de Bronce.

—Pater, ¿ubi...?
—De Nigeria.
—Pater, ¿ubi procedis?
—Del Brasil, de la región del Amazonas.
—Pater, ¿undenan...?
—Ex Líbano.
—Pater, ¿es qua regiones...?
—Congo.
—Pater, ¿forsitam britannicus?
—Irlanda.

Y los Obispos, y los Arzobispos, algunos se daban un beso en la mejilla.

Los Obispos negros, con su alba blanca, con el enorme zucchetto blanquisimo, con los dientes más blancos todavía, con la mitra como una espuma santa, parecían más negros aún. Los Obispos rubios y blancos, con la tez sonrosada, reflejaban en la blanca piel los morados y los rojos de las vestimentas sagradas.

Y a la voz del Mayordomo, el venerable cortejo se puso en marcha. Ahora es cuando uno se da cuenta de que un Concilio no es nunca un final de trayecto, sino una puesta en marcha. Iban hacia el Papa que los había convocado. Estaban comenzando a ponerse en camino. Iban pasando por la Scala Regia, como una catarata de luz...

Luego los Primados, los Patriar-



Obispos de los cinco continentes en la plaza de San Pedro. La ecumeneidad de la Iglesia católica queda bien a la vista del pueblo en la magna reunión del Concilio

cas, los Cardenales... Y por fin. Juan XXIII, el padre de la criatura, el párroco del mundo.

La procesión camina lentamente. Dos kilómetros de jerarquía eclesial, junta a su Cabeza, unidos en una misma fe, *Credo in unum Deum... Ave Maria Stella...*, sacramentados por la misma consagración, ungidos por el mismo óleo.

Ya están en el Aula Santa del Concilio—sentados a la par *ex omnium natione*—los pastores de la Iglesia alrededor del Romano Pontífice.

Están aquí porque los han llamado. Ellos todavía no saben qué es lo que saldrá del Concilio. ¿Podará la Iglesia usos litúrgicos, soltará lastre accidental canónico sin inmutarse, dará un gran avance en cuanto a renovación de métodos en el apostolado, dará doctrina nueva sobre los grandes problemas que atenazan a la humanidad? Nada está previsto. Sólo el Espíritu Santo sabe indefectiblemente qué es lo que saldrá del Concilio. Los demás, nada. Ni el propio Papa. Ellos, los Padres conciliares, por dentro, acaso están pensando en la fórmula ya sabida: *Unidad en lo necesario, libertad en lo opinable y caridad en todo.*

El espectáculo es sobrecogedor. Las representaciones del poder civil de los pueblos están, en cierto modo, anodadas. Aquel poder que se manifiesta allí callado, orante, acorde en espíritu, es algo que está por encima de todo lo de este mundo.

Están entonando el *Tu es Petrus*. No es momento de entusiasmo ni de clamores. Es un momento disciplinado, concentrado, profundo. Solemnemente, con voz recia, una voz de campesino sano, Juan XXIII entona el *Veni, Creator Spiritus*.

Luego, la Epístola y el Evangelio cantados en latín y en griego.

Pero todavía no ha llegado el momento trascendental. Se trata del acto de profesión de fe, en el que han de juntarse en una sola voz afirmativa hasta más allá de la propia existencia las voces de los Obispos frescos y gallardos con la de los ancianos y ya rendidos por las fatigas apostólicas.

Ya están cumpliendo la obediencia. Están sometidos a Juan XXIII porque él representa a Cristo. No hay reticencia posible. La enumeración es terminante, prolija: *omnia et singula*, pero *omnia et singula* bien especificadas. La mano sobre el corazón, dicen con serenidad, coraje y humildad. *Ego... spondeo, voveo ac juro. Sic Deus me adjuvet, et haec sancta Dei*

evangelia. El código sagrado está allí delante. Encima de nosotros, en la bóveda, en letras de oro, está escrito: *confirma fratres tuos*.

Ya hay Concilio. Y habrá unanimidad e infalibilidad, aunque pudiera haber disparidad de criterio. Lo que quede señalado y dicho irá más que a misa, irá a la eternidad, que es algo así como la misa perpetua.

Ahora los Padres está diciendo que, aunque pecadores, quieren y piden que se les muestre dentro de los corazones lo que deben hacer. Quieren ser justos. Quieren obrar en conciencia. Las Letanias de los Santos. La Iglesia triunfante tiene que estar unida a este divino referéndum. No se trata de legislar una Constitución como la de cualquier Estado, que fenece tan pronto como nace. Es muy distinto. Un voto puede significar la salvación o la condenación de muchos.

La ceremonia es larga. No hay prisas. Más súplicas en latín y en griego. Hay como un aura de temor y desconfianza de la flaqueza humana. Los que peregrinan hacia Dios encuentran en el camino muchos enemigos. Un ruego vibrante:

Por los Padres del Concilio, portadores de Dios

¿Por qué no pensar que lo que está pasando ahora mismo puede tener resonancia de siglos? Este Concilio seguramente va a ser un sacudimiento que va a rebasar lo que podríamos llamar el orbe católico. Se nota, se palpa, se percibe y se siente que todo esto que está sucediendo en estos instantes en el Aula Santa va más allá de las fronteras sin fronteras de nuestra Catolicidad. Pocas veces la Iglesia se ha reunido con tantas promesas de unidad sin discriminaciones accesorias, con tanta fe en el porvenir aun mirando las cosas por lo humano. Una Cristiandad nueva está palpitando sobre el bosque de mitras.

Los observadores

Yo observaba atentamente a los observadores: a los rusos, a los de la Iglesia copta de Egipto, a los sirios, a los armenios, a los luteranos a los presbiterianos, a los anglicanos a los evangelistas, a los congregacionistas, a los metodistas, a los del Consejo Mundial de las Iglesias, a los cuáqueros...

Los observaba como observaban. La cosa era digno de ser observada.

¿No será que todos los anteriores

intentos de Cristiandad fallaron por exceso de celo, por soberbia intelectual, por vanidad mundana, por ambición desmedida de representación? Con las cosas sagradas no se puede jugar. Algún día es posible que el Magisterio Eclesiástico, ya aquietado, diga algo sobre el asunto.

¿Miraban con rencor? ¿Miraban con envidia? ¿Miraban con admiración? Observaban y miraban con muchas cosas juntas.

Les apabullaba, sin duda, una Iglesia tan robusta, pero en algún momento hubieran querido verla menos coronada de magnificencia. Les imponía el carácter doctrinal de esta Iglesia que, por ser y sentirse la depositaria de lo que nos queda de Jesús, es intransigente en tantas cuestiones. De vez en cuando miraban a Juan XXIII y lo veían próximo, comunicante, pródigo. ¿Qué son las leyes y los preceptos cuando no son más que esto, reglas de un tiempo? Lo importante es la actitud ante el Misterio, el respeto ante la verdad esencial.

Acaso miraran, o me lo pareciera a mí, que miraban con más obstinación los ortodoxos que los protestantes. Estaban más confundidos, observantes, unos más que otros, algunos emocionados, otros en la vía de la actitud reflexiva.

¿Quién tiene que adaptarse a quién? ¿Quién tiene el manantial o quién viene buscándolo sediento y desperdigado?

El tremendo boato de la ceremonia en cierta manera los tenía ofuscados. Miraban queriendo entender. No dejaban el libro ritual de la mano.

Alguno de ellos puso una cara bien rara cuando Juan XXIII dijo, citando a San Lucas: *Quien no está conmigo, está contra mí; y quien no recoge conmigo, dispersa.*

Mientras tanto, la televisión italiana se estaba superando. Con un juego de cámaras impresionantemente situadas, lo mismo sacaban a un Padre conciliar rascándose el cogote que a otro que se dormía, acaso porque había llegado el día anterior desde Alaska después de muchas horas de vuelo.

Las palabras del Papa

La tónica del Concilio ya la ha dado el Santo Padre. El quiere un Concilio creador, práctico. No es momento de severidad en la Iglesia del Señor. Más bien se diría que es el momento de la misericordia y de la apertura. Juan XXIII no es en absoluto partidario de las opresiones ni de las violencias, ni siquiera para mantener la verdad. El Concilio debe ser constructivo, de carácter positivo. No se trata de establecer condenas, sino de abrir las puertas y de esperar. Es el momento más bien del perdón y la concordia, por lo menos de todos aquellos que han recibido de alguna manera el mensaje de caridad de Cristo.

Juan XXIII leía categórico, solemne y al mismo tiempo humanizándose un poco y accionado levemente como buscando comprensión. Ni un gesto de aspereza, de alarma, de fatalismo. Juan XXIII cree en la convivencia y en el progreso del testimonio de Cristo en una nueva irradiación. Precisamente partiendo de todo lo que la nueva era espacial supone de adelantos y maravillas.

Juan XXIII—el 263 Papa después de Pedro—cree en el porvenir de la Iglesia. Aunque viejo, es valeroso e intrépido: *Más Nos parece justo sentir de tales profetas de calamidades, que siempre están anunciando infastos sucesos, como si fuese inminente el fin de los tiempos.* Todo está asegurado de antemano si la Iglesia goza de libertad. *Los principios de este mundo en más de una ocasión se proponían ciertamente proteger con toda sinceridad a la Iglesia; mas con mayor frecuencia sus acciones no se hallaban exentas de daños y peligros espirituales al dejarse ellos llevar por motivos políticos y de propio interés.*

Por la noche, ante cerca de doscientas mil almas que ardían de amor hacia el Vicario de Cristo en la plaza de San Pedro y que vibraban alrededor de una gigantesca cruz de antorchas—toda Roma estaba llameando—, el Papa estuvo mucho más expresivo y simpático y hasta habló de la luna, que no había faltado a la cita, y se llamó a sí mismo *hermano entre los*

hermanos, y dijo a las madres que llevaran una caricia del Papa para sus pequeños.

Se nota que Juan XXIII está haciendo todo lo posible para quitar al Pontificado todo ese peso grave que tenía, todos esos signos de monarquía un poco absoluta y centralizadora. El quiere compartir el peso del Magisterio con los Obispos, sus hermanos de apostolado. Se diría que trata de hacer de la Santa Sede algo más colegial, más consultivo, menos monolítico y personal. Esa parece ser que es su inclinación y su pensamiento. *Todos hijos de un mismo Padre* y, naturalmente, todos en Roma como en su propia casa, y cada diócesis que venga a ser también como una Roma minúscula y de bolsillo.

El Concilio ya está abierto

Ahora nos toca esperar un poco.

—¿Por dónde va ir esto?—hemos preguntado a algunos Cardenales, Arzobispos, Obispos y Teólogos.

—No nos conocemos todavía. Hay que esperar un poco—van respondiendo todos con una unanimidad que demuestra sobre todo el sigilo impuesto y además el miedo a levantar inútiles libros.

Estos días se nota un poco más de reserva que en los preliminares del Concilio. Se sigue insistiendo en qué temas debatidos serán los del laicado, los de los religiosos... Por una parte se cree que el segar incorporado a la Iglesia tiene que tener un papel más importante, y hay quien habla de su próxima presencia en un Concilio futuro... Aunque ha habido seglares consultados para este Concilio, no han logrado un puesto como exponentes de una parte vital del Cuerpo Místico. A los religiosos parece que se trata de lanzarlos un poco más a la vida pastoral haciendo que la obediencia al Obispo se convierta en una realidad de tipo más activo.

Vamos a ver, pues, qué regula *fidei* nos van dictando los doctores de la Iglesia. Vamos a ver qué constituciones y decretos nuevos se van perfilando en la mente de estos Padres con-

ciliares, llamados también *siervos de la Palabra*.

Por descontado que el Vaticano II va a ser un Concilio rápido y laborioso y que va a dar sorpresas. Hay ilusos que piensan que ya todo está hecho con la sola convocatoria y que incluso está garantizado el regreso de los disidentes. No hay que correr tanto. Salvo un milagro masivo, el argumento para la unión no está del todo maduro. La posibilidad de reincorporaciones las irá dando el propio Concilio. También en el Vaticano I hubo al comienzo muchos optimistas en este sentido, y lo que ocurrió fue el nacimiento de una fracción más: los católicos de la Vieja Iglesia.

Tomando la cosa con calma y sensatez, una vez abierto el Concilio sí que podemos decir que la Iglesia Católica, Apostólica Romana ha alcanzado un impacto ecuménico y que su prestigio y su vitalidad son demostración al canto. Ahora se trata de saber sobre qué esquemas laboran los Padres conciliares que hoy día ya están reunidos, teniendo a la mano el lápiz magnético que, por un procedimiento electrónico, archivará el voto de cada Padre en cada cuestión y cualquier tipo de sugerencia. Se trata de poner al día a la Iglesia, se dictarle normas más ágiles y flexibles que estén en consonancia con los tiempos modernos.

A Roma se le ofrece una oportunidad histórica excepcional para su Magisterio. No creemos que después del esfuerzo que esto supone—tres años de intensa preparación, volúmenes y volúmenes de informes y consultas, la asistencia plena del Episcopado—salvo algún que otro Obispo de las Iglesias dominadas por Rusia—vaya a quedar todo en un acto de apoteosis de Cristiandad. Se trata de algo más decisivo: la integración posible de muchos cristianos separados y la penetración de la Iglesia Católica hacia métodos y situaciones adaptadas a las exigencias de la vida moderna.

Por lo pronto, nada más abierto el Concilio, en Roma ha comenzado a diluviar. Los Padres del Concilio tendrán así más tiempo para formular proposiciones y discutir.

Y lo que vaya a ser ya se irá viendo.

LOS DIAS IMAGINADOS

CABALLERIAS CON LUNA AL FONDO

Por Alvaro CUNQUEIRO

LEYENDO en los periódicos tanta noticia acerca de los intentos de poner un hombre en la Luna, y viéndola surgir a ella tan cerca de los ojos, tras oscuros montes, como la vi estos días pasados, haciendo yo el camino de Santiago por la cima del Cebrero, donde el viento y el haya se saludan, y excitada la memoria y la imaginación con la calidad misma prodigiosa de la ruta peregrina, con tanto relato oído fabuloso e historias de milagros, me puse a contar en una de las posadas del camino, bien sentado junto al fuego y a la cuneca de vino, un libro de caballerías con el andante por la Luna madrugando en un caballo de bonanza, blanco del pie de cabalgar, y de la mano de lanza, que dicen las Castillas militares refraneras. Y el caballero de quien conté lo era don Hercóleo de Linda, el cual fué primo segundo de Palmerin de Inglaterra y sobrino del Imperante Calobrón de Hircania. Un docto amigo mío tradujo la toponimia de los libros de caballerías a la europea verdadera, y halló que Linda era la muy noble ciudad de Orleans, y el río Luario; que por allí pasaba muy sosegadamente, bajo dos puentes gemelos, es el Loira, el río real de Francia, que en Pégy es un «fleuve de sable et de gloire»... Aparte de los nombres fabulados en los libros de caballerías, muchas ciudades—Roma, Toledo, Aquisgrán, París, entre otras—, tienen nombres secretos, que de ser conocidos por alguien, le darían a éste un enorme poder sobre ellas. Los reyes antiguos de Francia sabían el nombre secreto de París, y a Toledo, entre magos, se le conocía por «Fax», la tea, pero este nombre se divulgó entre cabalistas y ahora debe de tener otro. Pero volviendo a don Hercóleo diremos que fué a la Luna muy contra su voluntad; se equivocó de caballo en las cuabras de su primo Calobrón y montó el palafreñado alado del nigromante Terusindo, sabio atrabiliario y anglófobo, de casta caldea y teúgica, en vez de su alazano cordobés. Terusindo pasaba en la Luna los días llenos, y su caballo no sabía otro viaje, no bien lo montó don Hercóleo salió relinchante para las pampas selenitas.

DON Hercóleo de Linda, en la Luna no lo pasó mal. Encontró allí a una viuda joven y hermosa, encerrada en una caja de cristal por la maligna y verde serpiente Salomera, llamada así porque la creó Salomón una tarde, por juego, combinando las letras del Nombre Inefable. Cosas como ésta hacían, con cierta frecuencia, los instruidos en los Libros, la Mishna, la Ghemara y el Midrashim, en las reglas de Gematría, de Notricon y de Temurah, en los alfabetos místicos Atbash, Albam, Aiakbechar, Tashrak... Dos discípulos del gran Hillel, rabi Oshayah y rabi Chaneanah, después de haber estudiado el Libro de la Creación crearon una vaca blanca, que comieron inmediatamente. Rabi Iochanan ben Zacai, gracias a diversas combi-

naciones del Nombre, creó animales vivos y frutos. Algún día contare una hermosa historia de la que fué protagonista este sabio y que vive en el Libro Bava Bathra del Seder Nezikin del Talmud de Jerusalén.

ESTABAMOS en que la serpiente Salomera la creó Salomón, como comenzó a crecer desmesuradamente, y se temía que ocupase toda la Tierra, el gran rey logró ponerla en la Luna. Pero una vez en la Luna, la serpiente se redujo de tamaño y se quedó en once varas aragonesas de largo, y el grosor proporcionado. Don Hercóleo la decapitó, rompió la caja de cristal, libertó la viuda, la enamoró, y como comenzaba a menguar la Luna aterrizó en el caballo de Terusindo con la dama a la grupa. Resultó que la viuda era doncella—cosa que pasa muchas veces en las novelas bizantinas—, y reina de Grecia y propietaria de Trebizonda, que es un imperio que en las mismas novelas huele a como cuando quemaban laurel romano en las aldeas de mi país para ahumar los chorizos por el San Martín. ¡Cómo sería en la realidad! Casó a la pareja el patriarca de Constantinopla y estaba presente Calobrón con su barba color de la zanahoria, y tenía de una cadena sus sabuesos, que huelen el jabali a cien leguas y no obedecen órdenes más que en lengua griega. También estaba allí Terusindo, quien fabricó para las bodas el famoso bálsamo colirión crestoteo, que como la helénica etimología indica, concede ánimo bondadoso al que lo bebe.

LA Luna toda es de piedra, y estar en ella es como estar de pie en una esmeralda, y se adivinan a través de la brillante superficie jardines misteriosos que tiene en su corazón. No vió don Hercóleo ningún indigena. Toda la Luna está llena de inscripciones en alfabetos extraños. Don Hercóleo, la verdad sea dicha, no sabía leer. Apenas sabía leer ninguno de los héroes de la andante caballería: algo Amadis, un poco los dos Palmerines y don Clarisel de las Flores. El más letrado de todos los andantes fué Don Quijote de la Mancha. A don Gálaz había que leerle las cartas, y Guarinos de los Mares, el almirante carolingio, tiene que esperar dos días a que venga de París el enano Cerlon para enterarse de un mensaje que le manda desde Aquisgrán el de la Barba Florida. Lo que contrasta con el caballo de Ganelón, que hablaba en latín por el Donato, y con el perro de la Infanta Sin Silla, que sabe que lo que están recitando las doncellas en la antecámara es del «Ars Amandi» de don Ovidio romano. Las inscripciones lunares han sido hechas por Merlin, y allí está la Historia, es decir, las profecías, desde el día primero al último. Terusindo gustaba de leer las inscripciones, en las que viene para el año próximo la insurrección de los algarbianos, una especie de moros que tienen la boca en la frente y plumas donde los cristianos tenemos pelo. Su solar es donde estuvo, antaño, la famosa ciudad de Troya...

EL viento silba en la chimenea, despertando a los negruzcos trasnos que la habitan, pequeños avaros inquietos, siempre recontando sus parvas monedas. Entre los oyentes hay uno que leyó que la Luna es un inmenso campo de ceniza sobre el que soplan horribles ciclones que levantan gigantescas polvaredas. Yo sigo contando de don Hercóleo en la Luna porque quiero contribuir, en mi modestia, a poblar de fábulas el satélite, de manera que cuando quiera darse en él una perfecta y fría descripción científica tengamos viva una memoria prodigiosa que sirva de cedazo y nos deje, viviédonos, siquiera una parcela de la poética. Por otra parte, se cambia libro de caballerías por libro de caballerías. Y en el fondo es una pena que no se pueda llegar a la Luna, si se llega, con menos mecánica. Por ejemplo, a caballo como don Hercóleo, o a vela, como Colón, a la otra orilla del tenebroso. El soñador solitario nada puede en el siglo de la electrónica.



Reunión de viejos campeones. En el 49 Salón del Automóvil de París se han concentrado antiguas figuras de carreras de coches. En la foto se distinguen a René Thimas, Grafenred, Villorresi, Ginaud, Cabantous, Manzón, Etancelin, Hans Von Stuck, Lucas, Swaters, Grignard y Chirón.

Carrera automovilística hacia el Mercado Común

Desde París, especial para EL ESPAÑOL
Por Carlos SENTIS

Un Salón - poco versallesco - del Automóvil

Se acaba de cerrar en París uno de los anuales Salones del Automóvil, que con tanta ilusión han sido siempre visitados desde que se abrieron antes de la primera guerra mundial. Desde aquellos días fundaciones en los que participó activamente un español, el embajador Quiñones de León, no avanzamos más. Ninguna novedad técnica o dinámica de las que encandilan a los profesionales y maravillan a los profanos se ha registrado hoy. Todo se ha reducido a pequeñas mejoras mecánicas —popularización de los frenos sobre discos y, más tímidamente, la adopción del inyector que elimina el carburador— y mayor comodidad en los interiores o carrocerías.

Sobre estas dos vertientes se ha iniciado, ya que no una nueva etapa de la creación automovilística, por lo menos un nuevo período de la industria y comercio del automóvil, cara al Mercado Común. Acabamos de soltar la gran realidad —verdadero objetivo o fondo de nuestro artículo—, la gran y única preocupación de los constructores del automóvil: la competencia o lucha que se ha iniciado entre ellos, frente a la situación de progresiva supresión de fronteras, proteccionismos nacionales y recargados derechos de aduanas. Las barreras descienden paulatinamente, pero los constructores deben precaverse ya desde hoy. Los directivos y planeadores de las fábricas de automóviles, en efecto, preparan siempre el futuro y dejan el presente para los talleres de mera ejecución.

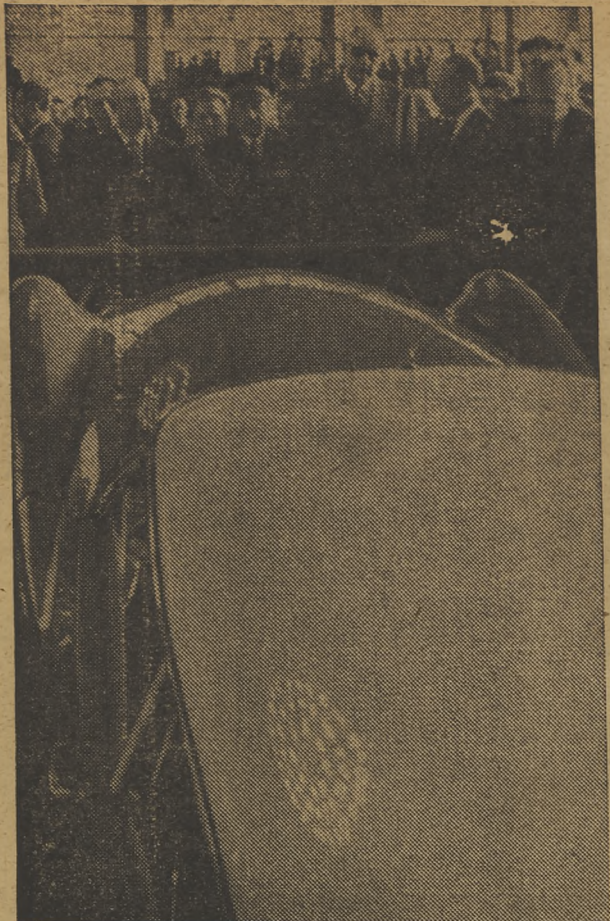
Franceses, alemanes, ingleses e italianos avanzan hacia la batalla del Mercado Común sus unidades o modelos automovilísticos, como antes, durante las guerras adelantaban sus tanques, aviones o baterías de artillería.

Los ex enemigos y siempre rivales

El cañón del 42 y la «Grosse Bertha» de los alemanes se llaman ahora Volkswagen o Mercedes. Con ellos —y otros— Alemania también marcha sobre París, y sus mecánicos también podrían inscribir sobre las chapas metálicas «Drachnach ostent». El Volkswagen, hasta ahora demasiado machucho o compacto, aligera sus líneas, las estiliza y, seguros del rendimiento del motor, se dedican a mejorar la carrocería o el interior, «segundo hogar» para numerosísimos automovilistas. Los de la casa Mercedes, que por lo visto saben muy bien que de cada cien automóviles vendidos a los Estados Unidos noventa y nueve son elegidos por las mujeres —en la misma proporción compran las corbatas a sus maridos—, americanizaron, hace ya un par de años, la silueta hasta entonces tan clásica e inamovible de los coches salidos del troquel de Stuttgart; el interior se ha convertido en un pequeño salón con asientos reclinados y apoyaturas para los brazos.

Francia no se arredra, sin embargo, frente a la

ofensiva germana, y con sus unidades —¿puedo evocar aquí los históricos taxis?— ha conseguido estabilizar la situación con una batalla que recuerda la del Marne. La artillería pesada gala, frente a los Mercedes y Opels, la representa el Citroën D. S. 19 y el Peugeot 404, al que quizá pronto veremos evolucionar hacia el motor trasero que, al decir de muchos técnicos, equilibra y retiene mejor el coche en las curvas. Raro o feo como una plancha eléctrica moderna, el D. S. 19 Citroën se mantiene muy pujante en la palestra internacional: recio motor, suspensión sorprendente, comodidad interior, pero exterior demasiado ligero, baladí y «hojalatesco». El grueso del ejército automovilístico francés, que no es sólo de defensa sino de ataque —¡no más líneas Maginot!—, lo constituyen las Dauphine de la Regie Renault. Un millón de Dauphines lleva exportadas la Regie desde que empezó a fabricarlas. Medio millón al año fabrica y la mitad de esta cantidad la exporta actualmente Pierre Dreyfus se llama el director de esta fábrica nacionalizada. He aquí, pues, otro «affaire Dreyfus»... pero de signo positivo. La mejor defensa es el ataque, y Francia exporta a Alemania no sólo muchas Dauphine, competidora directa del Volkswagen en América, sino muchísimos Citroën 2 HP. El pequeño y robusto dos caballos es como una auténtica infantería de las fuerzas francesas. Como el «Poilu» de la guerra de 1914, el 2 HP se adapta a todos los terrenos; mitad



El general De Gaulle, en la inauguración del 49 Salón del Automóvil, delante de un Citroën DS 19.

Jeep y mitad tanque miniatura, conquista un mercado granjero y agrícola que sería realmente inmenso si las puertas de la Europa del Este le estuvieran abiertas.

Prosperidad francesa

Se decía antes en Francia que cuando el ramo de la construcción marchaba todo el país iba viento en popa. Ahora la comparación es especialmente válida cuando el ramo del automóvil se refiere. La existencia de la prosperidad económica en Francia se denota sobre todo porque las fábricas de automóviles están viviendo un año fasto. (Lo cual no quiere decir, entre paréntesis sea dicho, que no venga seguido de un año nefasto por una saturación del mercado propio, si la exportación, al mismo tiempo, decreciera o se viera amenazada.) A las cifras de la Renault anteriormente apuntadas se pueden añadir los 300.000 automóviles que lleva fabricados la Citroën en lo que va de año; 17 por 100 más que el anterior. La casa Citroën, además —la mayoría de acciones están en manos de los Michelin—, se halla en vísperas de ingresar cuantiosísimos beneficios procedentes de una «explosión» que no viene precisamente del motor. Acogiéndose a las primas y facilidades que proporciona el Estado francés a toda gran industria que se aleje de París, la Citroën monta sus cuarteles generales en Rennes. A la desgravación que le proporciona el hecho de secundar el plan de descentralización —de alguna manera hay que salvar París de la asfixia industrial —la Citroën obtendrá fabulosas ganancias con la venta del terreno de sus inmensos talleres parisienses emplazados en la misma orilla del Sena. Si no le pagan el terreno

razón de más de 2.000 pesetas el metro cuadrado, la Citroën creará su propia inmobiliaria, edificará casas y venderá pisos... y supongo también aparcamientos para albergar algunos de los excesivamente numerosos automóviles que han convertido París en un inmenso, y a ratos intransitable, garaje.

Marginal y esencial

La Europa automovilística no será, ¡lejos de ello!, un diálogo francoalemán como los que complacen tanto a los dos ancianos compadres Adenauer y De Gaulle. Como el Mercado Común del futuro, la Europa automovilística de hoy y de siempre tiene que contar con Inglaterra. Con su tradición y sus modernos modelos, Inglaterra, si no logra hacerse del todo con la parte del león, mantiene su garra firmísima en el Salón del Automóvil. En el «stand» de los Rolls Royce y Bentley, un modelo de más de un millón y medio de pesetas (precio de fábrica) es incansablemente frotado y abillantado por un chófer de los que hoy ya no se estilan. El Rolls —y supongo que el chófer— produjeron la admiración y el único momento de envidia que sintió De Gaulle al visitar, casi solitario, antes de la hora dedicada al público, el Salón del Automóvil. «Nosotros no fabricamos cosa parecida», dijo melancólicamente De Gaulle, después de haber mostrado su orgullo y entusiasmo antes los modelos franceses —baratos— y el D. S. 19 Citroën que él cubica con ojo de experto porque es el suyo: viajando en él salvó la vida en el último atentado de Petit Clamart. Si para la batalla en campo raso los ingleses poseen también sus armas apropiadas —el Jaguar contra el Mercedes, el D. S. 19 o el Lancia— a la manera de los «Soedfire», los ingleses disponen de un arma muy incisiva para penetrar en el mercado europeo y mundial: los coches «sport»

Los purasangre

Pero como en esta especialidad se quedan casi solos con los italianos, será justo hablar ya del otro cuarto grande del automóvil europeo. No es Italia el último, aunque haya aparecido ahora bajo mi pluma, que no la maneja ningún rigor técnico ni guía más conocimiento que el de un profano del montón. Como gala y penacho de su industria rodada —la casa Fiat es el complejo automovilístico mayor de Europa— los italianos acaban de presentar en París los modelos de Ferrari y de Alfa Romeo, que vi también en el salón de automóvil de Ginebra atraer, hace pocos meses, toda la atención y casi fanatismo de los más jóvenes aficionados. Siguiendo el ejemplo de las estrellas de cine y otras «vedettes» de moda, la nueva ola puede escoger, para morir, indistintamente un Ferrari o un Aston-Martin. Ferrari era el coche que a 150 por hora llevó a la muerte, hace quince días, al joven novelista francés Roger Nimier, y Aston, Martin era el que condujo al umbral de la eternidad a la ya hoy no tan joven novelista Françoise Sagan. Juguetes maravillosos, atáúdes impecables, los modelos ingleses e italianos han eliminado casi totalmente a los restantes. El «Facelia», la única marca francesa de coche «sport» que quedaba, acaba de quebrar —es posible que los talleres sean comprados por la inagotable Michelin—, y si en Alemania se defienden con el Porsche dejarán de fabricar en breve el potente 300 S. L., que no hace más que estorbar en las cadenas tan prósperas de los modelos de turismo burgueses de la Mercedes.

Todos a pie

En líneas generales, de cara al público y en favor del prestigio nacional, los ingleses batan a los propios italianos. Su abanico de producción es más completo porque de las berlinas Rolls Royce y Daimler —«Coche de reyes» se titula— van sin solución



Este es el Renault R-8, último modelo que la fábrica francesa presenta en el Salón de París.

de continuidad a los modelos «sport», que son los únicos que interesan e impresionan a millones y millones de jóvenes, aunque de entre ellos sólo sean unos pocos centenares los que pueden comprarlos.

Pero tampoco Inglaterra, a pesar de sus graciosísimos y diminutos Austin y Morris Minor, construye el modelo que hace falta para poder circular por nuestras grandes urbes. Algo se ha ganado, particularmente con relación a las baluernas norteamericanas, con los pequeños cochecitos relativamente manejables en las embotelladas calles de las ciudades actuales. Pero no es bastante todavía. A pesar del reducido 600 italiano y español, del dos caballos francés, del Austin o Morris ingleses, o del D. N. B. alemán, dentro de muy poco nadie podrá circular por el centro de las modernas capitales europeas. Todos los fabricantes se empeñan en construir coches, que si bien son más adecuados para la ciudad que los anteriores modelos, continúan siendo también ejecutados y pensados para la carretera. Todos los modelos citados y otros similares son magníficos camineros y, por tanto, son excesivos para el atiborrado tráfico de las aglomeraciones urbanas. Con el Isseta y algún otro modelo alemán —también feo— quizá nos acercáramos al real objetivo ciudadano. Pero los compradores, por miedo al ridículo, se mostraron reacios... y sin embargo no habrá otro remedio: o se fabrican diminutos cochecitos para callejear y otros para carretear, o iremos todos a pie, finalmente, en el casco de las grandes ciudades. ¿Que ello obligaría a la gente a tener dos automóviles? Sería relativamente asequible, si el fisco no continuara considerando a todo poseedor de automóvil (sobre todo en plural) como una víctima propiciatoria o una pieza a despellejar.

convocatoria discreta

Por Luisa María LINARES

Palma de Mallorca

PERTENECEMOS a una familia de situación acomodada. Una de esas familias apegadas a sus tradiciones y pergaminos. Para que comprenda lo que quiero decir, le indicaré que tenemos un tío obispo, un magistrado, un general. Una familia puramente burguesa. Pues bien, mi único hijo, coincidiendo con la llegada a Palma de un equipo de cineastas que venían a rodar una película, se enamoró de tal modo de una de las protagonistas de dicha película, que quiere casarse con ella. ¿Cómo puedo convencerle de que no haga tal locura? Se trata de una jovencita de dieciocho años, hija a su vez de un matrimonio de actores. Trate de comprender mi desesperación y dígame qué puedo hacer.

Trato de comprenderla según me pide, querida señora, y de lo más hondo de mi corazón burgués brota una chispa de simpatía hacia usted. Comprendo que hubiera preferido que su hijo se enamorase de cualquier otra chica de su propio ambiente. No discutimos su derecho a preferirlo. Pero la vida hay que aceptarla como viene y al parecer le ha llegado a usted en forma de oleaje

bohemio. Ponga al oleaje buena cara y trate de averiguar si las condiciones morales de la muchacha son aceptables y si corresponde de corazón al amor de su hijo. En caso afirmativo no se preocupe más y deje el asunto en manos de Dios. Recuerde que el mundo y la sociedad han cambiado y que ser artista es una cosa muy bella y muy importante. En todas partes del mundo el artista es respetado y agasajado, por lo que en España haríamos bien en olvidar la despectiva palabra de «cómico» que a veces se les adjudica. Quién sabe si su familia, a fuerza de vivir aislada en su grandeza, no está necesitando esa inyección renovadora que le podría prestar la bonita artista de dieciocho años. Si los muchachos se quieren de veras, olvide sus prejuicios y no tenga tanto miedo. Sepa que en su gran mayoría los artistas son cultos, humanos, cordiales y casi estoy por añadir que la sal del mundo.

Doña Angeles Ruiz
Talavera de la Reina

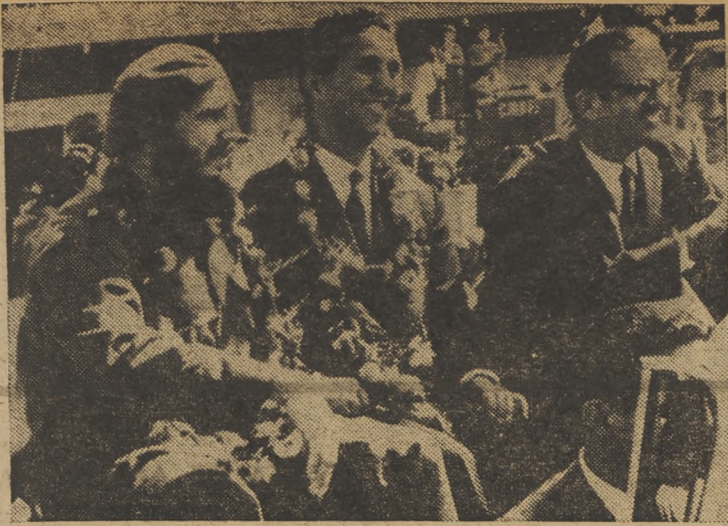
EL problema de que me habla es el de muchas mujeres de España. Un problema acuciante desde que acuciante se hizo también la necesidad económica de que la madre salga a trabajar fuera de casa. El conflicto es el mismo en ciudades grandes que pequeñas y abarca varias clases sociales. Sabemos que el Estado se preocupa de crear guarderías infantiles, que algún día conseguirán resolver definitivamente esta cuestión.

Entre tanto, y en el caso particular de su asistenta, ¿no podrían ponerse de acuerdo varias madres en la misma situación, para que cada una de ellas, por turno riguroso dedique un día de la semana a ocuparse de los niños propios y ajenos? Así, aunque cada familia sacri-

ficase un día del jornal materno, todas las madres trabajarían tranquilas con la seguridad de que sus pequeños estaban bien atendidos. Pongamos en práctica una máxima cristiana: «Ayudémonos los unos a los otros.»

Asunto polio

SU carta me ha conmovido porque comprendo el sufrimiento de su pequeña y también el profundo dolor de usted. Le doy la razón en su deseo de no aislar a la niña. Debe intentar por todos los medios que no se acompleje con su desgracia. La polio ataca a miles de seres todos los años y no debemos permitir que queden inutilizados ni al margen de la sociedad. Me extraña muchísimo la actitud de esa maestra que le aconseja que retire a su niña del colegio, cuando precisamente sería labor de ella civilizar a esos pequeños salvajes despiadados, haciéndoles comprender que cualquiera de ellos podría ser atacado por el mismo mal, e incluso convirtiéndolo a la pequeña que sufre en un símbolo cariñoso para la clase. Pero si a pesar de todo la maestra fallase y no consiguiera ablandar el corazón de los chicos, lo que sinceramente me extrañaría, puede hacer que su hija estudie en casa, para evitarle una infancia de infierno y un complejo de animal perseguido. Procure rodearla de algunas amigas elegidas y fomente su afán de superación, haciéndola estudiar algo en lo que puedan sobresalir sus cualidades individuales. Dibujo, música, literatura, idiomas. Y háblele de los grandes personajes a quienes sus defectos físicos no impidieron ser grandes: Goya, Byron, Beethoven y tantos otros. Sin olvidar a uno de los últimos presidentes de los Estados Unidos, Franklin Roosevelt, atacado también de polio. Y si quiere mencionarle alguna persona de la más estricta actualidad, muéstrele una foto de la gran cantante francesa Edith Piaf. A pesar de su aspecto de cómica caricatura, es profundamente amada por todo el país.



★ El primer ministro argelino Ben Bella es recibido en La Habana por Dorticós y Castro a la típica usanza: collares de flores al cuello

«A HORAS que Ben Bella ha dado a entender qué género de gentes le gusta tratar, ¿no podría hallar el presidente una excusa adecuada para no ver al «premier» argelino cuando éste visite Washington?»

Con estas palabras saludó el *New York Daily News* (republicano) la presencia de Ben Bella en la sede de las Naciones Unidas. El jefe del Buró Político, convertido ya en jefe de un Gobierno reconocido por la Unión Soviética y los Estados Unidos, realizaba su primer viaje a Norteamérica.

Un viaje de varios fines:

a) Conseguir una ayuda económica norteamericana, a ser posible en forma de préstamos a largo plazo mejor que en donaciones.

b) Reafirmar un prestigio internacional logrado con la colaboración norteamericana

c) Demostrar que la futura Argelia no tiene intención de permanecer unida al bloque occidental.

Para conseguir el primero fué a Washington, pero antes había asistido en la sede de las Naciones Unidas al ingreso de Argelia en la ONU entre estruendosas ovaciones (el mismo día que dos padres blancos eran asesinados en Argelia) y había abrazado a Dorticós, presidente de la República Democrática de Cuba, provocando así la cólera del *New York Daily News*. Previamente, y como señaló Adlai Stevenson, delegado norteamericano en la ONU, Dorticós había sido el primer jefe de Estado que, haciendo caso omiso de las normas de la diplomacia y aun de la más elemental educación, había denunciado la posible agresión de su país por parte de los Estados Unidos.

★ ★ ★

HUBIERA resultado lógico que la actitud de Ben Bella en Nueva York hubiese tenido una repercusión evidente durante su estancia en Washington. Nada de eso. Ben Bella fué recibido con todos los honores (salvas, banderas, revista a las tropas), mayores incluso que los tuvo Lumumba en su primera y única estancia en Washington durante el mandato de la anterior Administración.

Claro es que si Kennedy no hubiera obrado de esta forma habría parecido desdecirse de sus anteriores opiniones respecto de Argelia. Cuando en el verano de 1960 obtuvo la candidatura demócrata para la Presidencia, en muchos medios oficiales franceses no se pudo ocultar el disgusto que producía el nombramiento porque tres años atrás, cuando era todavía un joven pero prometedor senador y Francia no propugnaba oficialmente la política de la autodeterminación argelina, John Kennedy había declarado repetidas veces que Argelia debía ser dueña de sus propios destinos.

★ ★ ★

Y después de Washington, la Habana. Una estancia breve, tan sólo veintiocho horas, pero que han bastado para los objetivos que el invitado y el anfitrión se proponían. Coincidiendo con la visita,

Revolución, órgano del «Movimiento 26 de julio», que pretende ser el espíritu que anima a la revolución cubana, publicaba una entrevista en la más rigurosa de las exclusivas con el jefe del Gobierno argelino.

«Para nosotros, señaló Ben Bella, el problema de Cuba pre-

senta un carácter tan serio para la paz mundial como el de Berlín. Así lo hemos señalado ya franca e inequívocamente.»

«El bloqueo de Cuba, organizado por los Estados Unidos, constituye una medida ineficaz y arbitraria, una afrenta a la soberanía y a la independencia de un país...»

«En la desgracia como en la prosperidad, Argelia se mantendrá constantemente al lado de Cuba. La historia ha conferido una gran misión a nuestros dos pequeños países. Codo con codo, Cuba y Argelia se enfrentarán con su destino sin debilidad y con fe.»

«Cuba tiene el derecho y el deber de defender su soberanía nacional.»

«Son admirables los inmensos esfuerzos realizados y los magníficos resultados conseguidos por el Gobierno revolucionario y el pueblo cubano en la construcción de una sociedad socialista.»

«El Gobierno revolucionario de Argelia apoyará a la revolución cubana.»

Curiosas declaraciones si se tiene en cuenta que pocas horas antes había manifestado en Nueva York a los periodistas que norteamericanos y argelinos poseían una visión idéntica de los problemas mundiales.

Más extrañas aún cuando a los dos días de haber proclamado sus sentimientos amistosos hacia el pueblo norteamericano, Jobzi, su ministro de Comercio, recibía en Argel a una delegación económica polaca dirigida por Joseph Kutin, viceministro de Comercio Exterior, y anunciaba poco después que el primer acuerdo comercial de la Argelia independiente sería firmado con el Gobierno de Polonia.

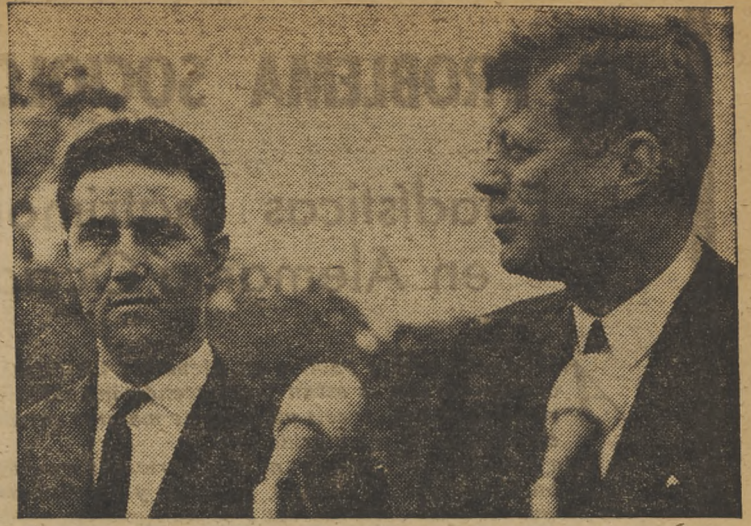
★ ★ ★

EL encuentro de Fidel Castro y Ben Bella tiene un significado universal y servirá para aumentar la rabia de los imperialistas colonialistas y de los ciegos explotadores que conservan la ilusión de que podrán detener la marcha de los pueblos y de la historia. Este ha sido el comentario del órgano fidelista *El Mundo*, comentario que, como otros muchos, ha servido para que los eternos optimistas de Washington consideren que la visita de Ben Bella tiene solamente por objeto satisfacer a la opinión izquierdista de Argelia y que progresivamente derivará a posiciones más realistas.

C IERTAMENTE le hace falta a Ben Bella ese realismo. Hocine Ait Ahmed, jefe de la débil minoría parlamentaria opuesta a Ben Bella, ha advertido en una conferencia de prensa que los campesinos argelinos se enfrentaban con la perspectiva de un trágico invierno, dado que la situación económica y social del país empeoraba a un ritmo alarmante.

Realismo se necesita también para enfocar el problema que representan los asesinatos y detenciones de europeos, los crímenes que en su mayor parte quedan impunes, y el último de los cuales, hasta el momento de redactar estas líneas, ha sido el exterminio de una familia (tres personas, entre ellas una anciana de noventa años).

Esa situación no podrá ser modificada sustancialmente con el envío de los cincuenta médicos cubanos prometidos por Fidel Castro «para compensar la ausencia de los médicos franceses, que dejaron a Argelia abandonada». La verdad es, desde luego, muy distinta; a esos ausentes médicos franceses no se les podía pedir heroísmo, y heroísmo hacía falta para permanecer en un territorio donde había desaparecido el más mínimo vestigio de orden.



★ Otra cara del mismo problema. Después de su entrevista con Kennedy en Washington, Ben Bella daría su primera bofetada a los Estados Unidos

de los peligros de la guerra termonuclear, que reafirman «su adhesión a toda proposición que tienda a prohibir el almacenamiento y experimentación de armas nucleares en África», indica que ambas partes reclaman «la evacuación de las tropas y el desmantelamiento de las bases

de los años veinte, nunca vencido definitivamente y cuyos entusiastas hacen revivir cada vez que un error o una desgracia empujan a los americanos a encerrarse en sí mismos.

Pero por desgracia para los aislacionistas y por fortuna para el mundo occidental, el aislacionismo, que no fué nunca una solución, no tiene hoy la menor viabilidad. No es posible desentenderse de lo que sucede más allá de las fronteras cuando existen Cuba, Argelia, la carrera del espacio y también Angola.

★ ★ ★

PROBLEMAS ligados hasta en sus últimas ramificaciones. E. de Angola va a estar ahora relacionado estrechamente con los argelinos. Las buenas relaciones entre Ben Bella y el secretario general de la Conferencia Angoleña, Marcelino dos Santos, ha permitido el establecimiento en Argel de una representación global de todas las organizaciones antiportuguesas. La boina fidelista con que se tocaba Ben Bella a su regreso a Nueva York es todo un símbolo de acción universalista.

extranjeras, con inclusión de la base naval de Guantánamo».

★ ★ ★

B EN Bella, con un puñetazo en las encías, ha dado a entender hasta qué punto desprecia la amistad de los Estados Unidos. ¿Por qué no aprender la lección y economizar así algunos dólares a nuestros contribuyentes?», ha advertido el *Daily News*.

Es un rebrote más del aislacionismo americano, el mismo

Hechos y noticias

PERO las palabras de Ben Bella que más han dolido al norte del Caribe son aquellas en las que el dirigente argelino ha aludido inequívocamente a Guantánamo, base norteamericana en Cuba, y tácitamente a Mers-el-Kebir, base francesa en Argelia. En el comunicado de la visita, y después de señalar que «las dos partes han dejado constancia de que la abolición incondicional del colonialismo, de la opresión imperialista y del neocolonialismo constituye una premisa indispensable para la eliminación

crónica

Y AL FINAL FUE LA ACCION...

Por Luis López-BALLESTEROS

EN el principio fué el verbo, la palabra, la idea. Kennedy subió al Poder rodeado de un aura intelectual. Se mencionaban nuevas fronteras que, por falta de geografía, habían de ser por fuerza espaciales o espirituales. Se hablaba de jóvenes genios, mentes selectas, universitarias, ideológicas, en torno al Presidente. Se pronunciaron más que de costumbre los vocablos de libertad, democracia y derechos del hombre. La Administración impidió que los altos mandos militares discursaran demasiado y por su cuenta en público.

La política internacional tomó rumbos idealistas: apoyo a la autodeterminación de los pueblos, ayuda generosa bajo el cristiano principio de hacer bien sin mirar demasiado a quien, duro reproche a todo intento honrado de integrar antes que descolonizar, mano sincera tendida a toda coexistencia, ofrecimiento de conversación, discusión, negociación y cooperación sin reservas.

Paz; paz a toda costa. Una paz ideada por el espíritu libre de los hombres más encastillados en una fórmula liberal de tipo único. Como si unos mismos zapatos sirvieran para las difíciles andaduras de tantos pies caminantes, no por nubes intelectuales, sino por los ásperos caminos de esta tierra.

De pronto, la cruda realidad cubana. Tan cerca, que hay que creer en ella, porque pese a todas las cogitaciones de la razón pueden

tocarse sus llagas y sus rampas de lanzamiento de proyectiles dirigidos. Berlín y el Congo, Laos y Tirana, Buenos Aires y Corea se hallan apartados. Puede pensarse sobre ellos, porque su hábito llega frío a las mesas de despacho, frío como la guerra impalpable de Moscú contra Occidente. Pero Cuba se halla al alcance de la mano; su aliento y su jadeo llegan húmedos, calientes, a la propia piel. Duele reconocerlo, duele bajar a tierra, pisar el suelo con todas las piedras y todos los abrojos, duele como duelen los partos, como duele la miseria humana, como duele la vida de verdad. La paz ya no se gana a toda costa. Hay que hacer carne al verbo y estar dispuesto al sacrificio.

Grave es la decisión, gravísima, e ineludible cuando se dibuja en el horizonte de las ideas la duda y la pregunta: ¿no hubiera sido mejor que en el principio fuera la acción? No; en el principio ha de estar siempre el verbo, la idea, la fe; pero ésta ha de mover a la acción, producirla y guiarla. Así parece haberlo entendido al fin el presidente Kennedy, más lejos ahora de campos universitarios, más cerca de campos de batalla, mostrando que no sólo escribe, sino que también tiene perfiles de valor. De un valor que no puede flaquear aquí para robustecerse allá. Porque la vida y la paz no son regionalistas hoy en día, y el mundo es cada vez más universal, más católico. Como lo ha de ser el presidente Kennedy por su fe y por el tiempo y la circunstancia que le ha marcado el destino.

EL PROBLEMA SOCIOLOGICO

Estadísticas matrimoniales en Alemania Occidental

ACABA de hacerse público en Alemania las cifras de una encuesta, cifras que están promoviendo infinidad de comentarios y discusiones: seis millones de mujeres casadas alemanas son infieles a sus maridos.

Esta encuesta, dirigida por el semanario «Revue», ha sido realizada con toda seriedad y rigor, paciente y científicamente. Como las preguntas eran embarazosas y se han querido obtener datos lo más fidedignos posibles, se ha procurado evitar los factores que pudieran influir en el resultado. Para conseguir esto se ha utilizado el sistema siguiente: se han elegido en oficinas, en fábricas, etc., mujeres casadas representativas del tipo medio de la mujer alemana, y en grupos de cien fueron instaladas en salas discretamente iluminadas. Cada una tenía al alcance de su mano un botón conectado con una máquina registradora. A cada una de las preguntas de la encuesta contestaban sí o no, apretando este botón, de manera que nadie podía ver cuándo éste se accionaba. Con este sistema anónimo se quería garantizar la absoluta sinceridad en las respuestas, venciendo lo que pudiera haber de vergüenza o de timidez.

La cifra de seis millones de esposas infieles equivale a una cada cuatro, pero si tenemos en cuenta que deben descontarse aquellas mujeres que, por la edad, están fuera del juego amoroso, este porcentaje es sensiblemente mayor.

Como era de esperar, psicólogos, médicos y moralistas han levantado su voz y están intentando buscar una explicación a estas cifras. Se han escrito cientos de artículos y se han pronunciado ya docenas de conferencias; se habla de insatisfacción vital, de la posguerra, del aburrimiento y, sobre todo, de que no se sabe qué hacer con el tiempo sobrante. Pero esto no es del todo cierto; casi el ochenta por ciento de las mujeres jóvenes alemanas casadas trabajan, pues los ahorros y los viajes al extranjero sólo pueden hacerse con dos sueldos. Desde las siete de la mañana aproximadamente, hora en que se levantan, hasta las seis, en que regresan a casa, donde les esperan las labores caseras, no han tenido ocasión de aburrirse. Hay a quien le sobre tiempo en esta Europa del 1962, pero son las menos.

Entonces, ¿cuáles son las causas de esta infidelidad? Ellas mismas nos lo van a decir. He aquí las razones que dieron en la famosa encuesta que nos ocupa:

- 1 — Mi marido desde hace años me deja completamente indiferente.
- 2 — Necesito un poco de romanticismo; mi marido se ha vuelto muy aburrido.
- 3 — Mi marido me engaña también.
- 4 — El «otro» me entiende mucho mejor como mujer.

Pero ninguna de éstas es la verdadera causa

La verdadera razón

La verdadera causa hay que buscarla no en el matrimonio, sino antes de él: en el bagaje moral con que las chicas jóvenes solteras llegan al matrimonio, y que no hay que esperar que se transforme al pasar de soltera a casada; en una «manga ancha», que ha de reflejarse más tarde. He aquí una anécdota para ilustrarlo. En el Consulado de un país mediterráneo se presentó no hace mucho tiempo una señora acompañada de su hija, una guapa muchacha de diecisiete años. Solicitó hablar con el cónsul, y ya en presencia de éste le explicó que su hija pensaba ir de vacaciones a su país, en compañía del novio, y que dormirían en una tienda de campaña. Como la buena señora había oído decir que en ese país podían encontrar dificultades por ser menores y pernoctar en una misma tienda, solicitaba del cónsul que, como notario, certificase que ella, en su presencia, autorizaba tal situación. El cónsul, naturalmente, replicó que tales certificados no se extendían. La señora se marchó sin comprenderlo muy bien. No todas las madres son así, pues también existe el tipo de madre rigurosa, que no ve con tanta tolerancia las libertades de la hija.

Volvamos otra vez a las cifras de la famosa encuesta —pues ellas nos ayudarán a comprender la cuestión— y a las contestaciones de las mujeres casadas a ciertas preguntas, que transcribimos literalmente:

¿Ha tenido usted antes de su matrimonio relaciones íntimas?

— Contestaron afirmativamente el ciento por ciento.

¿Qué edad tenía usted cuando tuvo su primera experiencia amorosa?

- Menos de dieciséis años, el 6 por 100.
- De diecisiete a diecinueve años, el 21 por 100.
- De veinte a veinticinco años, el 21 por 100.
- De veinticinco años en adelante, 0.

Estas cifras son de por sí lo suficientemente elocuentes como para sacar consecuencias y no extrañarse después de la fragilidad del matrimonio.

¿Y qué piensan los maridos?

Según las estadísticas de la U. N. E. S. C. O., los maridos están contentos, pues el 92 por 100 considera su matrimonio feliz, mientras que las mismas estadísticas nos dicen que sólo el 19 por 100 de las mujeres casadas considera afortunado su matrimonio.

No tiene, pues, nada de particular que sea Alemania uno de los países europeos con mayor número de divorcios: casi cincuenta mil al año; es decir, más de cuatro mil al mes.

La casa en SABADO

CARTA DE ANASTASIA

LA SOLEDAD DEL NIÑO

QUERIDAS lectoras: Como nos vamos a ir conociendo poco a poco, en una naciente amistad a través de este epistolario, se me permitirá alguna alusión personal, y así, hoy les diré a ustedes que mi pequeña manía de dar un largo paseo siempre que tengo que escribir ha sido la causa de que descubriera un extraño fenómeno infantil que hacía tiempo presentía y me preocupaba hondamente. Se trataba, amigas, de la soledad en que inconscientemente dejamos a los niños. No ha sido la simple idea la que he captado a través de mi paseo, sino la realidad, una realidad angustiosa, una triste certeza.

Lo vi con mis propios ojos, oí lo que los personajes de esta pequeña historia que voy a relatar me dijeron, escuché el S.O.S. de los pequeños protagonistas de cientos de hogares. Hacía tiempo, amigas, que yo iba observando que la costumbre de tener perros en casa no era ya casi privativo, como hace años, de mujeres sin familia y un poco neuróticas, que volcaban sus afectos en los agradecidos animalillos. Tampoco era ya exclusivamente un lujo de palacios o grandes fincas; ahora, en los hogares de la clase media la invasión de perros de todas las razas, hasta llegar al humilde callejero, era manifiesta, y los animales se constituían en compañeros inseparables de los niños. Una vez, al ver esto, pensé: «Es bueno que los padres fomenten en los niños el amor a los animales...» Pero este pensamiento no me satisfizo plenamente. Yo presentía una causa soterrada, que fué quizá la que le hizo a mi hijo llorar convulso cuando quiso él también tener su perro.

Había deambulado por un barrio nuevo, un apéndice de Madrid que se extendía hacia la carretera de Barcelona. Las casas eran casi rascacielos, modernas, con grandes terrazas y pequeños jardines rodeándolas. Era jueves, día de asueto escolar en casi todos los colegios, y la chiquillería invadía la calle a pesar de la niebla espesa que caía en la tarde de un otoño lluvioso. Me sentí prendida en aquellos muchachitos de no más de ocho o diez años que tiraban de la correa de sus perros, los acariciaban y se sentaban en los bancos con los animales. Llegué hasta un rubiales chatillo y tostado, sin duda, por su aún reciente veraneo. El acariciaba la pelambre rizada de su caniche marrón, compartía con el animal su merienda y mantenía con él un monólogo que el niño sin duda creía que era un diálogo, una charla compartida en anhelos e inquietudes. Me acerqué a ellos despacio, con temor de interrumpirlos. Quería oír lo que el pequeño decía cogiéndole la cabeza al perro, obligándole a que le mirara. Me

oprimieron el corazón sus palabras. Lo que no podía decir a nadie se lo decía al animal. Le hablaba de su examen de ingreso. Según él, el desastre de haberlo suspendido sucedió porque se había puesto nervioso, aunque lo sabía todo perfectamente. Luego le habló de que le habían amenazado, si no estudiaba más, con que los Reyes no le traerían el tren eléctrico; siguió la conversación del pequeño quejándose de que le dolía el chichón de su cabeza que le había hecho de una pedrada un niño malo. Después enseñó al perro un dedo con un pinchazo y le dijo que a lo mejor estaba infestado. No pude resistir más y le pregunté:

—¿Por qué hablas con tu perro?

La respuesta fué tajante:

—Porque es mi amigo...

—Pero no te entiendo...

—Bueno, pero yo se lo cuento todo.

Me gusta hablarle, decirle las cosas que me pasan, y a lo mejor...

—A lo mejor ¿qué...?

—Pues que aunque no pueda hablar, comprende lo que le digo.

—¿Y tu madre y tu padre?

—Mi papá siempre está fuera. Es ingeniero, ¿sabe? Hace pantanos, puentes, carreteras; siempre tiene que estar de viaje. Mamá está hoy en la peluquería, y luego tiene que ir con unas amigas. Yo me he quedado con Domi.

—¿Quién es Domi?

—La muchacha. Pero con ella no se puede hablar. Siempre me manda callar...

Le acaricé la cabeza y también a su caniche. Luego le aconsejé:

—Sube arriba con Domi. Hay mucha niebla y tu mamá no querría que estuvieras en la calle si lo supiera. Te puedes enfriar.

El chiquillo me obedeció, y yo apresuré mi paso. Me sentía culpable. Yo también, como tantas madres, dejaba a mi hijo en la soledad que implica el no hacerle mucho caso a los niños. Siempre hay una frase desatendida que motiva quizá nuestros problemas y preocupaciones domésticas: «¡Calla, niño, no des la lata! ¡Qué pesado te pones!...» El niño queda siempre como el gran desconocido de la casa. No nos interesamos por sus pequeños problemas, por sus penas o por su sensibilidad, que nosotros hacemos fallida. No le dejamos dialogar, y cuando más necesidad tiene de apoyo y comprensión lo apartamos de nuestro mundo, limitándonos a besarlo a determinadas horas: al ir y venir del colegio, al acostarlo y levantarlo, y sobre todo, nos quedamos satisfechos porque lo cuidamos y cebamos bien, como un animalito al que queremos ver bien gordo y reluciente. Con la cabeza enmarañada de estas ideas volví a mi casa con una prisa angustiada. Quería reparar el mal que estaba haciendo. ¿Hablaría también mi hijo con su perro?

Efectivamente: allí estaba, haciendo sus deberes para el día siguiente. Al lado de la mesa camilla, su grifona negra lo miraba trabajar con la cabeza muy levantada y la mirada fija. Me acerqué a él e impulsivamente le dije mientras le alargaba la mano, que él recogió con premura:

—¿Amigos? Vamos a ser camaradas, ¿verdad?

El niño me miró sorprendido, pero reaccionó inmediatamente con alegría y me dijo lo que yo ya esperaba.

—¿Y hablaremos, mamá? ¿Hablaré de todas las cosas...?

Amigas: Yo he decidido hablar con mi hijo. Si ustedes lo hacen, si todas lo hacemos así, los niños no se sentirán tan solos, tan tremendamente solos como tantos niños como vi en mi paseo.

DIMES Y DIRETES

1 que no se debe usar nunca de una laca de uñas extravagante. El buen gusto de una mujer se muestra en los pequeños detalles, y unas manos con unas uñas de color llamativo es signo de una tremenda vulgaridad. Un esmalte blanco o ligeramente nacarado, una laca de un rosa muy pálido le acreditan a usted como persona elegante y de gustos personales. Esta temporada no se llevan las uñas demasiado largas, a semejanza de garras, como en años pasados. Un término medio, equilibrado y perfecto, será la medida de la mujer refinada.

2 que el dolor físico o moral no se debe demostrar constantemente, pues lo que a una le angustia y preocupa puede ser molesto para los demás. Las mínimas normas de convivencia aconsejan que evitemos todo lo que pueda ser desagradable a los que nos rodean. En cuanto a algunas manifestaciones exteriores del luto, como las medias completamente negras, se deben desterrar por desagradables y anticuadas. Estas, que hacían hasta gracia cuando las empezaron a llevar, espesas y lúgubres, las muchachas despididas de la nueva ola, que eran complemento a sus abigarrados y multicolores atavíos, en personas vestidas de negro resultan horribles y deprimentes. Lo ideal, cuando se lleva luto, es ponerse las medias muy finas y de un suave color humo.

Una verdadera mujer no quiere ser una niña existencialista.

3 que en esta época del año en que la gripe y los catarros empiezan a hacernos malas pasadas, nada tan eficaz para combatirlos como una receta casera, que da excelentes resultados. Se llena un vaso mediano con vino tinto, se le agrega una cucharada grande de azúcar y una ramita pequeña de canela. Hay que hacerle hervir durante unos minutos, y se toma muy caliente antes de acostarse. El resultado es sorprendente. A la mañana siguiente comprobaremos que el catarro se esfumó como un fantasma en la noche.

4 que hay un arte sutil que debemos practicar en nuestro trato social; este arte es el de saber escuchar. Es de una pésima educación el hablar siempre de nuestras cosas. Hay que saber mostrar interés por lo que nos cuentan nuestros familiares, amigos y aun los conocidos o gentes que con cualquier motivo nos hablan. No se puede incurrir en esa costumbre vulgar de estar como ausente y distraídos observando las más diversas cosas mientras nos cuentan su problema los demás. Mire usted a su interlocutor, mientras éste le habla, abiertamente, francamente a los ojos y se establecerá una corriente favorable. Usted inspirará confianza, porque no hay nada más deprimente que una persona huidiza, que esconde la vista mientras conversamos con ella.

El adagio dice que se debe de desconfiar de las personas que no miran de frente. Que no nos pase a nosotras esto.

5 que les hicimos esperar una semana a las rubias, según les anunciábamos en nuestro número anterior, para que cuidaran, sin productos químicos, su cabello. Hoy les vamos a dar la receta de un

antiquísimo champoon de extraordinarios resultados y de composición completamente natural. Se trata de esa fórmula que usaban nuestras abuelas, bisabuelas o tatarabuelas, que todo va en orden a la edad de las lectoras. Ellas tenían cabellos espléndidos y usaban sólo remedios simples. Ahora también, cuando usted va a la peluquería, le ofrecen muchas veces un lavado con champoon de huevo. Pues si usted, amiga, se estrella bonitamente en su cabeza seca, sin lavar aún, un huevo, lo restrega como si fuera jabón y luego se aclara con varias aguas tibias y a la última le agrega el zumo de un limón, su pelo quedará precioso.

Y habremos compaginado nosotras solas el moderno champoon con la receta de los años de Maricastaña.

6 que si usted, su marido o sus hijos tienen alguna prenda de cuero y quieren limpiarla y cubrir todos sus desperfectos, pueden hacerlo simplemente con que compren manteca de cerdo, no en rama, sino ya preparada, como se vende en cualquier carnicería. Se aplica con la mano a toda la superficie de la piel, se quita con un trapo el exceso de grasa y se deja toda una noche. A la mañana siguiente está ya en condiciones de aplicarle una buena crema de calzado, negra, marrón o incolora, según su tono. Después se procede a sacarle brillo con cepillo y gamuza. De esta manera nos ahorraremos lo que nos llevan en el tinte o peltería por reparar la prenda de cuero.

Después nos sentiremos orgullosas de saber utilizar nuestros propios recursos en todas las cosas.

7 que a un niño pequeño de menos de un año nunca se le debe de dar la fruta cruda, aun cuando nos hablen de que sin cocer son más provechosas las vitaminas que contiene. Hay que dárselas

la cocina

LIEBRE EN MACERACION

O TONO es la época de la caza, y, por tanto, hoy nuestra receta es la exquisita liebre con vino. Es una fórmula sencilla y al mismo tiempo para refinados paladares. Se toma una liebre o conejo, se lava bien, se parte en trozos, enjugándolos luego con un paño de cocina o servilleta. Se vierte en una cazuela de barro o porcelana, nunca de aluminio, vino blanco en cantidad suficiente para cubrir todos los trozos y se deja en esta maceración la caza por espacio de una noche. A la mañana siguiente se saca, se escurre bien y se va rehogando hasta que tome un fuerte color dorado en aceite, en el que ya se habrá frito bastante cebolla. Mientras se fríe la liebre se saca la cebolla para que no se ponga negra. Luego se añade sal, pimienta en grano, tres o cuatro de éstos, y pimienta en polvo, la punta de una cucharilla de café, tres clavillos y una hoja grande de laurel o dos pequeñas. Se le agrega otro poco de vino blanco, en cantidad necesaria para que cueza y quede la salsa en su jugo. Se sirve rodeada de costrones de pan frito.

en compota o zumo. De las frutas, haremos una excepción con el plátano, que se le puede dar bien aplastado con un tenedor hasta que quede hecho papilla. Y de ninguna manera demos a nuestros hijos de meses frutas en conserva, pues su jarabe es demasiado concentrado en azúcar y será excesivo para el aún débil estómago. Puede producirles irritación y diversos trastornos intestinales. Del año en adelante el niño podrá comer ya fruta cruda, pero bien madura y siempre mondada.

Que no se diga que no son ustedes madres entendidas.



CONSULTA LIGERA



Microlentillas

MICROLENTILLAS: inolvidable aportación a la causa de los ojos, al mejor premio que nos ha podido otorgar la naturaleza.

La cosa, como todo en este mundo, tiene su historia. Fué Leonardo de Vinci el primero que imaginó la posibilidad de unos lentes de contacto.

Siglos después, otros hombres, menos geniales hicieron realidad lo que sólo había sido un sueño. Fué un científico y filósofo francés, Renato Descartes, quien estableció la forma de corregir los defectos visuales mediante un aparato puesto en contacto con el ojo.

El cristal no tardó en ser sustituido por el plástico, la molestia por la comodidad. La circulación lagrimal es respetada. El riesgo de accidentes, aun en los choques más violentos, queda eliminado.

La microlentilla viene a ser como un ojo que se superpone a otro ojo. Se desplazan juntos en los movimientos de rotación, con lo que se consigue un campo visual extraordinariamente amplio; hombres, mujeres de toda clase y profesión pueden salir beneficiados con el uso de microlentillas. Lo estético unido a lo útil.

Dicen algunos escépticos que la mujer es capaz de ponerse cualquier cosa con tal de resultar atractiva. Puede ser, lo que constituye una de sus más bellas cualidades. Pero las microlentillas no son «cualquier cosa». Al margen de que permitan disponer de unos ojos con los colores más originales del mundo, los ultramodernos y funcionales lentes de contacto cumplen una misión concreta: sustituir a las antiestéticas gafas por lo menos con idéntica eficacia visual.



Yoga y estabilidad

HAN visto ustedes alguna vez a un hombre de sesenta y cinco años practicando el yoga? Nosotros sí, y es muy divertido.

Esto no significa en absoluto que no seamos partidarios del método. Sencillamente, nos hace gracia. Alguien lo ha definido como la unión o integración de la mente, con la práctica previa de ciertos ejercicios destinados a desarrollar la personalidad de una manera sorprendente.

Nada de ponerse cabeza abajo, con los hombros de almohada y la sangre cerebral de líquido de freno. No hace falta. Basta con que usted —que no tiene por que tener sesenta y cinco años— se tienda en el suelo, acomode el ritmo de su respiración, relaje conscientemente sus músculos y logre —¡total nada!—, el control de las emociones y de la mente.

En definitiva, algo que parece deporte sin serlo.

Los devotos del método, que son muchos, hablan incluso de una filosofía de la estabilidad, de aquella ataraxia que los griegos intentaban practicar por encima de las guerras del Peloponeso, de los discursos en el ágora y de la brutalidad espartana. Hablan de un nirvana físico y hasta mental.

Aceptamos de antemano los beneficios del yoga. Con el control emocional las secreciones internas se depuran, el corazón late con pausa, el riñón destila mejor, las fibras y entresijos musculares quedan limpios de ese hollín blanco que siempre deja el ejercicio físico.

Ventajas por todas partes. ¿Inconvenientes? Ninguno, a nuestro modesto juicio de no practicantes. Bienvenido sea el nirvana, aunque tenga al yoga de accidente como vehículo motor.



El cuarto hombre

SON tres hombres: Compton Crick, Wilkins y Watson, dos británicos y un norteamericano, galardonados con el premio Nobel de Medicina.

Pero hay un cuarto hombre, uno más que en aquella película de antología —cítara y Viena— tan modesta, pese a sus grandes valores, que hacía terminar el misterio en el número tres. Este hombre, modesto también, es el doctor Severo Ochoa, asturiano afincado en Estados Unidos, profesor de la universidad de Nueva York.

En 1959 le dieron el Nobel por unos trabajos tan importantes que han tenido la virtud de crear escuela.

¡Qué estímulo para los que tienen ante sí un camino lleno de posibilidades! Por eso dedicamos, en exclusiva, este comentario a los niños.

¿Se imaginan ustedes una célula, microscópica y compleja unidad, sometida al escrutinio de unos tubos de ensayo, de unas reacciones, de unos cerebros pensantes? Pues eso es poco más o menos lo que les está pasando, a ella y a sus compañeras, en los últimos años.

Dicen que la raíz de ese existir está primero en la voluntad de Dios y después en unos ácidos especiales llamados nucleicos. El panorama que se ofrece es pues fascinante. ¿Verá nuestra generación, la de los hombres que ya empiezan a estar de vuelta de muchas cosas, el arco final de este panorama? ¿O serán los hoy niños los elegidos?

Hace unos meses, un colaborador íntimo de Ochoa, español como él, nos decía: «Nadie, ni nosotros siquiera, puede saber con exactitud hacia dónde camina la ciencia actual.»

LA MUJER y la moda



★ Elegante y práctico conjunto de las hermanas Fontana, compuesto de un chaquetón de corte clásico 7/8 confeccionado en terciopelo de algodón marrón oscuro. La falda es recta y el chaquetón es liso por detrás y ligeramente entallado por el delantero. A la derecha: También de las hermanas Fontana es esta gabardina tres cuartos en género de algodón azul marino.

Elegante sobriedad de las creaciones italianas

HACE años París era exclusivamente el que imponía la moda en el mundo. Ahora países como Italia y España tienen modistos con personalidad suficiente para lanzar sus propias tendencias y creaciones sin tener que sujetarse a los cánones de la moda francesa. Pero dentro de la alta costura parisién tampoco los famosos costureros se ajustan a una línea determinada.

Nos encontramos en esta temporada sin una definición exacta del tipo de mujer 1962-63, y mientras unos han lanzado una moda favorecedora, otros, por el camino de la extravagancia, nos presentan una mujer imposible. Para nosotros, los que tratamos de embellecer a la mujer este año son nuestro compatriota Antonio Cánovas del Castillo, que integra la firma Lanvin-Castillo; el refinado sabyano Balmain, Nino Ricci y Marc Bohm, antiguo ayudante de Molyneux y ahora diseñador y creador de la casa Dior, que da a sus modelos un talle en su sitio, una silueta normal y una largura de falda correcta, mientras que en años anteriores ese *enfant terrible* de la alta

costura que es Ives Saint-Laurent se empeñó en afeárselas mujeres acortando la falda hasta darle un aire ridículo.

★ Los trajes de noche de Castillo

Castillo acusa este año, aún más si cabe, su innato señorío y elegancia y centra todo su genio creador en los trajes de noche sin vuelo, estilizando la silueta y presentando bellísimos modelos con ligeras reminiscencias de diferentes y distantes épocas que van desde la clásica veste romana o griega al traje un poco estilo Imperio. Estos trajes, que adelgazan y sientan bien a todas las mujeres, y en los que Castillo emplea siempre el blanco, llevan muchos de ellos el cuerpo completamente bordado en cristal y dan a la mujer un aire casi cándido, y en todo momento la silueta femenina, en manos de este famoso modista, cobra feminidad y encanto. Pero si Castillo se preocupa tanto de embellecer a la mujer para las fiestas de noche, Dior ha concebido sus creaciones para destacar y favorecer la belleza femenina a su paso por las calles.

No reserva la distinción y atractivo femenino para los salones, sino que nos da una figura característica que puede denominarse *femme Dior*, mujeres vestidas de *tweed*: abrigos de corte sastre y trajes de chaquetas un poco largas con echarpe del mismo tejido, que resulta gracioso y confortable. En lo único que se ha salido Dior de emplear el *tweed* en todas sus creaciones de calle ha sido usando la pana estampada en listas para trajes de chaqueta muy clásicos, de puntas redondeadas y faldas de tubo. A estos trajes Dior los acompaña de pequeños casquetes de la misma tela.

En cuanto al director y modelista de Nina Ricci, el belga Jules François Crahay, hombre de gran cultura y perteneciente a una gran familia de Lieja, un hombre que jamás dibuja sus modelos, ya que corta y moldea sobre las mismas maniqués, da a sus creaciones un sello de misterio y al mismo tiempo son modelos prácticos para defendernos de los rigores invernales. Esta línea, que él llama «corta-vientos», da a la mujer una seguridad contra el frío. Los cuellos de piel de Crahay suben hasta casi los ojos y tienen una vaga rememoranza con los modelos que lucía Greta Garbo en *Ana Karenina*, y sirven ahora para dar encanto y belleza a las mujeres vestidas por la firma Nina Ricci.

Quizá uno de los costureros famosos de París que menos ha tratado de embellecer este año a las mujeres haya sido Pierre Cardin. Cardin, original siempre, ha presentado una línea absurda y que de ninguna forma favorece a la mujer. Sus pequeños casquetes adornados con pompones y completamente encima de la cabeza, que exigen un pelo completamente recogido, tampoco son poni-



★ Fastuoso abrigo de noche largo, confeccionado en un precioso terciopelo color turquesa, de una línea simple y elegante. Modelo Veneziani en la batalla de la elegancia italiana contra el meridiano París.

bles para todas las mujeres, ya que se necesita poseer un rostro de facciones impecables. Otro revolucionario, y el más joven junto con Saint-Laurent, de los modistas de la capital de la moda, Michel Gomá, que no cuenta nada más que veintinueve años, y que es tan apasionado de la música clásica que crea sus colecciones escuchando a Mozart y a Wagner, no ha captado para su inspiración la belleza, y su línea asimétrica afea a las mujeres. Este empeño de Cardin y Gomá en quitar gracia a sus modelos nos re-

cuerda, aunque en otro estilo, a madame Schiaparelli, aquella fabulosa mujer cuyas creaciones, a pesar de ser un exponente de imaginación y fantasía, afeaban, sin embargo, a las mujeres. Cardin y Gomá parece se han propuesto esto mismo, y en verdad lo están consiguiendo.

★ La moda italiana y el arte

Toda la Toscana, y principalmente Florencia, tiene fama de que sus mujeres son las más bellas de Italia. La pequeña historia nos ha relatado cómo era la belleza de las damas florentinas, como tal vez lo fué la de Beatriz cuando Dante se sintió cautivado por ella para siempre al encontrarla por primera vez en el puente sobre el Arno.

En la actualidad dos mujeres parecen haber heredado aunque una sea italiana y la otra no, el perfil puro y el cutis transparente de las florentinas; nos referimos a la princesa Paola de Lieja y a la actriz de cine Deborah Kerr. Pues bien: la alta costura italiana ha elegido para el pase de sus colecciones una ciudad donde la belleza de mujer siempre ha tenido un verdadero culto. En el marco de la majestuosa fábrica de estilo florentino del palacio Pitti, con su museo y sus famosos frescos en el Salón de las Platerías, de Giuseppe da San Giussepe y de Furine, los grandes de la moda italiana pasaron sus modelos bajo el signo del arte, pero al mismo tiempo de la línea bella y normal, sin ninguna extravagancia. Allí estaba el personalísimo Emilio Schubert, uno de los modistas que visten a Soraya desde que era emperatriz de Persia y que recibe siempre a sus clientes en mangas de camisa, aun cuando éstas sean reinas o emperatrices, como ocurría cuando Soraya iba a hacerle sus encargos. Schubert, que si bien al principio de abrir su casa se le tachó de barroco, ahora hace gala de la más sobria y depurada elegancia.

Pero sobre todos los modistas de Roma, Milán y Florencia reunidos en el palacio Pitti destacaron Veneziani y las hermanas Fontana. Para la calle, Sorella Fontana mostraron su línea elegante, práctica, normal y la gran calidad de los tejidos empleados. Veneziani, modelos de gran fiesta, y Giuliano de Milán presentó la novedad de sus capas estilo chilaba árabe. Y Enzo, su original línea «Canguro». Esta línea creada por Enzo es la única que disiente un poco de la severidad de la moda italiana para este otoño e invierno.



★ Los modelos de Enzo luciendo tocas, abrigos y botinas de la línea «Canguro». Esta es una moda italiana que hace furor esta temporada.

«NI EN HIPOTESIS SE PUEDE CONCEBIR A EUROPA SIN ESPAÑA»

le dijo a López Rodó el ministro Erhard

El Comisario del Plan de Desarrollo al habla con «El Español»

Y O fui a Alemania invitado por el Gobierno de Bonn para ponerme en contacto con las autoridades, con los grandes industriales y financieros, con vistas a documentarles de una manera directa sobre las contingencias de la economía española en estos momentos. La circunstancia era particularmente propicia; acababa de salir a la luz pública, de las prensas españolas, el Informe del Banco Mundial y existía una auténtica curiosidad y una sed de información y de coloquio sobre nuestras realidades, tanto para la contribución alemana a nuestro plan de desarrollo como por la eventualidad de nuestra entrada en el Mercado Común.»

Quien nos habla es don Laureano López Rodó, comisario general del Plan de Desarrollo Económico. Y el diálogo tiene lugar en un marco admirable y sugerido. Estamos en uno de los patios con arroyos de la Universidad de Alcalá, que desde hace unos años ha trocado los latines por las cifras, las estadísticas y los cálculos, sin mengua —antes con aprovechamiento y exaltación— de su tradición gloriosa. En efecto, ante esos muros felizmente reinstaurados y restaurados se nos manifiesta, en la actualidad de los sucesos, un fondo de sabiduría histórica, magnífico contrafuerte al impulso y al rigor de la política española actual.

Estamos ante dos tacitas de café al aire libre de la mañana y dando la espalda a la moderna cafetería cobijada en sillares del siglo XVI. La conversación se produce sin pausas y con espontaneidad. Se trata, simplemente, de la evocación rápida de un viaje de negocios. De negocios públicos, naturalmente; pero tal como haría un hombre de realidades a la ocasión.

Ludwig Erhard y España

—De acuerdo con el programa de una invitación conversé con bastantes autoridades de las finanzas del gobierno alemán. Pero quisiera resumir todas mis impresiones en este aspecto con la entrevista que tuve con el ministro Ludwig Erhard, en presencia de nuestro embajador, marqués de Urquijo. Creo que con ella se explica en gran parte el «tono» de mi viaje.

Don Laureano López Rodó nos traza primero, en un certero croquis, la semblanza del gran estadista y economista, a cuya viveza, arrojo, oportunidad y competencia geniales se debe lo que se ha venido llamando el «milagro alemán» y sus consecuencias posteriores.

—La entrevista con Erhard —nos dice— se celebró en la Embajada de España, delicada esta del ministro alemán que indica las deferencias con que se plantean en su ánimo los temas españoles de esta índole. Herr Erhard es un hombre vital, cuya imagen física, popularizada por las fotografías, nos da una impresión exacta de su vigor e inventiva intelectual. La conversación duró siete cuartos de hora, a lo largo de los cuales tuvo Erhard tiempo de fumar, libándolos con suntuosidad, dos habanos que le ofreció el embajador y de beber dos frescos vasos de whisky. Le acompañaban el subsecretario de su Ministerio y un intérprete.

Preguntamos a nuestro interlocutor por la opinión del ministro alemán respecto a las actuales circunstancias de la economía española.

Don Laureano López Rodó sintetiza esa opinión destacando una de las frases del ministro Erhard sobre ello. Es la siguiente:

«Ni siquiera por vía de hipótesis

se puede concebir a Europa sin España.»

Intereses complementarios y afines

—Mi preocupación era —añade López Rodó, siguiendo el hilo de sus reflexiones y recuerdos— documentar a las fuerzas vivas de la economía alemana sobre España para interesar a las finanzas alemanas en el Plan de Desarrollo Español. En tal sentido, argumenté a Erhard —y luego a los demás interlocutores que se me presentaron, y de los que ya le hablaré más tarde— sobre ciertas bases que me parecían lógicas. En primer lugar, para la propia economía alemana es del máximo interés realizar inversiones en nuestro país, que ofrece las bases teóricas de inversión ideal y las perspectivas más amplias y claras de un futuro; ello, cuando la economía alemana ha llegado a niveles de producción próximos a la saturación del mercado interior y en que volcarse al exterior constituye para ella una exigencia ineludible. Los alemanes tenían antes bastante trabajo en casa, pero ahora, adecuada y rica la casa, necesitan invertir fuera.

—Subrayé —sigue diciéndonos López Rodó— algunos puntos que me parecen esenciales en apoyo de mi objeto. Saben mejor que nadie los propios dirigentes de la economía alemana que otros países europeos han tomado la primacía de la inversión y negocio en España, y que ello podría producir un desplazamiento de los productos alemanes del mercado español; y, por tanto, para defender su propio mercado los alemanes tendrían que aumentar las inversiones directas en España.

Preguntamos al comisario general del Plan de qué países se trata; cuáles son los que han tomado la delantera en este aspecto de negocio con España.

—Francia, Suiza, Holanda... Y no cesarán, a lo que se ve, en esa línea constructiva y de reciprocidad de negocio. Observé, durante mi desplazamiento una gran curiosidad, tanto diplomática como periodística, por parte principalmente de Francia, respecto a los resultados de mi gestión en Bonn. Podría explicarle con detalle significativas presencias francesas de gran interés psicológico para la coyuntura española.

—Mi teoría, en la que procuré ser convincente en toda ocasión —añade López Rodó— no sé bien si con éxito, era la siguiente: dentro de los países no plenamente desarrollados, el que más próximo está al desarrollo y al consumo en masa es España. Es también, por tanto, el marco ideal de inversión, puesto que es aquí donde con más prontitud pueden ser recogidos los frutos de la inversión. España está en vísperas del pleno consumo, en contraste con zonas renacidas a la soberanía política recientemente. A España la apoya además una larga tradición, con las consecuencias de seguridad y de pleno impulso.

Dejamos que el señor López Rodó abunde en el tercero de los argumentos que ha esgrimido en sus conversaciones alemanas. Es de capital importancia.

Los obreros españoles en Alemania

—Finalmente, ustedes —les dije a los alemanes— han podido en su propia casa, sin desplazamientos ni intermediarios, realizar una experiencia singular: la del máximo rendimiento de nuestra mano de obra. Trabajan actualmente en toda la variedad de las industrias alemanas más de cien mil trabajadores españoles. Han comprobado la eficiencia de esas gentes traídas muchas veces al azar, pero que sin distinciones y de una manera general han dado un rendimiento promediado del más alto

nivel. Vean ustedes —pensaba y decía yo— si no es sencillo: les falta a ustedes mano de obra y les sobra capital. Se trata sencillamente de llegar a la conclusión de que es más fácil acercar la silla al piano que el piano a la silla.

La conversación hasta ahora ha discurrido, de hecho, en el secreto del pensamiento que desarrolló el señor López Rodó ante las personalidades alemanas de su visita, y principalmente ante el ministro de Finanzas Ludwig Erhard. Le preguntamos por la reacción que sus digresiones obtuvieron en el ánimo y la actitud de sus interlocutores. En qué términos se expresó, en primer lugar, Ludwig Erhard.

—Ya le dije la frase con la que se podría sintetizar la opinión del ministro. Pero su actitud y sus manifestaciones fueron más allá, en el terreno no solamente especulativo. El ministro Erhard me subrayó el valor de España en el conjunto de la economía europea. Fué entonces cuando me dijo que era inconcebible una Europa sin España.

Contacto con los grandes industriales

—Las entrevistas del Comisario con los grandes industriales ¿fueron también del mismo tenor?

—Fuí invitado por la Federación de Industriales Alemanes a dar una conferencia, que será publicada en el Boletín de la Cámara de Comercio Alemana de Frankfurt el próximo 10 de noviembre; tuve una amplia rueda de prensa seguida de coloquio en el Club de Prensa de Bonn sobre la situación económica y el plan de desarrollo. Almorcé y cené en Berlín, situación económica española y el plan de desarrollo. Almorcé y cené en Berlín, Frankfurt y Bonn con importantes personalidades de la industria y la Banca. En Berlín, con el presidente de la Cámara de Comercio alemana; en Frankfurt, con los directores de los principales Bancos alemanes; en Bonn, el embajador me ofreció una cena con los directivos de las empresas de primera categoría de Alemania. Aparte de ello he tenido conversaciones directas con veinticinco o treinta grandes industriales. El célebre doctor Schacht —el llamado «magro de las finanzas», que actualmente preside un Banco de Hamburgo —y lo cito como un detalle—, recomienda a sus clientes que hagan inversiones en España. Lo explico para dar una idea del enorme interés que ofrece España y la economía española al mundo financiero y laboral alemán.

—Los frutos están ya a la vista añade López Rodó—. Se están desarrollando conversaciones y «pour-parlers» entre empresas alemanas y españolas. Tengo en la mesa infinitud de dossiers con ofertas de entronque y de alianza, por ejemplo para industrias textiles en Cataluña. Todo ello lo está estudiando y tramitando la Oficina de Inversiones Extranjeras, oficina de la Presidencia del Gobierno creada para ese objeto. Hay casos de opción para una intervención de capital del 50 por 100; otros son ofertas de venta en condiciones especiales. El volumen de estas aportaciones no tardará en manifestarse.

Más sobre la mano de obra española

Pasamos, seguidamente —tras una breve pausa— a preguntar al comisario del Plan por la impresión que le ha causado la mano de obra española en Alemania.

—El cónsul en Frankfurt me procuró una entrevista con un conjunto de obreros españoles y los reuní en su despacho consular; eran obreros de distintos oficios y de distintas procedencias y regiones. Hablé extensamente con una gran parte de ellos. Allí estaban desde el taxista de Madrid hasta el aprendiz de Orense. Saqué de ello



Don Laureano López Rodó

una conclusión: esos obreros están realizando en Alemania su gran aprendizaje, tanto laboral como social y humano. Se produce en ellos un cambio —que reputo satisfactorio— de mentalidad profesional. Me decía alguno de ellos que lo que contrastaba allí era lo siguiente: que el objetivo eran los resultados, la productividad. «En España, me decía, cuando me quejaba de la herramienta, el patrono me armaba el zipizape. En Alemania resulta al revés: el patrono te felicita cuando te quejas de la herramienta, y te da otra que te vaya bien.» Otro me dijo que lo descolante en aquel sistema de trabajo es la eficiencia y la productividad. «Me regañó aquí el patrono porque me dedicaba a enderezar un clavo. Me dió otro, diciéndome que costaba menos un clavo que el tiempo que perdía enderezándolo, y comprendo ahora perfectamente que tiene razón.» Todo eso me hace creer —concluye López Rodó— que esas gentes serán sin duda al volver a España unos pioneros de las nuevas formas laborales, los introductores naturales del Mercado Común en sus aspectos de base, que es la masa laboral. En este sentido, y expresándoles esta opinión, les dirigí una alocución a través de Radio Colonia.

—Pero... ¿volverán?

López Rodó piensa un instante:

—Si, volverán. La mayoría, por no decir todos, se echan de menos —están en condiciones incómodas a causa de la dificultad de la lengua. No pueden ir siquiera al cine porque no entienden el argumento de las películas. Se aburren, añoran su país. Echan muchísimo en falta los diarios. Todos me pedían prensa española, que llegaran los diarios de España. «No podemos saber si nuestro equipo ha ganado el domingo», se lamentaban. Volverán, pero la experiencia habrá sido generosa en resultados: económicos y técnicos para ellos; para España habrá comenzado a preparar una masa laboral digna de los tiempos actuales.

Inquirimos a López Rodó sobre el proceso íntimo o técnico del Plan de Desarrollo. Nos da sus impresiones con rapidez:

—Se está trabajando en todas las Comisiones del Plan y en el Gabinete de Estudios. Por otro lado, ya lo ve usted, aquí, en esta antigua y gloriosa Universidad, se está elaborando el futuro del Plan en las personas que deben de llevarlo a término desde los despachos oficiales. El curso actual es para secretarios y asesores de comisiones. Estas comisiones, como usted sabe, las forman funcionarios, representantes de las empresas privadas y de la Organización Sindical. Se trata de reunir y cohesionar a los que han de participar en la elaboración y puesta en marcha de las nuevas técnicas de desarrollo económico. Ya estamos engrasando la máquina que nos deba llevar al pleno rendimiento. Pero, si usted lo prefiere, éste puede ser el motivo, otro día, de una nueva conversación.

gnacio AGUSTI



PANTALLA DE ORO

*Vea y
oiga con*



- Último avance de la técnica alemana
- Únicamente los televisores **TELEFUNKEN** van equipados con este moderno sistema óptico que proporciona una recepción óptima sin el menor cansancio para su vista
- **CIRCUITOS IMPRESOS**
- **CELULA FOTSENSIBLE**
- Conexión para mando a distancia.

TELEFUNKEN

LA MARCA ALEMANA DE FAMA MUNDIAL

JARDINERIA

El Cyclamen tiene origen en los países del cercano Oriente; en Palestina, Siria y la isla de Kreta se encuentra silvestre, en las faldas de las montañas, debajo de arbustos y malezas en sombra y en tierra vegetal, mezcla de arcilla con una ligera acidez.

Los Cyclámenes se desarrollan perfectamente, siempre que el aficionado tenga en cuenta los cuidados que exponemos a continuación:

1.º Tenerlos en sitio con toda claridad de día.

2.º La temperatura no debe exceder de 18 grados, o sea, bien apartado de los radiadores que resecan demasiado el aire.

3.º Cuando llueve, sacarlos al exterior, pues la lluvia les es muy beneficiosa.

4.º Una rociada con un pulverizador a diario les es media vida.

5.º Evitar que les toque el sol directo, cuando menos al medio día.

6.º No regar ningún Cyclamen al baño María, pues, además de que se estropean las raíces con el exceso de agua que sale del tiesto, también se pierden los abonos.

7.º Comprobar siempre con los dedos si la tierra está seca, y no regar mientras hay humedad en ella, pues los Cyclámenes son muy sensibles al exceso de agua en la tierra.

8.º Si un Cyclamen se mustia y la tierra está húmeda, ponerlo en sitio fresco, pues no tiene sed sino calor.

9.º Evitar, a ser posible, las ventanas y galerías con cara al medio día, pues estos lugares suelen tener grandes saltos de temperatura, muy perjudiciales para la mayoría de las plantas.

10.º Tener en cuenta que los Cyclámenes se desarrollan mucho más sanos y no pierden los capullos, en ambientes frescos, pues temperaturas bajas, 1 ó 2 grados, no les perjudican; únicamente retrasan un poco las flores.

DISCOS



Vamos a procurar en esta crónica dar una información sucinta de las grabaciones que han tenido una mayor venta y, por tanto, un mayor éxito entre el público.

Pat Boone encabeza lo que podríamos llamar, esta clasificación con «Speedy González» (El rápido González). Esta canción se presenta, junto con otros tres éxitos, en un disco de 17 cm. «Speedy González» es un «twist» y la grabación ha sido cuidada con esmero.

Le sigue el ya conocido «Et Maintenant», cantado por su creador, Gilbert Bécaud. En el mismo disco, de 17 cm. y 45 r. p. m., se presentan «Le condamné», «Toi, le musicien» y «Dans ce moments-là».

«Et Maintenant» ha sido un «best-seller», un primera fila internacional. Su ritmo lento—un fox—, acompañado de una magnífica interpretación, hacen que sea una grabación de gran calidad.

«Madison», por Harold Nicholas, es la que sigue en venta y preferencias del público a los dos discos citados.

El «Madison» es un nuevo «hit» norteamericano. Entró en España por la Costa Brava y en seguida ha contado con grandes entusiasmas. En cuanto a ritmo, no se puede definir. Es, simplemente, «madison».

Harold Nicholas, al que pudimos admirar el otro día en TVE, en el programa

«Gran Parada», es un cantante y bailarín de color, y es, además, uno de los principales intérpretes de este nuevo ritmo.

Charles Aznavour, conocido actor del cine francés, sobre todo a raíz de su película «El paso del Rhin», ha grabado, con su estilo personalísimo, un «Aleluya» magnífico. La voz de Aznavour no es la de un Bécand en cuanto a calidad, expresión, etc., pero, precisamente por eso, ha sabido dar un sello personal a todas sus interpretaciones, cuyo punto culminante es el «Aleluya» al que nos hemos referido.

Está visto que el público, a la hora de demostrar sus preferencias por una canción o por otra, es bastante dispar. Dice el refrán, que «contra gustos no hay disputas». Desde luego, este refrán tiene una perfecta aplicación en lo siguiente:

Solamente quedaron diez canciones finalistas en el último Festival de la Canción Mediterránea, y entre ellas no figuraba «Bricciole di luna», cantado por Ennio Sangiusto. El Jurado seleccionador la había eliminado anteriormente. Pese a ello, una conocida marca de discos la acogió entre sus grabaciones, la editó y la lanzó al mercado. El éxito no se ha hecho esperar, y actualmente se comenta la posibilidad de hacer nuevas ediciones, ya que la primera se está agotando rápidamente.

Resumiendo: He aquí el panorama que ofrecen los discos en relación a su éxito, y, por tanto, a su mayor venta, en la primera quincena de octubre:

1.º «Speedy González», por Pat Boone.

2.º «Et Maintenant», por Gilbert Bécaud.

3.º «Madison», por Harold Nicholas.

4.º «Aleluya», por Charles Aznavour.

5.º «Bricciole di luna», por Ennio Sangiusto.

I A B

FILATELIA



Las Naciones Unidas parece que están dispuestas a intervenir en los planes de emisiones de efectos postales de los países miembros todos los años. Esta intervención se hace a través de su Secretaría General o por medio de sus Agencias Especializadas.

El primer caso concreto sobre esta cuestión se produjo en el año 1960, cuando se recomendó la puesta en circulación de sellos dedicados al Año Mundial del Refugiado. A este llamamiento respondieron un importantísimo número de países, con la excepción total de las naciones tras el Telón de Acero.

En este año, la Organización Mundial de la Salud propuso la emisión de sellos consagrados a la lucha contra el paludismo, y cuando termine el próximo mes de diciembre serán ciento nueve estados los que habrán respondido a este llamamiento.

Para 1963 ya tiene prevista la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura (F. A. O.) que los estados a ella pertenecientes ediquen sellos contra el hambre.

En el primero de los tres casos citados el filatelistas mundial admitió los sellos de refugiados con verdadero interés, mas éste fue momentáneo, y dicho tipo de colección temática, en la realidad, prácticamente está relegada al olvido.



En honor de Dag Hammarskjöld, los Estados Unidos han emitido un sello de 4 centavos el pasado

día 23. Realizado en colores amarillo, marrón y negro, tiene una tirada de 120 millones de ejemplares. El dibujo ha sido compuesto por H. M. Sanborn, miembro del Departamento gráfico de las Naciones Unidas.



La proclamación de la independencia de Uganda ha tenido su repercusión filatélicamente por medio de una serie general compuesta de doce sellos y con un valor algo superior a las dos libras esterlinas.



El Día del Cartero ha dado lugar, en la República Argentina, a un sello para el correo aéreo de 5,60 pesos, colores verde y gris, con una tirada de tres millones de ejemplares y realizados en litografía.



El 50 aniversario de la puesta en servicio de la estación de radio de las islas Falkland, ha sido conmemorado con tres sellos, cuyos valores faciales corresponden a: seis peniques y uno y dos chelines. Los tres sellos están realizados a dos colores y con dibujos distintos, pero en todos figura el indicativo de dicha estación, formado de la sigla V. P. C., en alfabeto Morse.

Luis M. LORENTE

PERROS



Para que la salud y el pelo de un perro que ha de convivir con nosotros de diez a catorce años, sean realmente buenos, es necesario cuidar sus comidas constantemente. Si el perro no llega a cumplir esos años procure que no sea porque usted se ha cansado de él; porque no le da la comida que precisa (aunque usted crea que lo que le proporciona es lo mejor). En cualquier caso, si sólo quiere un animal-juguete es mejor que no lo adquiera.

La comida inapropiada y excesiva es causa de casi todas las enfermedades que he atendido en largos años de trabajo en la clínica veterinaria dedicada a perros.

En su propia casa dispone usted seguramente de la base alimenticia para el perro: carne, leche, huevos, arroz (en invierno) y pasta de fideos. Si le es posible adquiera galletas especiales que contienen aminoácidos, vitaminas, componentes minerales esenciales para la vida y buen cuidado del perro.

El perro no debe comer nunca dulces; tomará poca fécula y poco almidón. Yo no recomiendo nunca el pescado; ni cocido ni crudo, ni blanco, ni azul; sólo, excepcionalmente,

para los animales delicados de estómago.

El alimento más adecuado para el perro es la carne, y si el suyo la digiere bien que sea de caballo y picada a ser posible; en otro caso, de cordero, vaca, ternera, pollo, y una o dos veces por semana, hígado. Conviene no prescindir de la fruta.

Los cachorros

Se destetan a las seis o siete semanas, aunque el destete total y verdadero debe ser a las ocho o nueve semanas, los dueños de los perros siempre desean adelantarlo. Cuando los cachorros maman debe dárseles leche condensada rebajada con agua o leche de vaca a un 50 por 100, así como una yema de huevo semanal por camada (no por cachorro), bien batida con leche. A partir de la quinta semana debe añadirse a esta alimentación carne muy picada, aumentando gradualmente a medida que disminuye la leche de la madre.

Hasta que alcancen los tres meses y medio de edad los cachorros recibirán este alimento cuatro o cinco veces al día. A partir de los tres meses, y si ha sido bien criado y alimentado, el cachorro debe recibir unos choques vitamínicos y de calcio.

Yo recomiendo: Auxina A+D de niños, Una ampolla por vía bucal cada ocho días. Cinco o seis tomas. O bien: Auxina X+A+D masiva de adultos. Una cápsula por vía bucal cada ocho días. Cuatro tomas. Puede emplearse vitamina A+D de otros laboratorios.

Calcium -D- Redoxon «Roche» en tabletas (dos a tres diarias machacadas con la comida, por espacio de veinte a veinticinco días).

Sanocal granulado. Una o dos cucharadas grandes al día, en plato aparte del de la comida en seco. Si no lo toma bien, mézclese con la leche de la mañana (veinte a veinticinco días).

Tres B (así se llama). Si es en comprimidos, uno diario. Si es en jarabe, una cucharadita diaria.

Estas medidas preventivas suelen repetirse en la misma forma dos meses y medio más tarde.

El lector debe tener en cuenta que casi todos los medicamentos recetados a los perros son empleados en Medicina humana. Sus resultados son realmente sorprendentes.

En la próxima semana explicaré cuál debe ser la comida de los cachorros a partir del destete.

V. Marino IGLESIAS

SI, pero NO, de la TELEVISION

Marsillach, Adolfo, Marsillach

CREEMOS urgentísimo e innecesario decir ya que Adolfo Marsillach es, en TVE, muchas cosas. Pero es, sobre cualquier otra, un intrépido, equilibrado, diverso, un extraordinario escritor.

Lo que Marsillach ha incorporado a la joven pantalla hogareña de nuestro país es una condición inicial sin la cual nunca puede hacerse nada en nada. Ha incorporado el puro talento artístico de crear lo que ya existe, de manera suelta e inorgánica, en la conciencia del común de los seres humanos. El talento de expresar «lo que es» de un modo «que no es», exagerando para dar en el blanco.

Como fácilmente se comprende, Adolfo Marsillach se atraxó de ese modo muchos enemigos. No importa. Creyendo decirle lo contrario de lo que antecede, el resentimiento que llegue a cercarlo le tributará idéntico homenaje de justicia crítica. Y Marsillach dejará un impacto imitable en la Televisión Española, repetirá su obra cuando él quiera en las televisiones de habla hispanica.

La comedia humana, explicada

Después de todo, las fórmulas vuelven a ser las mismas. El autor, que es al mismo tiempo director de escena y actor, entra y sale en el curso de su historia, con lo que la representación gana en eficacia a medida que se hace primitiva. Ha habido secuencias de Marsillach en TVE que alcanzaban calidades de ritmo, de sencillez y de ternura propias del mejor guñol.

Lo que sucede es que eso no puede ser sino creado. Toda imitación cualquier forma de seriación en escuela «al modo de», está de antemano desautorizada. Y sucede al mismo tiempo que la televisión es una infatigable devoradora de programas. Cuando Marsillach no explique personalmente a sus personajes, ya nadie podrá hacerlo. Ya nadie podrá intentar hacerlo en la misma línea.

Habrà quien haga otras cosas. Televisión Española ha iniciado una fase en la que todo lo bueno puede y debe ser de ella esperado.

Consideraciones sobre la economía del talento

Reflexionen ustedes y observarán que las creaciones de auténtica valía resultan fabulosamente caras en la televisión. Por modesto que sea su presupuesto, como llegan a millones de espectadores ante quienes es inconcebible la inmediata reposición siempre se opera en derroche, en pura pérdida.

Esto es hoy asunto superado en el mundo. Todavía, creemos, no se ha iniciado en el mundo de habla hispanica. No por la filmación simultánea y la distribución de copias. Más bien por la grabación magnetofónica en la cinta de «video tape», que exige ya la inmediata creación de un mercado hispanoamericano de grabaciones, si es que la dificultad técnica de las diferencias de normalización en los emisores puede ser salvada.

Las series de Marsillach—pensemos exclusivamente en «Silencio, se vive»—tendrían un mercado de clamor desde Los Angeles a Buenos Aires. Piensen ustedes en la fortuna de esos films cortos que TVE tiene que tragarse como cada hijo de vecino. Piensen en el cretinismo de la serie «Mister Ed», en esa «Alicia» de los mismísimos demonios, en aquel «Viviendo con Riley», que producía trombosis cerebral. Pues integran un mercado importante, porque concurren a la insaciable cita de la televisión mundial. Porque son producciones filmadas y distribuidas. Tengamos paciencia. Y, si se puede, un poco de dinero.

Marsillach detrás de la cámara

No se le ve. Pero se le adivina. Tengamos paciencia. «Silencio, vivimos» requiere una exactitud de ritmo, una pulcritud de soldadura impecables. TVE no los alcanza siempre. Nos consta que el equipo técnico control-cámaras-telecine tiene, en general, elementos muy buenos. Hay sin embargo, en el carácter, estilo y disciplina de emisiones de TVE algo que no marcha completamente bien. Es algo que se eliminará por sí solo. Paciencia. Marsillach debe siempre tener paciencia y buen humor. El día que leamos la noticia de que el personal técnico de TVE ha invitado a cenar a Adolfo Marsillach, respiremos ya tranquilos.

Su hora, escribirá, dirigirá, representará su propio teatro y su propio cine. Estamos ante un joven en posesión de ta-

Electrón PEREZ



Mr. PAUL ELEK, EN GRANADA

Mr. Paul Elek, creador de los más hermosos libros ilustrados en Europa, ha estado unos días en España. Fué a esperarle a Gibraltar nuestro colaborador Enrique Sordo, autor del libro en preparación "Puerta del Paraíso (Granada, Sevilla, Córdoba)", cuya edición internacional prepara el editor inglés Acompañándose del arquitecto y fotógrafo, de nombrada universal, Peter C. Swann, Mr. Paul Elek y su distinguida esposa, con Enrique Sordo, recorrieron la tierra andaluza, en el mismo itinerario del subtítulo del libro en elaboración. Subido a los tejados de la Alhambra, el fotógrafo Peter C. Swann realizó extraordinarias fotografías, en color y en negro, de las perspectivas de Granada; captó para el libro los detalles de la arquitectura en Granada, Sevilla y Córdoba. El editor Elek considera que el libro en preparación será uno de los más hermosos de su colección, que empezó con un extraordinario libro sobre "Pompeya y Herculano", de Marcel Brion, siguió con un "Pekin", cuyo texto es de Lin Yutang, y prosigue con temas del orden de: Ispahan, Atenas, Venecia, La Meca, etc. Al regreso de Andalucía, el editor inglés y su esposa visitaron El Escorial, Toledo y Aranjuez.

Durante su estancia en Granada, mister Paul Elek y su equipo no desdijeron visitar los ambientes del baile y del cante en las famosas cuevas, circunstancia que nos muestra la fotografía que publicamos, en la que aparecen junto al escritor Enrique Sordo.

UN LIBRO PARA LEER



ALEMANIA Y EL COMUNISMO SOVIETICO

SALTER (Ernest J.): Deutschland und der Sowjetkommunismus. Die Bewahrung der Freiheit. Piper Co. Verlag. Munich 1961. 308 páginas.

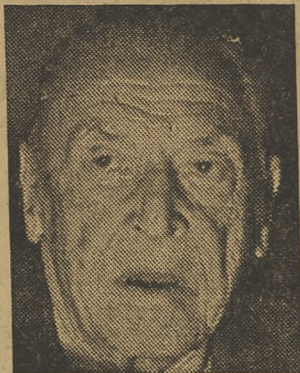
22 — EL ESPAÑOL

Las Letras

El último libro de Somerset Maugham: SUS ESCANDALOSAS MEMORIAS

DESDE hace ya varios años, el famoso escritor inglés había prometido a su editor y a sus lectores una autobiografía íntima en la que estaba trabajando; el libro no debería ser publicado hasta después de su muerte. Maugham temía que alguna de sus confidencias o indiscreciones le acarrearán disgustos, pero en la primavera de 1962 comunicó al editor inglés, Heinemann, que estaba dispuesto a dar a conocer la obra, que se titularía, en inglés, «Looking Back». Poco tiempo después, el novelista se arrepintió de su decisión y se volvió atrás. Más tarde, Maugham volvió a rectificar y cedió el «copyright» al millonario americano Huntington Hartford, propietario de la revista «Shaw», autorizándole a que publicase en el periódico un extenso resumen de «Looking Back». Pasado cierto tiempo, de nuevo Somerset Maugham quiso retirar su autorización, pero el periódico no quiso acceder a sus deseos, alegando que la primera parte de este resumen autorizado estaba ya en la imprenta.

Según puede leerse en la revista «Show», Somerset Maugham nos habla de los primeros años de su vida, cuando era estudiante en Heidelberg, de sus primeras experiencias amorosas, de las cuales parece que no salió muy bien parado, pues contrajo una enfermedad que le duró cierto tiempo, «yo entonces no era ningún romántico, y no era el amor lo que me acercaba a la mujeres».



A continuación sigue contando cómo en el año 1917 fué a San Petersburgo formando parte de una comisión angloamericana que tenía por objeto ayudar a Kerenski, jefe del Gobierno ruso, con dinero y armas, y convencerle de que continuase la guerra. Cuenta Maugham que por entonces conoció a la hija de Kropotkin, el famoso anarquista, una bella muchacha que se llamaba Sascha con la que tuvo «un breve pero agradable affaire».

Al principio de sus memorias ya dice su autor que va a hacer el retrato de personas a las que ha conocido, retratos casi todos agrios y despiadados que explican perfectamente que Maugham dudase tantas veces antes de publicar sus memorias. Así, por ejemplo, de Winston Churchill dice que es un egocéntrico, rencoroso y poco considerado.

A finales del año 1913 conoce en Londres a una menuda y bella mujer, Mrs. Syrie Wellcome, divorciada de un marido brutal veinte años mayor que ella. Esta mujer, la más importante en la vida de Somerset Maugham, vivía en París, donde tenía un apartamento en el Quai d'Orsay. Maugham describe con todo detalle cómo se hizo amante de Mrs. Wellcome, sin sospechar que ella, al mismo tiempo, era protegida por otros caballeros. En este terreno, Maugham derrocha cruza y minuciosidad descriptiva.

La pareja se traslada a América más tarde, y allí se casan. En el año 1929, el escritor se divorcia, en Francia.

Uno de los pasajes más desagradables, por su cinismo y desenfado, es la delación detallada que hace el escritor de una estafa cometida por su esposa: la señora Syrie Maugham había vendido a un joyero parisino un collar de perlas de jade que su marido le había traído de China. Como el collar estaba asegurado simuló que le había sido robado en el Louvre, cobrando así una importante cantidad de dinero de la casa de seguros.

El engaño fué descubierta y Maugham pudo arreglar el asunto devolviendo la suma en cuestión y evitando a su mujer que se viera envuelta en un proceso. La aparición de estas memorias en folletón en la revista «Show» ha levantado, como esperaba su autor, comentarios muy desagradables. La opinión pública inglesa ha calificado de indecentes estas confidencias. El «Sunday Times» dice que mucha gente en Londres todavía recuerda a Syrie Maugham, «cuyas partys» eran casi tan famosas como hoy lo son las de Elsa Maxwell. Nadie se explica que el famoso escritor en el ocaso de su vida, después de haber logrado la fama, el éxito y la fortuna, abra ahora la ventana de sus recuerdos para tender tanto trapo sucio.

EN el curso de los últimos años la problemática nacional de Alemania ha cobrado una considerable fuerza y ello no sólo por la influencia de la política nacionalista de De Gaulle—basada en un nacionalismo tradicionalista en un momento en que se ve muy limitada la soberanía nacional de los Estados europeos por motivos políticos y económicos—, sino, esencialmente, por el carácter específico de la misma cuestión alemana. La política de reunificación seguida hasta ahora ha fracasado frente a la barrera que han levantado en Europa central las exigencias dominantes del comunismo soviético. Se necesitan medios desacostumbrados para superarla.

En la tensa situación entre progreso y tradición, se encuentra la soberanía nacional—a pesar de la política actual de De Gaulle—en una situación superada históricamente por las mismas necesidades económicas, que condenan irremisiblemente al nacionalismo y al chauvinismo. El gaullismo es una efímera fase, un ensayo transitorio para superar específicas dificultades nacionales, las cuales se relacionaban directamente con la lucha de Argelia por su independencia.

Para la inmensa mayoría de pueblo germánico la figura histórica y política de Alemania está inevitablemente vinculada con un espacio geográfico, que más o menos puede concretarse por los límites que impuso Bismarck a su Estado. Guerras y crisis han cambiado sus fronteras, tanto en el Este como en el Oeste, pero el concepto de «Alemania» está unido a una región geográfica, la cual, desde 1871 hasta la era hitleriana, conservó más o menos su continuidad y su sustancia.

La cuestión nacional alemana

Esta Alemania conformada por la historia, la geografía, la política y la psicología se vino abajo por la catástrofe histórica provocada por el nacionalsocialismo. Cuando Hitler retrocedió más allá del Niemen, destruyó un gran imperio, y Alemania quedó en las manos de sus vencedores. Después de una serie de vicisitudes, la Alemania que hoy contemplamos presenta dos variantes: un Estado constitucional democrático y una dictadura comunista soviética. Ahora bien, lo más significativo de esta división ha sido el proceso evolutivo que ha seguido en cada una de las mitades del país el sentimiento nacional. Así, mientras que en la República Federal se sienten más poderosos viéndose integrados en un mundo democrático supranacional, en la zona soviética se ha creado un sentimiento que exalta las vindicaciones genuinas patrias, emparejadas con el deseo de liberación de la tiranía, no sólo para el pueblo alemán, sino para todos los otros países sometidos. Este empareja-

miento del deseo de libertad con el nacionalismo es algo que puede observarse en todos los países tras el telón de acero.

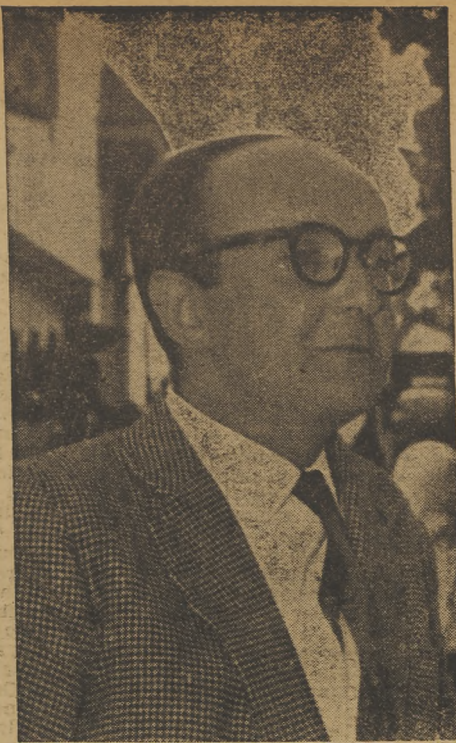
El comunismo soviético ha dado una nueva forma al problema nacional en los países que tiene sometidos, proporcionándoles al mismo tiempo una peligrosa dinámica. Esta afirmación vale lo mismo para la propia Unión Soviética que para los estados bálticos, que para Ucrania, para Georgia, para Armenia, Usbekistán, Tajikistán o cualquier otra nación que se encuentre aplastada por el poder comunista. Desde hace cuarenta años luchan los soviets contra las supuestas «desviaciones nacionalistas», contra el «nacionalismo de los pueblos de la U. R. S. S.». Pero estas «desviaciones» han mostrado que el sentimiento nacional es la más fuerte de todas las ideologías. Las «desviaciones ideológicas», tales como el «trozkismo», el «bujarinismo», el «zinoviezismo», el «cosmopolitismo», desaparecieron y no fueron más que fenómenos de una oposición temporal, pero la «desviación nacional» continúa invariable.

Exaltación del nacionalismo en los países sometidos

Mientras los Estados nacionales soberanos de Europa occidental han entrado en un proceso de integración supranacional, tal como lo exigen las necesidades industriales de sus sociedades masivas y la inexcusable necesidad de defender la libertad en el Este se produce lo contrario y todos los esfuerzos se encaminan a la recuperación de la soberanía perdida, la cual debe ser recobrada, incluso por el uso de la fuerza. La política de Occidente no puede ignorar este curso de las cosas, aunque ello no le facilite una nueva probabilidad en su lucha contra el comunismo. La identificación de las exigencias por una independencia nacional de todos los movimientos de liberación que se encaminan al restablecimiento de la soberanía y del derecho de la autodeterminación, constituye una de sus tareas más esenciales.

El elemento nacional profundamente incrustado en los levantamientos de Polonia y Hungría es algo que ha intranquilizado seriamente a los soviets. La relativa estabilización de las relaciones no ha solucionado, ni mucho menos, el problema, sino que lo ha relegado a la clandestinidad y con ello lo ha agudizado más todavía.

Todas estas circunstancias explican por qué el problema de la reunificación de Alemania es idéntico con el de la libertad en la zona soviética. La reunificación es sólo un sinónimo de esta recuperación del Estado: la situación de ser libres para una parte del pueblo alemán, de esa libertad que le ha sido arrebatada por los soviets.



ANGEL VAZQUEZ, PREMIO "PLANETA"

ANTONIO Vázquez Molina, que literariamente usa el nombre de Angel, ganador del premio Planeta de este año, nació en 1929, en Tánger, donde ha transcurrido toda su vida, teniendo por tanto en la actualidad treinta y tres años de edad. Tuvo una infancia difícil, lo que le llevó a encerrarse en sí mismo y desarrollar una gran vida interior.

No es éste el primer concurso al que se presenta, aunque sí de novela larga. Fué el finalista del premio Sésamo con «El cuarto de los niños», publicado por la Editorial Planeta, conjuntamente con otras dos novelas cortas de Vicente Carredano y Lucio Castañón.

Manifestó que escribió la obra ganadora en momentos de gran tensión espiritual y sin ninguna ilusión de ganar, aunque la presentó al premio Planeta para probar suerte. Considera que se enciende y se apaga la luz está mal terminada, ya que tuvo que finalizarla precipitadamente, cuando sólo faltaban seis días para cerrarse el plazo de recepción de originales en el Planeta.

La novela es en tres tiempos y cuenta la rebelión de una muchacha que siempre ha vivido bajo la tiránica férula de su madre y que aprovecha la ausencia de ella para vivir su vida. Al final descubre que todo lo que ha hecho era inútil, pues la madre ha muerto.

Un nuevo libro apocalíptico

UGENE Burdick, autor de «El Americano Feo» y «Una Nación de Borregos», acaba de publicar otro libro, esta vez sobre la posibilidad de una guerra atómica provocada por accidente. Escrito en colaboración con Harvey Wheeler, se titula «Fail-Safe» y describe el comienzo de un ataque atómico de los EE. UU. a Rusia provocado por un error en una máquina electrónica. El drama empieza al encenderse las señales luminosas de peligro en el departamento de guerra de la Casa Blanca. Inmediatamente entra en acción una escuadrilla de bombarderos, cargados con bombas atómicas, que se encaminan a velocidad supersónica hacia Moscú. El dispositivo bélico entra en acción porque un condensador de un cerebro electrónico se funde por accidente.

La indefensa situación de la humanidad, a merced de las máquinas creadas por ella, es resaltado por las palabras que Burdick pone en boca del presidente norteamericano en una conversación telefónica con el primer ministro soviético.

«Nuestra situación es como si los hombres se hubieran evaporado y las máquinas hubiesen ocupado sus puestos. Usted y yo estamos todo el día combatiendo el sistema mecanizado para impedir que el mundo salte hecho añicos... En realidad ninguno de nosotros dos somos responsables de este sistema automático. El automatismo ha sido técnicamente posible, de modo que lo hemos construido. Luego comprobamos que nos era posible delegar más y más responsabilidad a las máquinas automáticas, y la delegamos. Y antes de que nos diéramos cuenta, las máquinas nos han colocado en esta situación terrible.»

* «Las mujeres de todo el mundo, en las condiciones sociales más diversas y en grados de emancipación muy diferentes, tienen mucha fuerza en el planeta y mucha importancia para el futuro del mismo.» Esto nos asegura —y no lo dudamos— una escritora gala, Michèle Aumont, en un libro recién salido de las prensas de Fayard. La obra es documentado estudio, titulado «Jeune-fille, leve-toi» («Arriba, muchacha», podríamos traducir), en el que, entre otras cosas, se nos proporcionan datos estadísticos de evidente interés. He aquí algunos: en cuanto al número de mujeres que trabajan, Francia ocupa el tercer lugar entre los países europeos, después de Finlandia y Dinamarca, y antes que Gran Bretaña, Suecia y Alemania. Esta actividad femenina está principalmente orientada hacia la banca, la administración, la enseñanza y los servicios públicos. Por otro lado, el salario que cobran estas mujeres es un 40 por 100 inferior al que perciben los hombres en iguales circunstancias laborales.

Imposibilidad de la idea de Jaspers

Ha habido quienes, Jaspers entre ellos, han pensado que no se puede resolver el dilema de la cuestión germana más que neutralizando la Alemania oriental. Pero, dejando aparte toda una serie de razones que obran en contra de la lógica política y táctica de esta solución, su mayor error estriba en que la cuestión alemana es algo que los soviets no pueden aislar, sino que la contemplan en íntima relación con todos los otros pueblos de Europa oriental. No se puede pasar por alto que la constitución de un Estado alemán oriental libre, aunque no se pudiese unir con la República Federal y debiese permanecer neutral, sería considerado por el movimiento comunista mundial como el comienzo de una liquidación del campo marxista, y ello principalmente por el lado extremista, especialmente por la China roja. Y en este caso el movimiento comunista mundial es muy posible que se escindiese sobre la cuestión alemana y, naturalmente, Ulbricht se pondría junto a Pekín y Tirana. Son cosas que no deben olvidarse cuando se piensa sobre las posibilidades de esta solución, ya que no es fácil suponer que Rusia se decidiese a correr este riesgo que pondría en peligro la solidez del bloque comunista.

El desarrollo histórico de la conciencia de los alemanes sobre la cuestión nacional es una realidad de significación política. La nación no puede ser aniquilada por un decreto del Kremlin y se desarrolla continuamente, con un auténtico renacimiento espiritual, dentro del propio comunismo, fomentando en él un auténtico proceso de disolución. Hungría y Polonia han anunciado también en 1956 estas transformaciones, y el comunismo soviético se ha dado cuenta de ellas, y, naturalmente, los alemanes de la «zona» no han hecho más que seguir la lógica de este proceso, tanto más cuanto ya demostraron encontrarse dentro de él en 1953, cuando el alzamiento de Berlín. Se trata de un proceso que se origina por las mismas contradicciones del comunismo y que se mueve dentro de un terreno lleno de imprevisibles probabilidades y que lleva inevitablemente a una política de un período de transformaciones, no sólo programáticas, sino también especulativas.

El «paulovismo» de la política soviética

Los métodos de la política soviética durante los últimos decenios han revelado claramente el fenómeno de cómo aquélla se somete más a normas que lindan con la fisiología y la psicología que con razones de carácter político y social. Nada hay en su línea que recuerde a clásica conducta de conseguir el apoyo por la vía del convencimiento intelectual.

El comunismo soviético ha saltado las fronteras de la soberanía personal y se ha aprovechado de los resultados científicos de la moderna fisiología cerebral. Ha sacado conse-

LITERATURA SOCIAL

LOS ESCRITORES ALEJADOS

y II

A prosa de Ramón Nieto es metódica y pulida cuando la acción se lo permite, poética cuando la situación lo requiere; así como rigurosamente desnuda en cuanto lo exige así la crónica relatada. Ni apasionamientos ni turbias objetividades. Una descripción, una constatación, una narración simple y serena. He aquí unas novelas sociales que no dejan de ser estrictos productos literarios.

«Intelligentsia»

Esos casos—y algún otro, naturalmente—son, como decía, excepciones magníficas. El resto es bastante desolador. De un modo general puede decirse que la mayoría de los escritores jóvenes españoles que han querido arraigar en su dintorno, tomar en él la savia de sus obras, están dominados por un inaprehensible enredo de contradicciones. Este grupo—porque no deja de ser un grupo más o menos extenso—posee sus críticos y teóricos particulares, casi siempre dedicados a juzgar únicamente las creaciones de esta pequeña «intelligentsia». Esos críticos preconizan, por un lado, la poesía de alcance social y solicitan, por otro lado, la participación del lector en el desentrañamiento de complejas fórmulas expresivas. Recordemos que José María Castellet, por ejemplo, es autor de «La hora del lector» y del prólogo a una antología de poesía social realizada por él mismo. Por otro lado, estos escritores que persiguen algo así como la comprensión universal, se encierran en angostísimos círculos excluyentes. Para ellos no hay más verdad ni más belleza que la de las obras de una determinada—¿determinada?—ideología de base. Lo demás son resabios burgueses, supervivencias a destruir, cursilerías retóricas. Olvidando que lo burgués es, precisamente, el clan, el excluyentismo.

No hay nada que oponer, verbigracia, a que un buen poeta hermético, situado en la línea de Eliot, como el Carlos Barral de «Metropolitano», cantor de la «desafección» del hombre, renuncie luego a esa fórmula y a ese pensamiento archiminoritario y reniegue incluso de su propia situación social y su ascendencia, aunque esto último sólo sea de manera teórica, «poética». Pero si resulta bastante extraño que los nuevos libros creados por él después de esas renunciadas se sigan asentando en premisas cultas, y estén también llenos de procedimientos eliotianos tales como el de intercalar fragmen-

tuencias políticas de las estructuras fisiológicas del sistema nervioso central. Su primer paso ha sido llevar al absurdo todas las concepciones que hablaban de un «alma soberana», de un «conocimiento dominante», de un «espíritu», y finalmente ha convertido al hombre en un esclavo de la técnica, utilizada aquí por el implacable aparato de un Estado totalitario.

Todas estas prácticas se encuentran en íntima relación con la obra científica de I. P. Pavlov, el fisiólogo ruso y premio Nobel, que murió en 1936, a la edad de ochenta y seis años, y a quien el Estado soviético dejó trabajar e incluso protegió en sus investigaciones, aunque él sabía no profesaba ninguna simpatía por el comunismo. De todos son conocidos los famosos experimentos de Pavlov con sus perros, a los cuales, por una serie de procesos educativos y de adiestramiento, conseguía hacer variar de carácter. Tanto la conducta del perro como la del hombre están ampliamente condicionadas por los reflejos que se introducen en la primera niñez, es decir, por los «reflejos condicionados».

La sociedad comunista totalitaria, que rehúsa al individuo la libertad y la soberanía, utiliza en su lucha, en gran medida, los resultados conseguidos por Pavlov para influir sobre la personalidad humana. Estos procedimientos utilizados ampliamente en las zonas sometidas, como lo demuestran las gigantescas deportaciones, los «lavados de cerebro», las «confesiones», etc., se tratan también de emplearlos incluso contra el mundo libre. En seguida surge la pregunta de hasta qué punto puede conseguir sus fines en una sociedad a la que no puede someter por el poder. Ahora bien, aunque no pueda ejercer una abierta violencia, los procedimientos pueden acomodarse también para que dejen sentir sus efectos sobre el mundo occidental.

Un análisis de la política del comunismo soviético revela hasta qué punto ha utilizado las posibilidades de la estructura psicológica para la política de la «coexistencia pacífica» y cómo los métodos de lo que podíamos llamar «shock» y «tranquilización verbal», es decir, de «repulsas» y «seguridad», han sido empleados permanentemente.

También con Alemania los soviets han utilizado los experimentos de la técnica de los reflejos. Basta pasar revista a la historia de las negociaciones de Berlín para contemplar con la máxima claridad toda una conducta que somete a continuo choque nervioso la resistencia aliada, y que luego, en el momento de máxima tensión, inicia un proceso de suavización, y así continuamente con el fin de llegar a los estados «transmarginales» de que habla Pavlov y en los que ya no rige adecuadamente el cerebro y, por lo tanto, se puede ejercer sobre el mismo una acción condicionada por las intenciones que se buscan. Hoy los soviets practican toda una política científica que exige la máxima atención, y esta guerra contra el cerebro de los occidentales, una guerra sin cañones ni bombas es mucho más peligrosa que la guerra atómica.

Es evidente que las enseñanzas del filósofo de la guerra, Carl von Clausewitz sobre la relación entre guerra y política se han convertido en una parte esencial del comunismo soviético. La estrategia y la táctica del marxismo-lenin-



Albert Comus

tos ajenos en alemán. Confieso mi incapacidad para advertir el cambio, a no ser en el hecho de que el Barral anterior parecía más convincente, por ser más convicto. Lo de ahora produce una impresión de cosa híbrida, impuesta, forzada por las circunstancias. Pero esto ya son suposiciones gratuitas y personales.

La nómina de los escritores de tendencia indeterminada públicamente, pero que se engloban a sí mismos en la sedicente «literatura social», es bastante extensa. Algunos de ellos son excelentes escritores, en la acepción noble de la palabra. Otros no lo son tanto, y más bien parecen productos del ambiente que les presiona. Y los hay que de escritores sólo tienen lo que puede proporcionarles el abstracto verbo «escribir». Pero estos no nos interesan, ni ahora ni nunca. Nos referimos a los otros, a los de altura. Entre ellos, los poetas—desde los veteranos Celaya y Blas de Otero hasta los bisoños de las últimas hornadas—prosaizan su mensaje para hacerlo llegar hasta el confin, sin conseguirlo. Los autores dramáticos, por su parte—que son muchos menos—producen obras de notoria ascendencia libresca que nunca podrán llegar a los públicos españoles, porque los problemas que plantean son más

propios de Checoslovaquia o de Polonia, y porque las reacciones y actitudes de sus personajes son absolutamente incomprensibles en un hombre español (¿recordáis «El pan de todos» de Alfonso Sastre, cuyo protagonista, un «puero», como los de Sartre, Camus y Andreiev, es capaz de matar a su madre por fidelidad a la idea?). En cambio algunas obras, jóvenes y valientes, de verdadero teatro social, que nos plantean temas españoles y cuyos personajes son los de nuestras ciudades—«La camisa», de Lauro Olmo, y «Los inocentes de la Moncloa», de José María Rodríguez Méndez—, han sido directamente desdeñadas por los portavoces de esos grupos cerrados sobre sí mismos ¿Por qué? Acaso porque no están adscritas a ningún compromiso determinado. Magnífica excepción, también, son un par de dramas de Carlos Muñoz, farsas de ciertos dejos expresionistas, que tampoco podrán alcanzar el objetivo que pretenden entre las gentes a las que parecen ir destinadas, porque les hablan en un lenguaje para ellas incomprensible.

Distanciación popular.

En cuanto a los novelistas autoapellidados sociales, su campo de contradicciones es más extenso aún. Es cierto que se esfuerzan en no hacer «literario» su lenguaje; en aplamarlo, en adocenarlo, hasta conseguir resultados asombrosos; unos por voluntario afán de popularización y otros por verdadera incapacidad para escribir correctamente. Tendrían que llegar a las masas con sus novelas. No sé si pecaré de ingenuo, pero me parece que ése es su inmediato objetivo. Ya sé que no pretenderán ser leídos por los faquines de los puertos, por los mecánicos ajustadores, por los albañiles de las ciudades o por los braceros del campo andaluz. Pero supongo que esperarán conmovir las conciencias de los dirigentes de esos obreros y de los feudales propietarios de esos campesinos. Sería curioso, no obstante, hacer una estadística. Casas editoriales, como Destino o Seix-Barral, podrían ofrecérmolas. ¿Hasta qué punto se han vendido las novelas de Hortelano, de López Salinas, de López Pacheco, de Cabot, de tantos otros? Los relatos de Juan y Luis Goytisolo, ¿han conseguido la audiencia pública que buscaban? Según mi directa observación no ha sido, ni mucho menos, así. Entonces, la paradoja se nos viene de nuevo a las manos. Es un viejo precepto crítico, que nunca ha dejado de estar vigente, el de que cada obra de-

nismo se cobijan bajo la sombra del famoso prusiano. Esta vinculación se encuentra ya en los mismos fundadores de la ideología marxista y sus trazas aparecen continuamente a través de Lenin y de Stalin.

Guerra y política

La dirección soviética de la guerra se apoyaba esencialmente en la idea de Clausewitz de la que la conducción de la guerra debe estar condicionada por la situación política que ha de suceder al fin de las hostilidades. Las operaciones soviéticas se orientaban, por lo tanto a la consecución de que el comunismo se estableciera en Europa central y oriental. Si se quiere un ejemplo evidente piénsese en la actitud de los soviets ante el alzamiento de los nacionalistas polacos en Varsovia. Si los occidentales hubiesen aprendido las enseñanzas de Clausewitz en la segunda guerra mundial su situación sería hoy mucho más favorable. Los soviets, desde Lenin y Stalin, afirmaron que las operaciones militares deben subordinarse a las concesiones políticas. Ellos no querían solamente la derrota de Hitler, sino el conseguir, de acuerdo con sus ideas expansivas, una serie de bases en Europa central. Para Eisenhower, por ejemplo, que aseguraba que no había leído jamás a Clausewitz, Berlín era sólo un punto geográfico sin importancia estratégica. Stalin vio algo más y comprendió las consecuencias políticas que podían desprenderse de su posesión. Los soviets ganaron la guerra a Hitler y consiguieron al mismo tiempo disponer de toda una serie de Estados satélites. Esta cosecha política era el resultado de su victoria militar. En sus operaciones militares últimas se configuraba ya la futura estructura de Europa oriental. Los Estados Unidos ganaron ciertamente la guerra, pero la democracia fue rechazada más allá del Elba, Rusia ganó la guerra política y militarmente; los Estados Unidos, la ganaron militarmente y la perdieron políticamente, no sólo en Europa, sino también en Asia.

La política americana de la guerra se sometía a las normas de poder y de destrucción. Ahora bien, ya Clausewitz había señalado lo falso que resulta una guerra falta de toda política y sometida exclusivamente a estos requisitos. Y por esta carencia de miras se produjo la gran falta de Occidente, consistente en desconocer el principio de expansión que contenía en el comunismo soviético, algo que tenía sus justificaciones ya anteriormente, pero que no había encontrado la oportunidad de manifestarse fuera del territorio soviético y que pudo revelarse gracias precisamente a la ayuda de sus aliados democráticos. Y todo esto fue posible porque los occidentales sólo habían visto la guerra desde un punto de vista estrictamente militar y porque consideraban que la introducción de un proceso político como continuación de las operaciones militares constituía una ingenuidad extraña. La segunda guerra mundial no hizo más que confirmar las teorías de Clausewitz.

be ser juzgada de acuerdo con la relación que existe entre lo que pretende y lo que consigue. Pretender, por lo tanto, llegar a la mayoría y lograr únicamente ser atendidos por una exigua «élite», no deja de ser una evidente nota negativa.

Visión parcial de la vida

Aparte del hecho de que las gentes sencillas españolas son más inclinadas a otro tipo de fantasías literarias—por suerte o por desgracia, que ése es otro cantar—, los escritores de última hora, que pretenden dirigirse a ellas con renovadores mensajes para provocar su «toma de conciencia», suelen partir con harta frecuencia de puntos estrictamente erróneos. Ellos, que niegan toda otra clase de literatura o poco menos, y que ponen sobre sus cabezas los postulados del realismo a ultranza, cuando se enfrentan con un tema concreto lo hacen, salvo raras excepciones, dando cara a una sola faceta de la realidad; esa realidad que, como decía Vauvenargues, es siempre prismática. O dicho de otro modo, esos escritores abordan un tema preciso por el lado que más les conviene, despreciando, conscientemente o no, aquellos otros lados que, sumados, darían el prisma completo. Este hecho, visible en muchas de las novelas a que nos referimos, lo es más aún en algunos reportajes o informes realizados por los escritores vocacionalmente sociales. Así, por ejemplo, aquellos «Campos de Níjar», en los que Juan Goytisolo quería ofrecernos un testimonio directo de la verdadera Almería. O así, también, en aquel «Caminando por las Hurdes», escrito por Armando López Salinas y Antonio Ferrer en unas andariegas vacaciones por la serraña que separa Cáceres de Salamanca. Ambos libros, bastante considerables en algunos de sus aspectos—sobre todo el de Goytisolo, que es la mejor escrita de sus obras—, poseen una común limitación: Sus autores han visto bien... sólo lo que han querido ver. Es decir, que tanto Goytisolo como López Salinas y Ferrer, más atentos a unas coerciones o a unos propósitos apriorísticos, adquiridos antes de emprender la obra, que a testimoniar verdaderamente lo que han visto, no han conseguido analizar ni profundizar todas las dimensiones del inquietante tema. Claro que han dicho verdad; pero sólo una parte de la verdad; y la verdad a medias ya no es la verdad absoluta, como hubiese dicho Perogrullo. La visión de estos testigos, sin duda constreñidos por un propósito inicial, es una visión superficial en muchos puntos, semejante, en cierto modo, a la del turista apresurado que sólo construye sus opiniones de un lugar ateniéndose a los «clisés» facilitados por la agencia de viajes... El resultado de su informe, pues, es de una parcialidad manifiesta; y esa parcialidad resta mucho de su eficacia a los pretendidos «descubrimientos» de unas zonas prácticamente ignoradas de España. (Conozco esas zonas, Almería y las Hurdes, con bastante detenimiento, y no hablo a humo de pajas.) El «parti pris», no demasiado documentado además, achata esos dos libros, les quita eficacia proselitista, los hace sospechosos casi en seguida para el lector desapasionado. Parece como si esos escritores, por otra parte, dirigiesen sus libros a un público ya enterado de antemano, como si ese público existiese en la medida que sería de desear.

En estos testimonios literarios, los defectos de la literatura social se hacen aún más evidentes. Pero no dejan de ser los mismos en la mayoría de las novelas que se publican bajo esa ambigua etiqueta. Son un tipo de obras de difícil enjuiciamiento: si las consideramos como documentos, se nos quedarán cortas, incompletas y demasiado tendenciosas para ser fidedignas. Si las consideramos como obras de arte, no poseen, ni lejanamente, las condiciones precisas para ello. He aquí el problema del lector medio contemporáneo: la poesía es prosaica; la novela, falsa y aburrida; el teatro, ajeno a los problemas del hombre español, etc. Esta verdad sólo lo es en parte; pero en una parte tan considerable, que no nos queda otro remedio que deducir de ello que la literatura social española de los últimos tiempos, al no cumplir los objetivos que inicial y naturalmente se propone, no es literatura social. ¿Que es entonces? No creo que resulte difícil la respuesta.

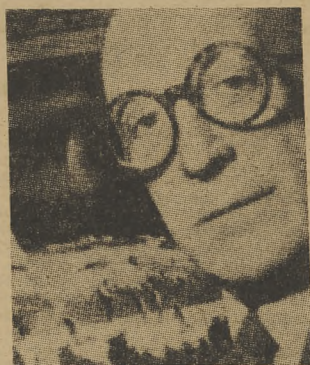
E. S.



Chinchón, anís y toros

Por Enrique SORDO

CUANDO el pasado domingo un buen e inquieto amigo me dió la noticia, confieso que se me llenó la imaginación de recuerdos de literatura negra. La cosa en un principio no era para menos: se trataba de ir a una corrida de toros que se celebraba en Chinchón. La invitación—insoslayablemente tentadora—provenía de la familia Bienvenida; nuestros anfitriones serían don Manuel el «Papa Negro», noble jefe dinástico de este gran clan de finos lidiadores, y Angel Luis, uno de sus seis vástagos, cuya hospitalidad no solamente se ejerció una vez llegados al pueblo del aguardiente, sino que también fué manifiesta en el camino.



DURANCAMPS

Rafael Durancamps, el gran pintor—residente ahora en Madrid para la inauguración de su exposición en las Galerías Cano—, ha tenido la gentileza de ceder a EL ESPAÑOL para ilustrar el artículo precedente, un apunte que tomó en el festejo taurino de Chinchón, y que es característico de su arte incisivo y elocuente. Agradecemos vivamente al gran artista su magnífica aportación.

Sin vacilaciones, pronta e improvisadamente, se constituyó la caravana, ¡curiosa y magnífica combinación de elementos! Además de los maestros, que abrieron la marcha templadamente, como en un paseillo motorizado, hicimos la aventura Ignacio Agustí, capitán de estas páginas; el pintor Durancamps, millonario en plástica y en locuaz humorismo; el siempre azacaneante periodista Marino Gómez Santos, tres damas bellas y gentiles—doña María, Angelines, Peny— y el que suscribe, que entre tanto renombre y tanta belleza no era nadie...

Disculpenme ustedes este conato de eco de sociedad. Pero resulta necesario para entender el estado de ánimo de los viajeros, y el mio propio de manera especial.

Y ahora comienzan las sorpresas, mis sorpresas. Uno ha tratado por casi todos los caminos de España, desde las fébriles tierras del noroeste hasta el derramado sol de Andalucía; desde la virgiliana campiña catalana hasta el ejido inacabable de las dos Castillas. Pero todavía tiene mucho que descubrir. Por eso, una vez cruzado el tumultuario suburbio vallecano y los tesoros pelados y agrietados que rodean ese milagro paramaño que es Madrid, abrimos atónitamente las pupilas para saturarnos de un paisaje finísimo, inesperado en medio de la topografía carpetonética: el valle que el Jarama deja a un lado en esta zona; panorama finísimo, de vegetación ordenada y jugosa, de suaves cromatismos, de una plasticidad cómodamente ondulada. Las femeninas curvas de la carretera nos meten de pronto en Chinchón. ¡Extraño nombre éste, con su fonética rotunda, en un perfil de rectas de desordenadas! Las casas trepan y se pegan a los oteros en planos desiguales.

Y al fin, la plaza. La plaza en su doble sentido: agora municipal y circo tauromáquico improvisado, como en los viejos tiempos de las justas. Inmediatamente, al entrar en el dorado albero, enjazzado con pabellones nacionales, la memoria libresca nos resta algo de la espontaneidad de la visión: literatura noventayochista, apóstrofes encendidos—y secretamente enamorados—de Eugenio Noel, apuntes negros y blancos de Solana, toques crudamente impresionistas de Regoyos, pinturas de Zuloaga. Todo ello en un momento, confusamente acumulado, desorientador en el fondo. La verdad es que muy pronto, en cuanto ahogamos el recuerdo literario en la realidad viva, todo aquello adquirió un color muy distinto. Allí había sol, un sol de oro viejo, regándose por los carros que cerraban el redondeal, por los palitroques que ser-

vían de palcos, por la fachada de la encumbrada iglesia y por aquel asombroso emocionante cuadrado de casitas con balcones corridos, colgados de banderas y rebosantes de un público nervioso y madrugador.

Si, allí estaban también los mozos, con su boquilla y su blusa negra, con la camisa limpia del «remudo» dominiguero, armados de sus tópicos y típicos garrotes. Los mozos, que no querían salirse del ruedo al empezar la lidia, que se colgaban de la barrera y que asomaban por debajo de ella como hurones en su madriguera. Allí estaban los mozos; pero más me parecieron los de Monleón, extrañamente poéticos en su carpetonetonismo, que aquellos otros que caricaturizan y remedan con tanta gracia satírica—y compasiva—mis admirados Herreros y Gila. Acaso fuera por el sol de otoño, o tal vez tuviese culpa el caliente riego valdepeñero que amenizó nuestro yantar; a mi, os lo aseguro, no me parecieron tan tremendos. Ni siquiera cuando vociferaban rehusando la intervención de los picadores o cuando azuzaban y hostigaban a los toretes para que saliesen del chiquero. Había algo rudo, crudo, directo y sin remilgos en el aire; algo antrahistórico, si me permitis la expresión unamuniana; pero nada terrible, ni hosco, ni brutal. ¿Es que los tiempos ejercen también aquí su obligada mudanza o simplemente se trata de la eterna distancia que media entre lo pintado y lo vivo? No sé; tal vez fueran mis ojos. O mejor dicho: nuestros ojos. Porque todos coincidíamos en lo mismo; y una elocuente prueba de ello son esos apuntes tomados «in situ» por con una caótica y paradójica armonía. Durancamps. No podréis ver en ellos nada ardistado ni hostil, sino en todo caso un armónico desorden de líneas.

No estoy hablando de la fiesta taurina en sí. Es cierto. Y eso que la cosa tenía su enjundia; los nombres de Bohórquez, Aparicio, Bienvenida, Bernadó, Valencia, etc., son cumplida prueba de ello. Pero nosotros no habíamos ido a eso. Nosotros queríamos ver algo más: lo que había detrás de todo aquello. Las tierras y las gentes de España en su ambiente auténtico. La verdad de tanta literatura sobre el tema. ¿Lo conseguimos? No estoy seguro de ello. De todos modos luego, cuando nuestros coches regresaron a Madrid y los amenos campos se trocaron en polvo y afanes de suburbio, confieso que me sentí algo desesperanzado. La aventura—aventura interior, quiero decir—terminaba allí, en una taberna arrabalera, con niños jugando al fútbol. Unos kilómetros—yo diría unas leguas—y todo era distinto.

DURANCAMPS EN CHINCHON



En Chinchón, de sobremesa, Durancamps y su esposa en compañía de don Manuel Sánchez «Bienvenida», Angel Luis Bienvenida, Enrique Sordo, Marino Gómez Santos—ambos con sus respectivas esposas—e Ignacio Agustí.

El pintor Durancamps celebró hace poco sus bodas de oro con un gran festejo en Barcelona, que, en líneas generales, reprodujo, ante los muchos amigos que tiene, la ceremonia y los banquetes nupciales de la fiesta de su epitalamio, ya antigua, de medio siglo. Ante más de cuatrocientos comensales, Durancamps y su esposa partieron una tarta monumental y bailaron un tango de los años quince, aquellos tangos cuyos pasos de danza eran no menos de treinta y seis y cuya coreografía no tiene nada que envidiar a los «madison» actuales. Con ello, y sin propósito deliberado, nos venía a demostrar Durancamps algo que debiera ser muy tenido en cuenta en nuestra época: que para ser un gran artista no se precisa de alteración alguna de las normas y estructuras que están en la base de nuestra sociedad familiar, tradicional y ortodoxa. Los genios con cuatro esposas sucesivas que habitan Colliure o París, los publicitarios gérmenes de toda desintegración social, personificados en los escritores o en los pintores que salen frecuentemente en las páginas de los «magazines», podrían exactamente haber logrado su notoriedad como artistas sin necesidad de habers-

exhibido con «nimphetes» o cambiando de esposa, de escuela o de filosofía a cada paso.

Lo concreto y lo abstracto

Durancamps, expeditivo, dialéctico, caudaloso y ruidoso, sigue la línea de una tradición, a pesar de que sus formas sociales parezcan a veces consecuencia de un torrente incontrolado, de la explosión de un volcán o de un tumulto geológico.

En lo que concierne a su estética, aspira a una simplicidad elemental, a una transparencia absoluta.

—Yo no siento la necesidad de añadirle metafísica al panecillo—dice.

Sin duda, Durancamps se refiere con ello a la pureza misma del arte auténtico. Pero quizá esta frase indique la prevención que siente por el lenguaje cifrado de algunos críticos de arte que, cuando se trata de expresar un criterio, rizan el rizo de la filosofía y se alejan de cualquier sintaxis coherente y expresiva.

—Como hay algunos que pintan abstracto—dice—, a la fuerza ellos tienen que escribir «abstracto».

Toros y paños

Ahora Durancamps, como continuación de las conmemoraciones cincuentenarias de su tálamo, va a exponer en Madrid un conjunto reciente de sus obras. La tierra aragonesa y castellana hallan en él un intérprete atrevido y poderoso. A los setenta y pico de años, la pintura y el carácter del pintor catalán son los de un muchacho de veinte.

—En mi casa no querían que yo pintara—le decía a don Manuel Sánchez «Bienvenida», en Chinchón, el pasado domingo—; querían que fuera fabricante de tejidos. Es como si a usted le hubieran dicho que en lugar de ser torero tenía que ser conserje.

Durancamps y don Manuel «Bienvenida» trabaron una cordial simpatía.

—Yo le vi torear a usted con Vicente Pastor—tronaba Durancamps a la hora de los postres.

—Eso ya queda del tiempo de su fotografía de novios—contestaba don Manuel, a quien previamente el pintor había entregado una invitación para sus conmemoraciones nupciales, en la que aparece, junto a su esposa, con crechena en mitad de la frente y chaqué juncal.

Los deportes

CAMPEONATO EUROPEO DE AMAZONAS

Ya no se monta «de costadillo», en silla de cuerno con falda plegada y sombrero hongo

Por Enrique GIL DE LA VEGA

El Diccionario dice que «Amazona es la mujer de ánimo varonil»; y en otra acepción, «mujer de ciertas razas guerreras de la antigüedad». Viendo a las nueve bellas damas que se han disputado hace unos días el Campeonato de Europa de saltos de obstáculos en la pista de Concurso Hípico de uno de los clubs que son orgullo de España, el Club de Campo de Madrid, había que desechar lo de la raza guerrera antigua y poner en cuarentena lo del «ánimo varonil», a pesar de que hay algo indudable en la realidad de hoy, y es que la mujer viste como el hombre y monta como el hombre. Uno ha tenido durante muchos años la idea de que la amazona era una mujer que montaba de una forma determinada, obligada por la vestimenta propia de la mujer, que era la falda. Claro que en reproducciones de escenas de monterías, en grabados y pinturas de países donde se practicaba la caza podíamos ver a la mujer con uniforme de montero, pantalones llamados «breechés», casaca negra o encarnada—el «habit rouge» de los franceses— y gorra de terciopelo con visera, como los «jockeys». Pero esto era excepción. Ignoro la evolución de la moda femenina a caballo o con el caballo, pero la estampa que pudo considerarse ejemplar hasta hacer de lo adjetivo un sustantivo fué la amazona típica vestida de mujer. La amazona con pantalones ha podido ser de un ayer muy lejano y de un hoy muy moderno, pero ha prevalecido durante siglos una vestimenta y una forma de montar «muy femeninas». La mujer que quería ir a caballo tenía que vestir conforme a una moral muy exigente, según la moda, que no reparaba en cantidad de tela, con una falda especial de paño negro, y una confección originalmente curiosa, que daba a la dama cierta gracia y donaire. La falda iba como arremolinada, recogida con un pliego lateral que permitía la técnica del bien montar, y ese montar era «de costadillo», sobre una silla de cuerno que los guarnicioneros hacían únicamente para la amazona.

La postura de la mujer era elegante, pero producía asombro a los profanos ver cómo se podía sujetar la mujer a caballo en tal posición, y mucho mayor sorpresa el ver cómo saltaba los obstáculos. Las últimas amazonas que yo he visto en concursos hípicos vestidas así y montando «a la amazona» o «a lo amazona»—que de las dos maneras se decía—han sido las hijas del glorioso General Ponte y Manso de Zúñiga, familia muy aficionada a los caballos y extraordinariamente entendida y apta. La mujer se mantiene en equilibrio con mayor facilidad que el hombre y tiene una disposición de facilidad para sostenerse sin sujetarse fuertemente como necesita el hombre. El caso de la amazona de ayer lo tenemos reproducido en la muchacha de hoy que monta en la moto «scooter» del hombre, sentada en el asiento trasero «a lo amanoza». Hoy, la mujer monta a caballo como el hombre, y con ánimo varonil—como dice la Real Academia—, pero conserva la femineidad. El deporte exige una superación constante, y ya en campeonato—y más si es continental y concurren a él diversos países con sus campeonas—es menester una técnica perfecta que sirva para lograr el máximo rendimiento de la cabalgadura. No se trata de «montar en caballo», sino montar a caballo o, casi diríamos mejor, al caballo, y al caballo se le conduce con las piernas tanto o más que con las manos. La doma se lleva

con las piernas. Los rejoneadores son el mejor ejemplo.

Las amazonas constituyen una estampa clásica en nuestros tiempos modernos. Ellas juntan el pasado y el presente. Se ha dicho siempre que el caballo es el que ha hecho al caballero; no ha hecho nada a la mujer ni para la mujer, y, en cambio, ésta sí es capaz de dar al mundillo hípico una dulzura y una gracia especial sin quitarle dureza ni rudeza al salto de potencia. Lo hemos visto bien en los diferentes tipos de mujer que no ha podido desfigurarse el uniforme de jinete que han vestido todas las que han participado en este Campeonato de Europa. La mujer siempre conserva su finura. Y en femenino estaban desde la campeona, la inglesa Pat Smithe, hasta las últimas clasificadas, las guapas italianas hermanas Sirventi, pasando por las alemanas Helga Kohler y Anna Clement, la Ribeiro portuguesa, la también británica Judy Crago, y la holandesa Tineke Zwolman. Y dejamos aparte a la española Paula Elizalde de Goyoa-ga, porque es un ejemplo de delineación y finura estética, con la sobriedad de esta clase de campeonas. En España, donde estamos acostumbrados a ver un tipo de mujer a caballo en ferias de Andalucía, sobre todo «a la grupa», con donaire y arrogancia que es toda una muestra de luz, color, temperamento y belleza, nos extraña la figura de la «concurrista», de la campeona hípica, que es todo lo contrario: simplicidad, ocultación, «mando único»—no se comparte el caballo con garrochista alguno—. La mujer monta técnicamente, y si el arte aparece es por la plasticidad y espectacularidad del salto, por el peligro—que lo hay—y por la silueta—que es puro dibujo—. Por eso, hoy, que monta la mujer mejor que antes, una concentración de mujeres, de campeonas de la Vija Europa, es una nota curiosa que tenía que adquirir singular relieve en ese Bosque Real de la Casa de Campo, donde los recuerdos palatinos, el pequeño y viejo hipódromo para los caballos del Rey, son capítulos de una historia hípica que no termina.

MENTIDERO Y LONJA

Intermediarios hasta en el fútbol

Estos días ha circulado un rumor en Madrid: Vidal, el medio volante del Real Madrid, que después de una operación de menisco permanece, ya restablecido, pero en el equipo reserva, iba a ser traspasado a un equipo italiano. Un conocido hombre de negocios deportivos parecía interesarse por la ficha del muchacho y ofrecerla a dos equipos de la ciudad de Génova. Y, en efecto, primero el Sampdoria y luego el Genoa, se interesaron por Vidal. Parece ser que han comenzado las gestiones para ver la manera de poder llegar a una operación de traspaso.

El Real Madrid, por medio de su vicepresidente, señor Saporta, ha contestado

NUEVO CURSO DE... BOBINADOR Electricista

(POR CORRESPONDENCIA)

Acaba de aparecer—por primera vez en España—el nuevo Curso Acelerado, por correo, de

BOBINADOR ELECTRICISTA DIPLOMADO

En solo 24 lecciones, que puede estudiar usted, por muy poco dinero, le enseñamos toda clase de BOBINADOS y devanados de motores, de todos los tipos. REBOBINADOS de motores monofásicos y trifásicos. Localización y Reparación de Averías. Prácticas de taller, Esquemas y Cálculos de bobinados, etc., etc.

Este Curso, UNICO EN ESPAÑA, le enseñará prácticamente en muy poco tiempo, todo lo que usted necesita saber para ser un perfecto BOBINADOR ELECTRICISTA, Diplomado.

¡Asegure su porvenir, estudiando nuestros famosos cursos y diplomándose en el Instituto STUDIO!

OTROS CURSOS: Técnico Electricista.—Técnico Montador Electricista.—Técnico Instalador Electricista.—Maestro Electricista Diplomado.—Técnico en Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.

Pida informes GRATIS a: Instituto "STUDIO" Peligros, 4 Apartado 469 MADRID (X)



de manera muy clara a este respecto. Ha dicho textualmente al informador:

«Ningún equipo italiano se ha dirigido oficialmente al nuestro solicitando jugador alguno y mucho menos, concretamente, a Vidal. El presidente de club italiano que quiera enrolar en su club a Vidal, que venga a pedirle, pero sin pasar por jugadores interesados ni por intermediarios.»

COMENTARIO: El Real Madrid ha hecho bien. No es justo que en un traspaso de un jugador un simple intermediario en la cuestión se lleve de comisión casi tanto como el jugador.

Folledo pierde terreno

Siempre fué reacia la Federación Europea de Boxeo para reconocer los méritos de nuestros boxeadores y considerarlos con categorías de «challengers» a un título continental. Hace algún tiempo se dijo que un combate entre Folledo y el británico Mac Cormack serviría para determinar el aspirante de Laszlo Papp, el húngaro que actualmente posee el entorchado continental de los pesos medios. Ni el combate entre Folledo y Mac Cormack se ha realizado y para colmo, resulta que el actual campeón, Papp, se va a medir en París ante el francés Hippólito Annex, un buen boxeador, indudablemente, pero con un cortísimo historial: Como siempre, un favorecido más por el buen trato otorgado siempre por la European Boxing a los púgiles vecinos. Total, que lo más probable es que Annex gane a Papp en París y que, por lo tanto, las aspiraciones de Folledo de llegar al título se vayan alejando cada vez más, porque Annex, conocedor perfecto de Folledo, no tendrá mucho interés en encontrarse en el ring, con el título en disputa, ante el campeón español.

COMENTARIO: Ya es hora de que tomemos muy en serio esta constante puesta en escena de cortapisas a nuestros boxeadores que aspiran a llegar lejos. Young Martín, tratado más injustamente que nadie hasta que, perdió el título; Luis Romero, Ben Ali, etc., son ejemplos de boxeadores que aspiraron a todo y que cuando le otorgaron la oportunidad estaban pasados o, lo que es peor, desmoralizados de tanta espera. Folledo, desgraciadamente, lleva ese camino, y es un aviso a tiempo para que quien tenga la responsabilidad consiguiente haga lo que debe ser justo.

El «affaire» Goywaerts, resuelto

Es necesario hacer un poco de historia en este caso. Fernando Goywaerts era jugador belga del Brujas. Sarossi, entrenador húngaro, fué llamado como auxiliar de Kubala al Barcelona. Sarossi venía de Bélgica y le habló de Goywaerts a Kubala. Este lo llevó a América en la excursión del equipo y aconsejó ficharlo. Total, que así fué. Pero a la hora de la verdad, Goywaerts no tenía sitio en el Barcelona porque el reglamento especifica que pueden jugar solamente dos extranjeros por equipo. El Barcelona tenía el cupo cubierto con Cubilla y Silveira.

El fichaje se hizo adelantando los tres millones y medio de pesetas varios socios del Barcelona. Total, que el equipo catalán reclama pidiendo que se le autorice a jugar en la Copa de Ferias. La Nacional dice que no puede ser. El Barcelona alega el precedente de Chicaco en el Valencia, y la Nacional dice que es distinto, porque Chicaco fichó por el Valencia fuera de plazo y, por tanto, no podía jugar contra equipos españoles en competiciones de nuestro país; pero sí en la Copa de Ferias, porque el Valencia tenía un solo jugador extranjero y el otro hueco lo podía llenar Chicaco.

Así fué. Ahora Chicaco juega porque se inscribió este año dentro de plazo.

COMENTARIO: El Barcelona ha perdido su «chance». No puede tener tres extranjeros en el equipo. El fichaje de Goywaerts que pagaron esos socios debe ser abonado por el Barcelona a éstos. Claro que nunca comprenderemos por qué el Barcelona alineó en partidos de Liga, oficiales, a Cubilla y Silveira. Si quería a Goywaerts debió haber alineado a alguno de los jugadores citados. Era lo viable, pero no se hizo. Goywaerts no podrá jugar en el Barcelona partidos oficiales. Sólo los amistosos.

Filipinas y los yugoslavos

Los próximos campeonatos del mundo de baloncesto van a jugarse en Manila. España está inscrita y ya ha seleccionado a sus jugadores. Lo bueno del caso es que, apenas a un mes de los mismos, ya hay problemas. Y de los grandes. La dificultad estriba en que el Estado filipino está dispuesto a no autorizar la entrada en el país de los jugadores yugoslavos. Estos, como es natural, se han quejado ante los organismos internacionales de baloncesto. Y parece ser que la resolución de este alto organismo será suspender los campeonatos mundiales; pero, en atención a los gastos y los preparativos, autorizarlos sin carácter oficial, como simple torneo. El alto organismo entiende que no se ajusta la decisión filipina a lo programado en el reglamento olímpico. Total, que habrá viaje a Filipinas, pero sin disputa del campeonato.

COMENTARIO: Otra vez han surgido dificultades políticas con el deporte. Y otra vez parece que se efectuarán competiciones sin carácter oficial. Respetando los criterios, debe estimarse que el torneo debía ser organizado previendo las dificultades políticas que podrían darse para evitar llegar a estos extremos. Porque el deporte es siempre deporte.

«Los Seis Días» de Madrid

El día 30 de octubre comenzarán a disputarse en Madrid «Los Seis Días», carrera que tiene bien probada su interés con la asistencia de miles de espectadores durante las ciento cuarenta y cuatro horas que dura la carrera. Aparte la cuestión deportiva, la prueba tendrá su parte de «atracciones», que llamará la atención del público por la variedad de «estrellas», orquestas y artistas diversos que concurren.

Es la gran prueba del año ciclista y doce equipos tomarán la salida el martes día 30. Como favorito figura el cuadro australiano. El español, integrado por Poblet-Boyer, tiene también su «chance».

COMENTARIO: Desde luego, hay que reconocer que, desde hace dos años a esta parte, en el aspecto ciclista, Madrid se ha puesto en un lugar sumamente destacado del ciclismo mundial, pues estas pruebas de «Los Seis Días» parecían sólo reservadas a ciudades como Nueva York, Buenos Aires, Milán, Amberes o París.

Rumania y España, por primera vez

El día de Todos los Santos, Rumania y España jugarán por primera vez un encuentro internacional de fútbol entre sus equipos nacionales absolutos. Se trata del partido oficial correspondiente a la Copa de Europa. España debe ganar aquí y el día 25 de ese mismo mes de noviembre luchar a fondo en Bucarest. Como los rumanos visten de rojo, será España la que cambie de color en Chamartín. Jugará España, por tanto, de azul. En Bucarest serán los rumanos los que cambien.

SARMIENTO

Música

EN TORNO AL CENTENARIO DE DEBUSSY Y A LOS OCHENTA AÑOS DE STRAWINSKY

Por Cristóbal HALFFTER

COMO todavía la temporada de conciertos no ha comenzado en su plena actividad, voy a tratar hoy de un tema que considero lo suficientemente interesante para traerlo a estas páginas y considerar ciertas situaciones que están muy arraigadas en nuestra vida musical desde tiempo antiguo. Más que una crítica, más que un artículo, lo que pretendo hoy es realizar lo que musicalmente podríamos llamar «Variaciones sobre un tema»; el tema de los aniversarios, de las conmemoraciones, de los homenajes póstumos.

★

El año pasado se dedicó el mundo musical a celebrar el primer centenario del nacimiento de Claude Debussy; y nosotros, en España, contribuimos a él con una serie de conferencias y artículos periodísticos, amén de la audición en Madrid —¡al fin!— de *Pelleas* y *Melisandre*, en versión de concierto. Por tanto, para España fué beneficiosa esta conmemoración, ya que gracias a ella, los que rigen nuestra música sintieron la necesidad de dar aunque sólo fueran algunos fragmentos de esta obra maestra de la música contemporánea. Pero a nadie se le ocurrió pensar en las personas que hicieron posible la obra de Debussy; y que, por tanto, hicieron posible el que en aquella ocasión celebrásemos tales actos en su honor; ya que de no haber existido esas personas que le ayudaron, que le alentaron, que le encargaron una serie de obras, que, exponiendo su dinero y su reputación, creyeron en la importancia de Debussy, la obra de éste no existiría, o, al menos, no hubiese podido tener la importancia que hoy tiene para la historia de la música.

★

El ayudar, proteger y alentar, hoy, la obra de Debussy —si esto fuera posible— sería siempre una cuestión fácil y que todo el mundo vería como de la mayor lógica. Pero hemos de considerar que Debussy fué, en su momento, tan despreciado por los organizadores de conciertos como lo son los autores que hoy viven y que hoy producen sus obras. Cuando Albert Carré, director de la Opera-Comique, se responsabiliza de el estreno de *Pelleas*, realiza una acción que nadie en aquel momento, en París, estaba dispuesto a hacer; exactamente lo mismo que muy pocos empresarios, contemporáneos quieren responsabilizarse sobre la inclusión de obras de autores vivos, en sus conciertos o en sus representaciones de ópera. Si *Pelleas* ocupa un lugar privilegiado en la historia de la música contemporánea, se debe, aparte de su valor intrínseco, a que en su estreno se dieron las circunstancias favorables de tiempo y lugar.

★

Los que hoy organizan a bombo y platillo un centenario, como el de De-

bussy del pasado año, no son capaces de organizar otro tanto, por cualquier motivo cronológico o de otra índole, dedicado a algún autor vivo. Se me ocurre el caso de Strawinsky, que ha cumplido este año su ochenta aniversario y que en España ha pasado totalmente desapercibido. Dentro de veinte años se organizarán los actos del centenario de Strawinsky, de los que lógicamente, por ley de vida, él no podrá participar. Y pienso yo ¿No sería mucho más sesato buscar pretexto para celebrar cualquier acto en el que se le invitase y se pudiese influir de alguna manera, para que fuese más cómoda y llevadera su difícil labor de creación?

★

Y se me ocurre el caso de Strawinsky por ser uno de los compositores más importantes del panorama mundial de la música. Pero pensemos en los nuestros, en aquellos compositores españoles que ya han probado sobradamente su valía con diferentes obras que recorren el mundo; a los que parece que estamos esperando ver difuntos para, eso sí, hacerles entonces un gran entierro y un concierto de homenaje, a condición de olvidarlos luego hasta que algún «vivo» se le ocurra, en el año de su centenario, celebrar una serie de conferencias en su honor. Todos los años se presentan una serie de «comentaristas musicales», con su lista de centenarios ante los centros culturales del país, para, en beneficio propio, sacar ventajas de la obra y de la labor de quien es, ya en nada van a beneficiar con sus conmemoraciones. Ciertamente, Debussy seguirá siendo tan importante en el año 1964 como lo fué en el año 1961. Los que hicieron posible esta importancia fueron sus contemporáneos, no los «celebradores oficiales», que actúan como quien compra el billete de una lotería con truco, de la que ya de antemano sabe que va a corresponderle el «premio gordo».

★

No quiero citar nombres, pues están en el ánimo de todos. Muchas veces se me ha dicho que en España falta hoy esa figura de la creación musical, en la que se pudiese entrar la representación más elevada de nuestro pensamiento; pero este es un argumento que, para mí, carece de valor. Creo que a todo aquel que tiene una obra tras de sí, de una cierta calidad e importancia, hay que ayudarle con la misma y total eficacia. Es la Historia la que luego realiza la criba entre todos ellos y encumbra a aquél, o a aquéllos que más méritos tengan. Desgraciadamente me entra la duda, terrible duda, de pensar que si Manuel de Falla estuviese viviendo entre nosotros, ¿se hubiese organizado el estreno de *Atlántida* con la misma resonancia y brillantez con que se hizo la pasada temporada? Desgraciadamente, creo que no.

CHRISTMAS JHERR

Comprando sus felicitaciones de fin de año y propaganda en JHERR será obsequiado con un artístico almanaque 1963 y boletos para el sorteo, en combinación con la Lotería Nacional del 15 de diciembre del corriente año, de un coche

JHERR (FABRICA DE CHRISTMAS) - VELAZQUEZ, 124 - MADRID

¡7.000 MODELOS! DESDE 1 PESETA
EJEMPLAR CON SOBRE

SEAT 600

COMEDIA

UN MAL PASO

Por José MIGUEL VELOSO

SI, un traspies o una mala comedia, como ustedes quieran. Y también, por supuesto, una mala obra del señor Paso. Hemos dicho que con buenas intenciones no se hace necesariamente buen teatro. Y eso cuenta no sólo para el teatro de ideas, sino para toda clase de teatro. La intención del señor Paso al escribir «El mejor mozo de España» es digna de encomio: colaborar al homenaje nacional—bien pobre, por cierto—al Fénix de los Ingenios, acercarnos a Lope, intentar explicarlo e intentar explicar su época, su ambiente, su circunstancia. Laudable y difícil empeño nada conseguido. Yo no sé si Lope sería así o así. El

Paso, amaba a la mujer, a un ideal femenino, pero esto lo sabemos porque Lope se cansa de repetirlo, no porque ninguno de sus amos presentados en escena—ni de aquellos, numerosos, a que se hace alusión—nos indiquen en Lope al buscador de la mujer, sino simplemente al buscador del placer momentáneo.

La obra del señor Paso es mala, rematadamente mala. Y no porque se falte en ella al respeto al mismo Lope, a Góngora o a Quevedo—que se manifiesta también con atinadas expresiones chabacanas, como cuando asegura que tiene «mala uva»—, porque eso de faltar al respeto es muy relativo; es mala porque el señor Pa-



Carlos Lemos y Carmen Bernardos, en «El mejor mozo de España».

señor Paso es muy dueño de presentarnos «su» Lope, porque cada uno somos alguien distinto para las diferentes personas que nos conocen. El que en definitiva sabe qué y cómo somos es Dios. Pero en la medida en que los hombres podemos conocernos los unos a los otros hay siempre «algo» que «alguien» no puede ser; hay virtudes o defectos que de ninguna manera puede poseer el conocido. Lope podía ser todo cuanto dice el señor Paso, lo que no era de ninguna manera es un chisgarabís; lo que no podía ser en absoluto Lope es un personaje de la peor tradición revisiteril; lo que Lope no podía radicalmente ser es un chabacano como nos lo presenta el señor Paso.

El hombre que escribió el soneto de los efectos del amor—muy bien dicho por el señor Lemos—, no podía hacer el chiste de decir a la nueva criada de su casa, previo palparla convenientemente y de preguntarle de dónde es y responder ésta que de Extremadura, que «lo de extrema ya se verá, en cuanto a lo de dura...»

Esto es lo que no podía ser Lope. Pero vamos a lo que el señor Paso dice que fué y que tal vez fuera. Ahí es donde está el traspies y el mal paso, la mala comedia. Todo cuanto Lope es, según el señor Paso, lo sabemos porque el propio Lope o sus amigos o enemigos nos lo cuentan, no porque lo «amos, no porque su actuación esté de acuerdo con esta manera de ser. Es Lope quien dice en la comedia que él es una contradicción; pero el Lope que vemos no es ninguna contradicción: tiene una clara línea de sinvergüenza sin adversativo alguno. Lope dice el señor Paso, era un místico pero esto lo sabemos porque nos lo cuenta sus amigos, no porque el comportamiento de Lope en la comedia nos revele el menor misticismo. Lope, según el señor

so no ha conseguido lo que presumiblemente quería, y lo que ha hecho es valerse de unos personajes convencionales para cargar el diálogo con expresiones alusivas a cosas de hoy, a chistes de más que dudoso gusto, a ver si con ello acertaba una vez más en la diana del éxito de público. Pero esta vez no lo ha conseguido, por la sencilla razón, insistimos, que la obra es mala.

Yo no fui a ver «El mejor mozo de España» el día del estreno (cosa que en beneficio de mis lectores, si es que los tengo, pienso seguir haciendo mientras pueda, porque el día del estreno—ya se sabe—el teatro está lleno de amigos y de enemigos, cosa que no ocurre en los demás días, y hay muchos nervios en el escenario), no fui el día del estreno, sino un sábado cualquiera por la noche, y el teatro estaba medio lleno, y el público, en su mayoría, ni se reía con los chistes procaces y chabacanos que se sucedían en la escena, ni seguía los aplausos iniciados por la «claque» (muy mal distribuida, por cierto).

El señor Paso se ha remitido... veces—y con razón—al juicio del público, y ha hecho suya aquella cinica frase de Lope de hablar en necio al vulgo, puesto que es quien paga, para darle gusto. El público, señor Paso, no es tan necio. A veces va a ver necesidades, y es normal que así sea, porque las necesidades pueden ser muy divertidas; pero suele reaccionar contrariamente cuando se le quiere dar gato por liebre. Por eso ha desertado del Alcázar, a pesar de que la compañía es excelente, la dirección de Luca de Teña muy buena y los decorados de Burgos acertadísimos.

Con «El mejor mozo de España» el señor Paso ha dado un traspies—y grave—en su triunfal carrera teatral y ha escrito una mala comedia. «El mejor mozo de España» es, en fin, un mal paso.

LA JUVENTUD Y LOS JOVENES AUTORES

NO hay cosa peor que aprenderse las cosas de memoria. El mal estudiante repite lo que está escrito en el libro de texto, sin haberlo hecho suyo, sin haberse parado a considerar lo que lee, a recrear los razonamientos, a preguntarse el por qué de las conclusiones. En el autor—teatral o no—este vicio es mortal de necesidad. En este caso no se trata de repetir lo leído en un libro de texto, sino de repetir un clisé, tomado no se sabe muy bien de dónde ni de qué época, sin pararse a considerar si ese clisé es válido o cierto. A eso se llama caer en el tópico.

CAER en el tópico es cosa mala, porque demuestra falta de ingenio, de perspicacia, de inquietud, de curiosidad. Pero si el tópico en que se cae es un tópico fuera de lugar y de tiempo, entonces caer en él no es solamente cosa mala, sino cosa mucho peor.

LO de «la juventud de hoy día es muy mala y no es como la nuestra», es un tópico que se repite de generación en generación. Con los años se va formando una barrera—para algunos—entre los que tienen pongamos, veinte años menos que nosotros y veinte años más y nosotros mismos. Superada la cuarentena, veinte años para abajo la barrera aumenta y disminuye veinte años para arriba. Esto es así y resulta muy difícil cambiarlo radicalmente, aunque cada vez la comprensión es mayor entre todas las edades porque cada vez hay menos «viejos». Pero ¿y jóvenes?

AHORA el fenómeno del tópico de lo mala que es la juventud se produce por lo visto, en otra edad. Y se produce precisamente, entre los jóvenes. Los jóvenes autores son los que dejan a la juventud de hoy como no digan dueñas. Lo peor es que, como no pueden decir aquello de «en nuestra época las cosas eran mejor», se dedican a pintar a su propia generación como un atajo de imbéciles alcoholizados, cretinos y sin corazón.

TODO eso viene a cuento de «Alrededor de siempre», obra del señor Moncada, autor novel y que cuando estas líneas aparecían había abandonado el cartel del Infante Beatriz. Pero no obsta esta ausencia de la obra, creo yo, para tratar de este tema, seriamente preocupante «Alrededor de siempre», como obra de teatro no es nada. Ni buena ni mala, sino todo lo contrario. Tres épocas—el 1900, los años veinte y ahora—alrededor del amor. Bueno.

LAS evocaciones del amor en el fin de siglo y en los años veinte son graciosas y tienen un pase. Pero cuando llegamos a lo que según su autor es el amor en nuestra época para una muchacha y un joven, creemos haber dado un salto atrás en el tiempo y encontramos ante un número de «Estampa» o de «Ahora», revistas que leíamos cuando éramos adolescentes. Nos hallamos ante el tópico y lo que es peor ante el tópico fuera de tiempo.

POR los años treinta aparecían en aquellas revistas—y en muchas otras publicaciones—deliciosas entrevistas con grandes estrellas de la pantalla y actores del teatro que contestaban a esta pregunta: ¿Cree usted en el amor? El amor estaba en entredicho; el «flirt», en su su apogeo. También se hablaba mucho de Voronof y de sus glándulas de mono.

ESA muchacha y ese chico de «Alrededor de siempre», representantes de la juventud de hoy paradigmáticos en la intención del autor, tampoco creen en el amor. Y beben. Tienen sobre todo ella, eso sí, un poco de angustia vital para que se note la época. Pero en el amor no creen, aunque practican asiduamente las relaciones sexuales. ¿Se ha parado en considerar el señor Moncada si esto es así? ¿Por qué acepta clisés—y como él muchos—que nos presentan a la juventud de nuestros días quemada, insensible, amargada, amorosa? ¿No le sería más conveniente, a él y a otros autores jóvenes, abrir los ojos y contemplar sin prejuicios la juventud que les rodea?

CUANDO se ha visto—en general en todo el mundo—una juventud más consciente que la actual? ¿Cuándo la juventud ha sido más laboriosa, más seria, menos alborotada? ¿No está pecando acaso nuestra juventud de demasiado respetuosa? ¿No canta una excesiva profusión de boleros y otras canciones italianas francesas, españolas, americanas, que tienen como tema el amor, a veces incluso demasiado empalagosas? ¿No ha inventado, o aceptado—para el caso es lo mismo—los bailes más decentes del siglo, como el «twist» o el «madison», e incluso el «rock-and-roll», despreciando el «balle agarrado», el tango procaz, la excusa para el contacto continuado y excitante con la pareja? Nuestra juventud no se juega el dinero, nuestra juventud no bebe, nuestra juventud no trasnochaba; nuestra juventud trabaja, y se casa, y quiere, y es leal y generosa. Y no solamente la nuestra, sino la de todos los países civilizados. Sólo una minoría se puede permitir el lujo del ocio corrompido. Sólo otra minoría, como siempre, ingresa en las renovadas filas del hampa.

NUESTRA juventud, si peca de algo, es de excesivamente ambiciosa, pacata, seria y respetuosa. La querriamos ver con algo, bastante, más de rebeldía. Y confirma cuanto decimos el que quienes la ponen de chupa domine son precisamente los autores jóvenes. Acaso porque no se atreven a rebelarse contra ese clisé de la mala juventud—que parece confeccionado por las «personas mayores»—por un exceso de sumisión y de respeto.—J-M V

EN LAS TABLAS

Enrique Guitart, que voló hacia Buenos Aires para proseguir allí su interpretación de «Las manos de Euridice», encabezará un festival a beneficio de los damnificados de Barcelona, en el que intervendrán la mayoría de los artistas españoles que actúan en Buenos Aires.

Muchos de los teatros de bolsillo se hallan instalados en locales subterráneos o semisubterráneos. Lo cual no deja de tener

algunos inconvenientes. En el despacho del empresario de uno de estos teatros—en Madrid—han crecido tres magníficas setas al amparo de una favorecedora humedad.

Ciento setenta millones se requieren para concluir las obras del teatro Real de Madrid, y ciento treinta y cinco más para la instalación eléctrica.

«Las riendas en la mano», de don Lorenzo Guardiola Tomás, médico de Jumilla, ha obtenido el premio de teatro Ciudad de Valladolid (25.000 pesetas). Al concurso se presentaron cincuenta y tres obras, de las que pasaron ocho a la votación final. «Las riendas en la mano» consiguió seis de los ocho votos del jurado.

Cine

La Semana Argentina

EL cine argentino acaba de ofrecernos uno de esos modestos festivales en los que Madrid tiene cada año ocasión de ver un fugaz panorama de la producción de ciertos países a través de películas de las que, sobre todo si son importantes, quizá no vuelva a oír hablar. Para los cinematográficamente débiles lo peor de estas «Semanas» es que tengan siete días. Figurémonos una semana española con Plácido y seis puntos suspensivos... Los argentinos han salido discretamente del trance, y esto es ya un elogio.

Por lo pronto nos han ofrecido variedad en las épocas y en los estilos. Del lado de la vieja Argentina, Fin de fiesta, de Torre Nilsson, es la historia de un cacique de «partida de la porra», de un dictador a escala provincial como los que ilustraron nuestra política hasta el primer cuarto de este siglo y nuestra literatura desde Estébanes Calderón al valleincañesco Ruedo ibérico. Historia interesante, medianamente contada. Falta matiz, y el simple agregado de secuencias no articuladas como expectación hacia momentos de especial intensi-

ce Borges—, por intrincada y populosa que sea, consta en realidad de un momento: aquel en que el hombre sabe para siempre quién es. El «hombre de la Esquina Rosada» se sabe de pronto otro, enajenado, instrumento y vehículo de la venganza de quien ya no existe, y a su pesar quema la vida en la hoguera a que le empuja un destino que de repente se le revela como un rayo. Hay rasgueo de milonga, contrapunto de cuchillos y mujer de besos trágicos. «Quien te puso Lujanera...» René Múgica ha hecho un trabajo redondo, brillante, aunque en la eterna pugna por expresar lo literario con medios que le son ajenos, el agua del manantial se nos escapa una vez más, y en momentos decisivos, de entre las manos.

Ya sin evocaciones, la variedad subsiste. Delito, de Pappier, es una discreta película de acción, con algunos fallos interpretativos y, sobre todo, literarios. El rufián, una historia folletinesca, «increíble, pero cierta», contada con la técnica infalible de Daniel Tinayre, una de las buenas máquinas de hacer cine que andan por el mundo. Pero está, sobre todo, Tres



★ Aspecto del cine Palacio de la Música, de Madrid, el día inaugural de la Semana Argentina.

dad acaba por resultar monótono. La figura del cacique, la reconstrucción de la Argentina del siglo liberal—ese siglo a punto de sucederse a sí mismo—, con su ambiente anticlerical y la estrecha visión de sus clases conservadoras, tienen calidad. Las imágenes son casi siempre excelentes. El diálogo, en cambio, sale pocas veces de una opacidad monótona que contribuye a la general sensación de «prisa», rematada por los atropellos en off de un mal lector.

El hombre de la Esquina Rosada nos trae la voz de Jorge Luis Borges, una de las que más cuentan hoy en el mundo cuando se habla de quienes escriben en español. Su relato se sitúa en la Argentina que alcanzó a ver Blasco Ibáñez, entre el imperio ya crepuscular del gaucho y el montante y capitalino del «compadrito». Es un cuento de payador, una estampa de esa poesía gauchesca que tanto tiene de romance fronterizo, pero vista por quien ha reivindicado vivamente el «derecho» a la tradición europea. Hay una notoria estirpe unamunesca en el mundo de Borges, ese mundo que con tanta facilidad ignora las cárceles del alma y la ve transmigrante, usando de la materia a su antojo por la pura fuerza del espíritu. Ni en esta peripecia, tan pegada a la tierra, dejan de ser los hombres, en última instancia, sueños unos de otros en la gran cadena que va a perderse en un posible Gran Soñador. O, mejor, pensamientos, porque «pensar» es verbo clave en el principio del universo borgesiano. «Cualquier vida humana—di-

veces Ana, el mensaje de la nueva ola, de la rama argentina de esa juventud que sabe lo que quiere y va a ello por sus pasos contados, de una generación ultrasensata que sólo utiliza la insensatez como materia artística. Y es significativo que Ana sea lo eterno femenino, disparado a la altura que tuvo en Amaris por una gradación—Tierra, Aire, Nube—que lo arranca a este mundo. Claro que la escala es reversible; pero está ahí y es lo que importa. Película bien escrita y muy bien interpretada, el último episodio es de gran calidad. En ella un equipo de menores de treinta años deja constancia de que el cine argentino tiene garantizado el futuro. La influencia franco-italiana por los cuatro costados sólo indica que estos chicos saben elegir sus modelos.

Al optimismo sumo la inquietud que revelan breves estudios como La carrera y Feria; la primera parte de Spilimbergo, un documental pictórico al que le sobran metros y lecturas solemnes, y La pared, un delicioso tema beckettiano, una idea sencilla llena de justeza y agilidad, inscrita en esa zona donde los hallazgos del dibujo publicitario y los del veterano cartoon tienden hoy a juntarse.

Por las muestras, el cine argentino empieza a perder de vista la cruel ponderación de aquel cartel bonaerense de los tiempos del mudo: «Una película nacional que no parece nacional». Y no todos pueden decir lo mismo.

Cesar Armando GOMEZ

Alegres vacaciones



Françoise Sagan

«ESTOY asustado», había dicho Jean Cocteau cuando le preguntaron su opinión sobre el libro; y la autora, como alguien quisiera saber lo que pensaban sus amigos: «No tienen edad para leer estas cosas». Los diecinueve años de Françoise Sagan, su pelo lacio, su aliento de estudiante en pensión, eran el mejor toque melancólico en aquel otoño parisien del cincuenta y cuatro, cuando «Bonjour, tristesse» caminaba hacia los doscientos mil ejemplares y la onda empezaba a romper en playas muy lejanas.

Hay en estas «primeras novelas» de mujeres, ingredientes ya típico de nuestro mundo literario, una calidad emocional, hecha no pocas veces de asombro de sí mismas, que rara vez repiten, pero que ahí nos queda, palpitante como un corazón a la intemperie. El relato de la Sagan no se caracteriza en modo alguno por el naturalismo desbordado de que llegó a tener fama entre quienes no lo habían leído. Precisamente el equilibrio entre la carne y el espíritu, la dosificación, a lo largo de sus capítulos, del instinto y la reflexión, contó entre las mejores bazas del triunfo. Lo que nos asusta en el relato es la perpetua, la inconcebible ebullición de este cerebro de adolescente. Françoise Sagan trae a luz sus personajes, los examina, juzga y clasifica, y aún no puede abstenerse de juzgar y sopesar sus propios juicios y clasificaciones. Busca lo que hay detrás de cada figura y cada hecho, y, no constante con sus hallazgos, pasa a analizar los propios motivos y etapas de la búsqueda.

Esta capacidad de análisis, que produce siempre la sensación de estar de vuelta, cuando no es sino una prodigiosa facultad de recorrer intuitiva y velozmente los caminos; este ver llegar los acontecimientos conociendo siempre sus motivos y sus posibles consecuencias, da a la obra de la pequeña Sagan un sello de frialdad. El relato está exento de pasión juvenil, de sueños adolescentes, de lirismo primitivo. Podríamos decir, paradójicamente, que su autora «no hace novelas» con los hechos, pues una clarividencia aterradora le obliga a verlos como son. El maquiavelismo del complot turbido por la protagonista para separar a su padre de la mujer que intenta, del brazo del amor, introducirse en sus vidas, nos deja entrever el gozo de la autora al levantar esta pequeña obra maestra de cálculo y helada reflexión; al manejar, desde el interior de su personaje, los hijos de unos seres que creen seguir tan sólo el dictado de sus propios y sencillos móviles humanos, de su amor, su deseo, su vanidad.

Esto nos lleva de la mano a la cantidad de autobiografía que se instala en toda obra juvenil. Los años de pensionado de Françoise Sagan; sus estudios, no demasiado serios, y, al fin,

el descubrimiento de un París saboreado, sentido a través de la inmersión en su vida más fácil, están presentes en la trama, incorporados al entorno de la protagonista. Pero su vocación de examen, de búsqueda, le salva de asirse al mero recuerdo, de confiar el ser de su novela a la descripción de lo vivido. El relato huye de las complicaciones y avanza a paso vivo, en línea recta. La novelista satisface su afán analítico buceando en rápidas y profundas inmersiones que no detienen el ritmo de la acción. Los personajes son pocos, lo que le permite desplegar para cada uno todo el lujo de su talento disector. Es en Célie, capaz de comprender, casi de compartir, cosas que aún no ha vivido, donde hallamos el mejor retrato de esta escritora plena de intuiciones a las que logra dar un valor de experiencias. En Célie, que hace suyo los versos de Paul Eluard: «udie tristesse, bonjour tristesse...», esa tristeza que el poeta ve inscrita en las líneas del techo, en los ojos que ama, y que no es sólo pena, pues los labios más miserios la denuncian por un sonrisa.

Un libro, en fin, escrito sin pasión, con más inteligencia de la que podemos tolerar en una adolescente. Pero una novela en la que, al encontrarnos con la emoción, no tenemos el vago sentimiento de haber sido engañados, empujados a ello por un deslumbramiento de artificios. Más bien nos acomete el estremecimiento de pureza con que vemos, de pronto, temblar una lágrima en los ojos que nos miraban friamente.

De todo esto no hay ni sospecha en la película que cuatro años después, con el mundo ya bien saganizado, se sacó de la manga Otto Preminger al reclamo del título. La autora abstraía el contorno. Preminger nos lo da a manos y color llenos, en contraste—fotográfico sólo—con un París en tono de tarjeta postal, que es como más nos gusta. Sus personajes lo pasan demasiado bien en la Costa Azul; y el resultado, con ayuda de la tijera



Juliette Gréco

ibérica, que hasta nos escamotea la verdadera naturaleza de las relaciones de Célie con Caryl—«amour des corps aimables», que dijo también Eluard—es una buena comedia en la que la «tristesse» la canta Juliette Gréco, llegada con urgencia, toda de negro hasta los pies vestida, de las últimas cuevas de Saint-Germain-des-Prés.

C. A. G.

Cuando el viejo SINBAD vuelve a las islas

Por Alvaro CUNQUEIRO

(Ilustraciones de XAVIER BLANCH)



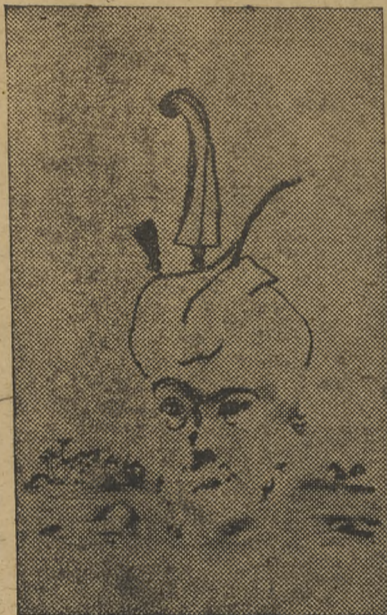
II

LA FONDA ESTA DE PUERTAS ADENTRO, que manda el rey que ningún forastero duerma fuera de la muralla, y lo más de lo que llaman la fonda es un gran patio rodeado de arcadas, y en el medio hay una fuente para la gente y pilón para las bestias. La casa poco más es que una cocina, y en país de moros manda el Libro que se hagan tres fuegos las de las posadas, y que siempre haya agua sazónada con un poco de sal hirviendo en una caldereta, y esta fonda de Bolanda está con toda religión. Desde la cocina, por una escalera de mano, se sube a la terraza, y hay allí cuatro cámana que suban a la tertulia los compradores persas de cuero y sebo, que le huelen mal, y no saben hablar de otra cosa que del arte de la castración, que siguen por Avicena, y que bajo la Ley de la moneda, y de mujeres, y que no creen en nada de lo que se les cuenta, y están entre ellos haciendo higas a escondidas al que relata, y si sale una historia de un viaje por mar, escupen en la mano y dicen que una vez que fueron en una nao vomitaron. Cuando todos los de la tertulia son marineros, entonces Sinbad está contento, manda que levanten un poco el toldo para mejor contemplar los navios amarrados en el muelle, y llama a los presentes por sus motes, o se los pone nuevos, sacados de un hecho de su vida, o alabándoles el puerto en que nacieron al mar, o la nave más sonada que mandaron, y si está presente el viejo Moisaide, lo trata de Almirante y le pasa la primera taza de té, y ablanda en su boca con saliva y polvo de canela las piedras de azúcar indio con que convida al anciano.

En la tertulia se pone Sinbad en dos almohadas, en el medio y medio de la rueda, y deja que los otros vayan sacando novedades de la memoria, y si hablan de tierras que estén cerca, a diez días o veinte de mar, o de sucesos de la villa o del propio país de Bolanda, entonces no dice nada; pero tan pronto como se asoma a los labios de cualquiera de los presentes el nombre de un país o de isla o nación de más allá de Columbo o Canbetún, entonces Sinbad aprieta las rodillas con las manos, y repite en voz alta el nombre lejano, y ya saben todos que va a hablar el piloto de un viaje suyo, de una descubierta famosa, de una rara aventura, de costumbres no usadas.

—A la isla Java, el primero que llegó fué Mustafá al Ormuzi—dice Arfe el Viejo, posando la taza en la que estuvo lamiendo el azúcar del fondo.

Nuestro Sinbad deja que testifique Moisaide, que Al Gari, que es un piloto de Doncada que aprendió de los hindustanías a dormir de pie, y es un pequeñajo flaco que siempre está tosiendo, diga que así que le pase el catarro ha de ir allá y traer sobrado para renovar el calmán y las hierbas de la botica de La Meca, que quiere hacer



que la anterior, y todas van como silbadas, cual música de dulzaina, de re mi a la si. Cogido el viento se va a su golpe muy solazmente, pero hay que entrar en él a tono, con la soplada que le vaya al resonar de la nave, que no todas las naves roncan lo mismo, y hay naves que están en re y otras en fa, y conviene respetarles el afin. Digo que, cogido el zamor, se va suelto en él hasta que se da por pasado Malabar, y entonces os soltáis del zamor y vais con las brisas bengalies a estribor, y hay que arrendarlas antes de tomarlas al rey que llaman Calibo, un emir gordo y colorado que vive de este trato, y que se compromete a dar las brisas cada día, aunque no soplen de suyo, que las hace surtidas cuando quiere con una mano de molinos de viento que levantó en las cumbres de los montes que llaman Baldasin, y en otros molinos aspeados que tiene, de resorte, y suelta el freno cuando quiere, como en juguete de Constantinopla. Y se sabe que son las brisas de Calibo las que se toman y no otras, porque las marca en el lomo, como los vendedores de potros sus greyes en las ferias de Samarcanda.

—Pasé al lado de esas brisas y nunca tal oí—dice Arfe el Mozo, llevando la mano a la frente.

—¡Lo que se aprende!—dice Mansur, frotando el muñón colorado con la mano que tiene.

—¿Y qué se le perdía en Cainam al malik de Sostar? pregunta Ruz el Oscuro, etiope crespo, craso y regoldador.

Sinbad enjuaga la boca con el té ya frío que resta en la taza, hace dos o tres aspiraciones de nariz de las que tiene por costumbre, escupe en el índice de la mano y lo levanta por encima de la cabeza para ver qué viento corre hoy.

aquella obra por su alma fiel, y entonces toma Sinbad el sermón y saca una historia de cuando llevó a Cainám al malik de Sostar.

—¡Ibamos en tres naos, y saliendo de Sostar bajamos a coger el viento zamor, que esta facilidad no la sabe nadie, y la tenía yo de un viaje antiguo, y el zamor es un viento que está partido en sopladas y da seis ráfagas y se detiene un poco, y vuelve y da otras seis, y cada una es más fuerte

—Se puede contar, porque aunque que vive el señor Zafir, ¡gloria a Dios!, donde está retirado, con el viento que hoy sopla, no le llegará ni letra de lo que estoy relatando. Reinaba Zafir soltero en Sostar, y lo más de su tiempo lo pasaba en el ajedrez y tenía innovado en el movimiento de los elefantes, y la familia suya quería que se casase, y dos tias solteras que tenía propalaban a su alrededor la hermosura de las doncellas del país, y de si Fulana tenía un lunar aquí, y que si Mengana era una preciosidad de teticas levantadas, y si Zutana sabía baile y cantaba sostenido, y de los ojos de aquella, del andar de la otra, y de lo callada que era una rubita de doce, que ya parecía que jugase para princesita mandada. Pero Zafir no quería boda, y en los descansos del ajedrez andaba leyendo en un libro en un libro curtubi que enseña que amor no es más que una mirada sorprendida y una palabra que no se sabe decir, no, añadiendo que amor siempre está lejos aunque lo tengas a tu lado, y que no es cosa de buscar, sino palomo que cuando le apetece viene él a la mano, amargo o dulce, enemigo o amigo, veneno o caramelo de licor, y daba Zafir por cierta esta doctrina, a la que apoyaba con algún que otro suspiro y con mandar hacer música en la noche. Por tanto, le apretaban las tias, que eran dos solteronas holgadas y tercas, y venían los jeques de las tribus a llorarle a la puerta de su tienda cada día, que Zafir determinó, aprovechando que yo estaba allí licenciado del Califa, hacer un viaje, y el disanto en la mezquita habló, y dijo que quizá regresase con esposa de aquel verano que iba a pasar en el mar. Navegamos con la ciencia que dije hasta la isla Java, y yo quedaba en la nave almirante sentado de respeto, con el bastón en la mano, y Zafir iba de particular por las grandes ciudades, y pasamos a Cainám, y a los tres días de estar allí, en el puerto de la Nuez Moscada, llegó mi amo de su ronda muy alegre, refrescándose con un paypay, y me dijo que convenía volver a Sostar lo antes posible, y a mis preguntas respondió que quizá encontrara lo que le hacía falta, en cuerpo y alma, pero quería estar en todo a la doctrina de su libro, y probarse con ausencias y ensoñamientos, fatigar el corazón en no dormir, y el habla suya en poesía secreta... Y siendo hora de marea baja, tomé el canal de Malaca deslizado, y de una virada fui a caer contra Columbo, ayudado del monzón antevispera, y con los terrales torcí para Sostar, y por apurar obré lo que hasta entonces nunca hizo ningún piloto mayor, y fué poner dobles las velas, como si fueran sacos, y llenarlas de humo, quemando sobre cubierta maderas finas, y así mi nave iba por el aire, y dejamos a las otras seis meses atrás, y eso que no hubo día que no tuvieran el viento de popa.

—¿Eso hiciste, Sinbad mio?—preguntaba Mostazam, un piloto de Trípoli al que le falta una oreja y no tiene cicatriz ni señal en el sitio, y asegura que nació con ella y la tuvo hasta la edad de veintiséis años, y que no se la arrancaron ni cortaron,

sino que se la robaron una noche que durmió al sereno en el puerto de Calicut, y no se dió cuenta.

—¡Eso no es nada! Zafir desembarcó en Sostar y dijo a los que vinieron a besarle el fleco de la capa que encontrara lo que le convenía, y que iba a estar en espera un año, por ver si andaba en lo cierto, y si no andaba, que entonces les prometía tomar mujer en el país y hacer el heredero pedido sin perder noche. Y corría el año y Zafir adelgazaba, y no dormía ni comía, y pasaba con un poco de pichón con miel, y hasta tenía que echarle yo el orégano que diera con el punto de su gusto, y mi príncipe andaba solo por el desierto y determinaba pasar unas semanas con los pastores, y aburría el ajedrez, y hablaba para sí versos con estribillos secretos, y se quejaba. Fué entonces cuando los ulemas le dijeron en consulta escrita en pergamino de Medina que por mucha que fuese la doctrina que leía en los cordobeses, que se ponía a punto de morir, y esto era contra ley probada. Todo el país gritaba que se casase, y ni le dejaban dormir, y golpeando en su puerta los mozos con cadenas hechas con ajorcas de los tobillos de las muchachas, y con femeninas ropas perfumadas, por si encelaba. Me mandó llamar Zafir, que me tuviera todo aquel tiempo a bordo, pagado y preste, y mantenido de lo mejor, con riñones a la moda y arroz con leche, y dispuso que saliese por el zamor y con velas de humo a Cainám, sin pararme con nadie, y trajese lo más pronto que pudiese la prenda que en aquella tierra dejara, y me daba cartas con doble sello y triple lacre para un tal Pizao, que vivía en la calle de los Cesteros. Fué un viaje de lo mejor, y me salía el temporal que pedía, y daba carreras sin desatar el timón ni recoger trapo, y llegué a Cainám en un mes y nueve días, y fui al Pizao, y aquí empieza la novedad de esta historia. Si no os la contara yo, señores capitanes amigo Mansur, no era para creerla.

Hubo otra ronda de te, y los que fumaban encendieron las largas y trabajadas pipas, y los hornillos eran bermejas mariposas en la hora serotina, posadas en la terraza del fondak.

—El Pizao nombrado —prosiguió Sinbad— no era un príncipe como yo pensara, ni un ricacho, ni un piloto, que era un cestero, y además de cestos hacía veletas volantes, con cola y sin ella, para los muchachuelos de Cainám, y mi malik, Mohamed Zafir Ibn al Sostari, ¡el Señor contemple su espada!, le dejara pagada con tres doblas de Cochín, una grande, de papel chinés azul, y la cola un trenzado de tres vueltas, verde, y la armada de la veleta volante era de bambú rebajado por dentro, que es el mayor mérito de estos artilugios, y esta veleta volante, este pájaro, era la prenda querida, la sonrisa del alma, que me mandaba buscar... ¡Y para eso llevaba yo, en secreto, un colchón de pluma de alondra y un barrilito de agua de rosas!

—¿No había mujer? ¿No descubriera nada a los suyos?—preguntaba Mansur.

—Nada de nada. Y en un pliego que tenía yo que abrir al llegar a Cainám me mandaba que le trajera, secreta, la veleta Zafir nunca había visto veletas volantes, ni síquiere supiera de ellas, y pasmó cuando vió una tomando aires en los oteros de Cainám. Y lo que determinara Zafir era retirarse a una montaña con aquel alegre invento, y dejar el asiento real a un sobrino segundo que tenía. Y dejó todas las mujeres del mundo por una veleta de papel, pero con todo el encanto que tuviese la veleta para su corazón, sin la ciencia aquella amatoria del libro curtubi, en el que vienen las diecisiete figuras tristes que hacen los enamorados y cuanto se goza suspirando, quizás hubiese casado... Eso sí, la veleta iba muy bien enseñada, que por el camino de regreso, y como tenía recibido mandato de tratarla como si fuese la persona misma de Su Alteza Zafir, mi señor, todas las mañanas me arrodillaba delante, como si tuviera audiencia en Sostar, en la tienda emiral, y le contaba a la veleta cómo eran los vientos de Arabia, y cómo cambiaban súbitamente, y de las capas calientes y frías, y de cuándo traen arena y cuándo no, e hicele discurso de las tormentas y catálogo de las aves que conocería en aquel cielo, y también del temperamento de Zafir y de su doctrina exquisita, y me parecía que la veleta volante me estaba oyendo, e incluso, durante algunos días, llegué a pensar si no sería una forma encantada de una doncella hermosa, pero no: era veleta y nada más.

—¿Piensas que un atado de caña y papel chinés entiende?—preguntó un poco airado, quizá dándose por burlado con la historia, Arfe el Mozo.

Anochece. La terera estaba en la trébede y ardía bajo ella, calma y dorada, una braserita de junquiza. Mansur le echó unas hojas de laurel, que chisporrotearon pronto, para espantar los mosquitos. Comenzaba a oírse, en el silencio de la hora, el alegre Iadid, y en los palos maestros de los navios, en los muelles, manos hábiles encendían farol. El guarda de la Puerta de los Perdones daba el «cierre, forastero adentro y noche serena». Sinbad se levantó y le brillaban los ojos entre lusco y fusco.

—Dicho está que no hay palabra que no encuentre su oído, aun en tierra de sordos. Un hilo ahora es blanco y ahora es negro, pero la voz del que enseña al que no sabe es como una oveja preñada.

—¡Salám!—añadió el viejo Monsaide— Y es seguro que haya mujeres más sordas que la veleta de Cainám. ¡Algún día me dirás, Sinbad, los discursos que le hiciste a la prenda del señor Zafir!

Los murciélagos surgían subitáneos en la noche, y pasaban en revuelos por entre los turbantes de los pilotos arábigos en la terraza del servidor Mansur.

III

SE LEVANTO SINBAD TEMPRANO aquella mañanita de mediados de febrero y al salir a la puerta de su casa quedó un rato arrimado a la reja de la ventana, mirando para los almendros floridos del huerto de la viuda Alba, y diciéndose que estaría vigilante, por ver si la viuda salía a baños calientes, y entonces hacerse el encontradizo y echarle un parrafeó, y beber algo de aquellos ojos negros, y cuando llegaran al portal quizás hubiese algo de suerte y le pudiese coger una mano. Esto ya pasara una vez, y



el portal de la viuda está de la otra parte de la plaza, encima de la fuente, y cuando Sinbad le apretaba la mano regordecha y suavizada con enjundia de gallina a doña Alba, como si los pájaros chinos del piloto estuvieran amaestrados, echaron unas cantatas rizadas y tan alegres, que ambos se pusieron en un pasmo, y se dejaron estar en aquella maravillosa caricia por un instante. Cuando le pasó la sorpresa, la viuda corrió a encerrarse en su casa, y Sinbad desde entonces tenía puntos en los que se quedaba medio adormilado, ensoñando. Añádase a esto que vivía solo y era algo sanguíneo.

Cuando llegó Sinbad al muelle, que iba a recomendar al piloto Mostazam —ese de quien conté que le robaron una oreja cuando estaba durmiendo al sereno en Calicut—, una carta para Cochín, que había allí un médico conocido suyo que entendía mucho de vistas nubladas, y la de Sinbad con los años iba perdiendo los resplandores del mundo, y muchos colores se le mezclaban con sombras, y un hilo de plata que se le ponía movido en la visión por veces le hacía tordear como si estuviese borracho, y siempre había vecinos alarmantes y fariseos que corrían famas y echaban comentarios, y Sinbad no podía contar nada sin mirar lo que contaba, y pasaba los ojos suyos por la memoria propia, alineando en ella

las figuras como si tuviera delante un espejo, y tenía la mirada de los imaginativos, que la mitad es para fuera, para la variedad del mundo, y la otra mitad es para dentro, para el gusto del invento, y el calorillo que da al espíritu sacar una historia de nada, de donde están las palabras calladas y confusas que es como no estar. Digo que cuando llegó Sinbad al muelle con la carta para Cochín, estaba preguntando por la villa y si había puerta obligada para los esquinos, un forastero alto nueve cuartas romanas, muy embozado de barba negra y la piel muy pálida, los ojos claros entornados como doliéndose de la luz matinal, y todo el equipaje que portaba eran dos lanzas etiópicas de hierro crudo y la hoja laurética. Sinbad pasó a su lado y lo olió por dos veces, y se fijó en un escapulario que el otro traía amarillo y verde, que es la señal de los proscriptos de Madagascar, y acercándose entonces a él le preguntó en melgacha cortésano por su nombre y de dónde venía. El forastero lo contestó muy fino en arábigo que le agradecía el saludo, que quería ser en la lengua de su escapulario y casi le salía, si no fuese que pronunciaba Sinbad el melgacha por la i, y aquella s que cae al final de cada palabra en Madagascar, esa los nativos la silban. Pero no dijo su nombre ni contó de sus escalas.

Sinbad le anunció quién era él, y quedó algo cortado cuando el otro le respondió que nunca oyera hablar de aquella señoría, eso que podía decirse que lo suyo propio era vivir en los muelles del mundo entero. Se habían acercado marineros y tratantes, y bien vieron que Sinbad iró, colorado, de no verse famoso, ¡y tanto que se decía! Pero nuestro piloto levantó la cabeza, le gritó a Mostazam —quien estaba a caballo del foque haciendo que pescaba un mujel— que no se olvidase de sus letras, y se ofreció cortés al forastero a enseñarle la fonda, y en lo tocante a que no hubiese oído hablar de Sinbad el Marino hasta aquel momento, que bien se daba él cuenta de que un hombre que anda por el mundo con su corazón propio por toda patria y almohada no va a estar con la oreja pegada a las gacetas de los muelles, y que, además, ya hacía nueve años que no navegaba, y sus últimos viajes fueron por partes ocultas e islas que todavía se disputa si las hay o no, no por los tráficos usados de los arábigos, y que vienen tan apuntados en los atlas del Islam, que ya no tiene gracia salir. Sinbad navegara últimamente por hacer mapas de vientos y descubrir más allá de Malaca la hora tormentina.

—¿Qué hora es ésa?—preguntó el forastero.

—Es la hora de la velocidad de los temporales, que están empozados en los mares, sin saber qué rumbo tomar, y quizá, estando alerta, se les pudiera agarrar cuando comienzan a mostrar el pelo, y tornarlos así de las partes habitadas. El mar está por estudiar.

Sinbad llevó al forastero a casa de Mansur, quien lo aposentó en una de las cámaras de la terraza, y pidiéndole que le perdonase, que no era contra el respeto ni falta de caridad, le dijo el huésped al nuevo inquilino que era costumbre pedirles a los que viajaban sin valija una semana de adelanto, y que no miraba mal la Ley esto en lugar poblado. El forastero le agradeció a Sinbad que le tuviese las dos lanzas, y de debajo del escapulario sacó una bolsa, y en la bolsa tenía unas pinzas de concha de tortuga, y con ellas tomó muy delicado una moneda de oro y la dejó caer en la arena roja de la terraza.

—Perdona —le dijo a Mansur— que use contigo esta moneda, y que no te pague en la mano, risueño fondista, pero es uso de los míos no tocar dinero ni darlo a tocar. Ahora tú coges la moneda de la arena y es como si ella te pagase por su cuenta mi derecho a estar aquí, contemplando el país de Bollandia y el Golfo, y a comer de tu pan, beber de tu agua, y echar un sueño en esa camareta.

—¡Sólo Dios es Dios!—dijo Mansur bajándose a recoger la moneda, que era un bizantino de media onza.

El forastero se despidió para su retiro, y quedaba convidado a la tertulia de la tarde, pero dándose cuenta de que Sinbad marchaba serio e incómodo porque no le dijera su nombre y viajes, cuando ya el piloto ponía pie en el tercer travesaño de la escala que bajaba a la cocina—que, como dije antes, era escalera de mano erguida—tuvo aquel hombre atristado una voluntad súbita y graciosa, y dijo:

—Señor Sinbad el Marino, antes de retirarme a leer unos recibos, quiero darme por obligado tuyo, y para que sepas a quién mandas, yo soy aquella Alteza Gamal Bardasí de las Sospechas, que perdió el Reino Doncel.

Sinbad, que era muy mirado en etiquetas, se sintió de que puesto como estaba en la estrecha escalera empinada, no podía saludar con la pleitesia debida, pero sabiendo a Mansur debajo mismo de él, curioso siempre que no quería perder palabra de las grandes conversaciones, le dijo en voz baja que aguantase, y dejándose sentar en la cabeza del fondista, le quedaron los dos brazos libres, como muñeco de títeres griegos, e hizo las ceremonias, aunque muy prudente en reverencias, que no estaba muy seguro en la escalera pese al apoyo, y llevó la mano derecha a la frente, a los labios y al corazón, y la izquierda la abrió en el pecho bajo, y hasta fuera suerte que aquel día, con los deseos de timarse con la viuda, pusiera Sinbad dos anillos que tenía, con aguasmarinas soleadas.

CONTINUARA
EN EL PROXIMO
NUMERO

El hilo de la COMETA

por José Antonio TORREBLANCA

Para la ruta del jamón serrano

COMO, bien mirado, es el jamón serrano un folklore algo bravío y no bien estudiado por los tratadistas, interesa que cada cual pongamos en orden nuestras particulares observaciones y las demos a la publicidad.

Están por hacer la España del Jamón y sus mapas. Me temo que el Instituto de Estudios Turísticos y la nueva Dirección General de Promoción del Turismo sólo disponen en esa cuestión de material costumbrista, referencias locales y legendarias. Pero lo que se necesita, además de jamón en abundancia, es una orientación bien definida. Se trata de saber primeramente qué orden de intereses humanos está implícitamente servido en el jamón serrano, para estudiar en seguida sus localizaciones, curvas de producción, perfeccionamiento de la estructura e índices de desarrollo calculables desde ahora.

Ante todo, convengamos en que el jamón serrano no es un producto cárnico, sino un aroma. Dentro de los fines indicativos del Informe del Banco Mundial sobre el desarrollo económico de España, no es en el capítulo dedicado a fomento de la ganadería, sino en el que estudia la superestructura del Turismo, donde hemos de buscar esa idea de orientación para el futuro del jamón. Si España tiene que doblar para 1975 su actual consumo de proteínas de origen animal, será principalmente mediante el cultivo económicamente acelerado de productos derivados de la leche y de la avicultura. A base de jamón, imposible. Pues las del jamón son proteínas de artesanía, hormonas que pertenecen a la competencia del perfumista y del joyero. Todo el ciclo de su crianza, distribución y consumo tiene que estar inspirado en rigurosas precisiones sobre la naturaleza transcendental del jamón serrano, producto minoritario de elaboración lenta, un poco el resultado mágico de la concurrencia de misteriosas fuerzas naturales. Dejando a un lado sus condiciones mecánicas al corte y al metabolismo de las muchedumbres, el jamón serrano es en lo esencial una tradición una pátina, una decantación de ahorro artístico basado en la plusvalía del tiempo, un medio estable sólido radical y noble de nutrimento, una transcendencia, en suma. Y, por tanto, una Cultura.

No diré que el futuro desarrollo del jamón serrano deba ser puesto bajo la competencia de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Pues el Turismo es, en lo más íntimo, una cultura, en los organismos administrativos del ramo es donde debiera considerarse con visión integradora esa silvestre manifestación de hispanidad que el jamón serrano supone. Como el barroco como el mudéjar, el jamón serrano no puede ser exportado. Ciertas situaciones naturales constitutivas de la esencia de España, la juxtaposición del sol y el agua, de la inercia y la pasión, de lo corpóreo y espiritual, una rara especie de vetusta y juvenil fragancia, son cosas estrictamente visitables.

El jamón serrano es, en España, una clave histórica. Si el dogmatismo alimenticio de la España musulmana no hubiera sido tan cerril, otro cerdo nos gruñera a los cristianos, dicho sea con toda la devoción que le tengo a nuestro Señor Santiago. Lugares castrenses y jamoníferos han de ser visitados de consuno. Materialicemos, pues, sobre el

mapa tales lugares en altitudes comprendidas entre los 300 y los 1.500 metros. Con la excepción egregia de Trevélez, que está a 1.800 metros de altitud.

Pero como la magia natural del jamón serrano radica en su moho, y el «penicillium» del jamón tiene exigencias estrictas de densidad e higrometría atmosféricas, fué en Trevélez donde descubrí un precioso error del doctor Marañón. Lo que ha de ser contado el sábado que viene, Dios mediante.

Psicología de la jauría

DIAS atrás se dió una noticia acumulativa y feroz. Una jauría de más de veinte galgos acometió a un chaval y lo mordió todo con indecible saña. Parte de nuestra Prensa diaria reaccionó, herida, y puso, el grito en el cielo. A punto estuvimos, mirando de reojo a la sangrienta confabulación de perros, de encontrar implicaciones sociales al asunto.

Pero entendámonos. Mantener una rehala no es, en sí, un lujo condenable. Más bien es una experiencia de sociología animal altamente peligrosa. Se corre el riesgo de que a los perros les dé por parecerse a los hombres.

El perro es animal carnívoro, pero no carnicero, manso y no nada feroz. En cambio, el hombre es todo. Y en compañía, todavía peor. Resulta, en fin, que es tan verdad para el galgo corredor como para el hombre parsimonioso aquel consejo de Tomás de Kempis: «Quédate solo y serás de verdad tú mismo.»

Fuerzas de ocupación sobre la nada

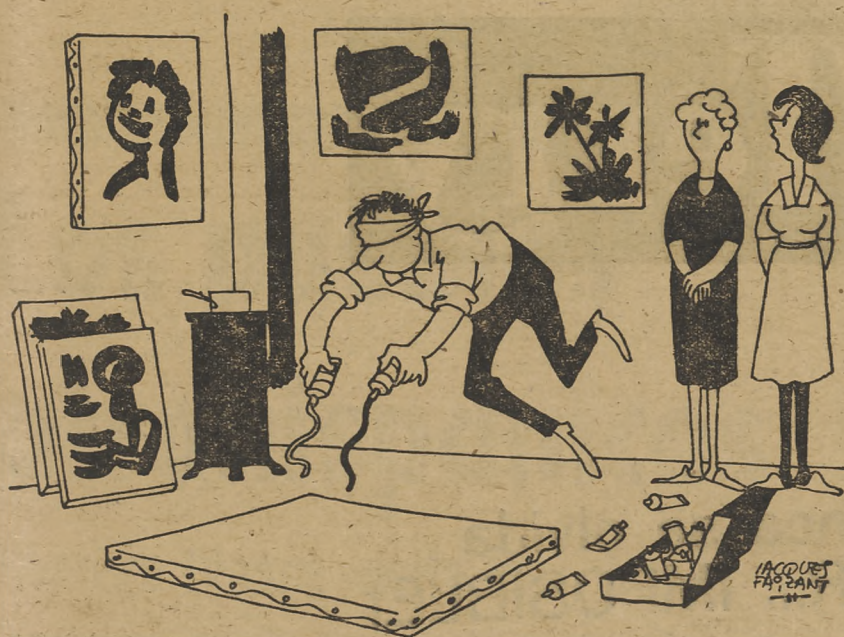
EL «¿Se han dado ustedes cuenta de...?» más espeluznante desde el origen de los tiempos, no ha podido decirse hasta hace unos días.

Un ilustre especialista en Medicina astronáutica ha observado. Situar un hombre en el espacio, como ya se está haciendo, supone nada menos, ocupar con esa organización de conciencia y libertad que es el ser humano un lugar en el que sólo hubo matemática pura desde la creación del mundo.

Es una ocupación fugaz, a 28.500 kilómetros por hora y solamente a 300 kilómetros sobre la superficie terrestre, distancia espacial modesta. Pero «el estuvo allí», supone humanizar el cosmos. Y todo induce a pensar que abrir paseos para las criaturas donde antes no había más que logaritmos es cumplir un antiguo, eterno, deseo de Dios.

El porvenir es claro: Sólo hay una forma de ser buenos, que es estar en posesión de nosotros mismos, y una forma de ser ricos, que es poseer todo lo demás. Pero en lo que respecta a todo lo demás, lo que pierde en importancia lo gana en precio. Y el hombre —esa organización suprema, consciente y libre— no estará nunca contento en ninguna parte.

HUMOR



beba sobre una base
de calidad inalterable



CENTENARIO

GISBERT



Terry

el sabor que nunca se olvida
porque... ¡MEJOR... IMPOSIBLE!